

LOURDES BENITEZ



Infantil



2019 MENCÍA YANO

2019 ©de la presente edición en castellano para todo el mundo: Group Edition World

Dirección:www.edicionescoral.com/www.groupeditionworld.com

ISBN digital: 978-84-1732-33-9

Primera edición: Marzo 2019

Diseño portada: Group edition world/ Ediciones K

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Infantil

Lourdes Benítez



“Me enseñaste que la fuerza más grande en este mundo, es el amor”.

Sinopsis.

Matthew Nicholas Grayson es de todo menos normal.

Desde su cabello, hasta su forma de hablar.

Azucaradicto, maniático y alegre.

Azucaradicto, porque su obsesión con el azúcar es exageradamente antinatural.

Maniático, obviamente porque debería ir a una psiquiatra.

Y alegre, porque te alegra el día, el mes, el año, la vida...

Pero, todo eso se puede destrozarse en un segundo cuando tomas una mala decisión.

Por eso, jamás en tu vida llegues a enamorarte de una persona como Matthew, porque pueden volverse uno en poco tiempo, y cuando uno pierde parte de sí mismo, sufre o muere.

Prólogo

¿Qué debía decir? Lo había abandonado cuando más me necesitaba, desaparecí en el momento en que su mundo cayó.

Sus sollozos se hicieron más fuertes mientras me observaba desde lejos, sin permitir que tocara su piel, sin permitir que lo estrechara contra mi cuerpo, que se aferrara con todas sus fuerzas, porque no podía ser tarde.

Me negaba rotundamente.

—Clarie, mi pequeña...yo, Dios, lloré tanto. ¿Sabes? Tal vez, incluso más de lo que hice por mamá. Al menos pude despedirme de ella, pero de ti... Y después de pasar toda la noche en la entrada de tu casa, fui a mi habitación y lo hice. —Alzó los brazos, mostrándome las cicatrices aún rojas—. Dolió un momento, pero nada comparado a lo que sentí al perderte, y al entender que estaba solo en este mundo, que en algún momento, como un estúpido, creí que era perfecto.

Capítulo 1

Quitándome los auriculares miré la hora.

«10:30».

Me había tomado 20 horas arreglar la nueva habitación, a pesar de no ser fanática de la limpieza, era reconfortante ver cómo las cosas estaban en su lugar. Solo pasaron dos días desde que llegamos, dejamos un pequeño pueblo tranquilo, por una ciudad abarrotada, siempre enloquecida y ruidosa. Tenía algo de esperanza por quedarnos en el mismo lugar, lo mío no eran los cambios, pero no podía hacer nada al respecto, y no era la rebelde de la familia. Hay algunos que prefieren revelarse cuando algo no ocurre como quieren, otros se adaptan, y luego están las personas como yo: que nos vamos a un rincón a sufrir, mientras arrojas palitos que provocan silencios incómodos. Sí, de esa manera me vengaba en los momentos en que me encontraba inconforme, ¿maduro, no?

Doblando la última prenda, una vieja camiseta de mi papá, la guardé junto a las demás, y finalmente, miré alrededor. Como nunca tuve una habitación sola, casi podía sentir las lágrimas salir de la emoción. Era magnífico, y aunque tenía pocas cosas, rápidamente llenaría mis repisas de libros y tebeos. Y como realmente la paciencia no era lo mío, significaba que debía buscar algún trabajo durante el verano.

Suspirando algo exhausta, bajé las escaleras. Mis pies descalzos resonaron contra el suelo de madera, mientras hacía una simple cola de caballo, para alejar esa cabellera revoltosa que tenía. Por suerte se habían ido todos, mis padres de compras y mis hermanos a pasear. Lo que significaba que, al menos, me quedaban unas dos horas de soledad. Además era sábado, los cuerpos lo sabían, y obviamente el mío lo sabía.

Exacto.

Fui directamente hacia la sala de estar, senté mi trasero en el sillón, mi mano sobre el mando y llené mi boca de frituras. Debía admitir que comía como una puerca, mi hermana Kate siempre se reía por lo poco femenina que era. No era que fuese una rata de alcantarilla, pero prefería quedarme tranquila leyendo.

—Cielos, olvidé la bebida —murmuré frustrada, mientras subía el volumen del videomusical para escucharlo desde la cocina que estaba a unos metros. Luego de zigzaguear entre las cajas aún llenas, me puse a buscar los vasos. Mi habitación era la única que estaba ordenada, mientras que el resto de la casa estaba hecha un desastre, ya que todos preferían salir antes que poner las cosas en su sitio. Unos exagerados diez minutos después encontré una taza para servirme, y cuando estaba por volver a la sala, lo escuché.

Fue tan rápido, pero estaba ahí, como un pequeño golpe, algo que chocaba contra una superficie dura. Mi mirada se desvió hacia todas direcciones, pero no veía nada raro, y se seguía oyendo. Confundida, corrí rápidamente para apagar la televisión y volví.

El silencio me abordaba una vez más, y cada poco segundos se escuchaba un "toc".

Me quedé mirando la puerta que daba al patio cuando entendí que el ruido provenía de allí. Y sin cuidado avancé. Sé que tendría que ir adentro, y no me confundan con aquellas personas que les gustan las aventuras, porque no, no lo era. Era algo peor, algo que siempre me había metido en problemas. Curiosa, demasiado curiosa, y aprendí que era un gran defecto de la peor forma posible.

Hace unos años, Kate había hecho que la acompañara a casa de una amiga y yo me había negado. Pero como habría chicos, y yo era muy pequeña y no sabía mentir, fui obligada a ir. Después de varias horas mirando a la gente moviendo la cabeza por la música, subí a una habitación, dispuesta a encontrar algo mejor que hacer. Lo que no esperaba era escuchar gritos, y como los tontos se meten donde no los llaman, fui a ver qué ocurría y vi a la mejor amiga de mi hermana besándose con su novio... en la cama... desnudos. En el momento en que entendí lo que pasaba, ya había visto demasiado y mi pobre inocencia de niña de 10 años quedó manchada.

—*Ouch...* —murmuré cegada por el resplandor del sol. Dejando que mis ojos se acostumbrasen a la luz, escaneé la zona lentamente para saber qué era el sonido. Sin embargo, solo me encontré con el césped. Lo extraño era que estaba segura de que el sonido había parado en el instante en que mi pie tocó el suelo verdoso.

Mi ceño se frunció al no encontrar nada fuera de lo normal. Agudicé mis oídos, y estuve así, unos minutos, como una idiota mirando a la nada, y pensando en demasiado.

Y de repente, la escuché. Una voz.

—¿Pero qué...? —mi rostro se giró en dirección de la valla que separaba la casa de al lado. Me acerqué hacia ella hasta colocarme a unos centímetros, y desde allí, un rostro de un muchacho apareció.

Lo que llamaba más la atención era su cabello que era cubierto por un azul electrizante. Además, llevaba el medio más largo que los costados y algunos mechones caían sobre su frente, como si hubiera pasado su mano varias veces. En cuanto observé su rostro, mi aliento quedó atorado en la garganta. Había una suavidad en él, junto a la piel pálida y mejillas rosadas, que decía que era joven, tal vez de mi edad. En sus finos labios se dibujaba una hermosa sonrisa, y aquellos ojos azules, casi turquesas, no mostraban ningún signo de maldad. Aun con aquellos *piercings* en sus labios, ceja, y nariz, no irradiaba nada que no fuese confianza.

¿Quién era este chico?

Mis patéticos pensamientos no se detuvieron en qué quería, sino en lo bello que era.

—¿Tienes azúcar? —su voz me trajo de vuelta a la realidad, y comprendí en lo tonta que estaría al observarlo fijamente, aunque no parecía molestarle.

«¿Qué dijo?».

—¿Qué?—mi voz tembló al hablar, me sentía avergonzada. Su rostro se movió a un costado, haciendo que su sonrisa brillara aún más, y me observó.

—Cierto, cierto, presentaciones —masculló, retándose a sí mismo. Su mano, apareció decidida ante mí esperando ser estrechada—. Soy Matthew, el vecino, ¿y tú? —dijo.

Con una lentitud e inseguridad inexplicable, elevé mi mano hacia la suya y cuando estuve a punto de bajarla, él la sostuvo. No la estrechó como lo haría una persona normal, sino que las entrelazó. La calidez que esta emitía, provocó un cosquilleo en mi estómago.

—Me llamo Clarie —contesté.

—Encantado —sonrió, ahora sí—. ¿Tienes azúcar?

—¿Azúcar? —repetí extrañada ante su petición.

—Sí, azúcar, mi mamá la escondió porque la semana pasada me comí los cinco paquetes que había comprado. —Sus extrañas palabras parecían ser sinceras, mientras miraba de un lado a otro como si alguien estuviera a punto de aparecer.

—¿Comiste cinco paquetes de azúcar? —pregunté, sorprendiéndome por tercera vez.

«¿Por qué le sigo hablando, si apenas sé quién es? Puede que sea un asesino suelto».

Matthew asintió con la cabeza.

—Sí, ella dice que tengo un problema, pero no lo creo, mi cuerpo lo necesita para desarrollarse —aclaró, solemnemente—. Así que... ¿Me das azúcar? Por favor, tengo muchísima hambre.

Aunque nada de lo que estaba diciendo tenía sentido, no pude evitar reír, parecía salir simplemente de un sueño.

—Está bien...

—¡Genial! —Levantó los brazos al aire, en forma de victoria—. Tráeme una taza o mejor un paquete por favor y yo después te lo devuelvo.

«Esto es demasiado extraño».

Le di una última mirada a Matthew y, sin decir nada más, entré a casa en busca del azúcar.

—¡Gracias! ¡Gracias! —festejó él, contento de verme regresar con el paquete entre las manos.

—De nada, será mejor que vuelva a...—balbuceé.

—¡Oh, y una cosa más! —me detuvo cuando comprendió que iba a marcharme—. No le cuentes a nadie esto. Mi madre quiere que vayamos a darles la bienvenida y si se da cuenta me quitará mis ocho comidas diarias ¡Gracias! —Se esfumó.

Y así, en un instante, dio vueltas mi mundo.

Capítulo 2

Ese mismo día, horas más tarde, ellos llegaron.

Matthew y su madre Debby. A diferencia de su hijo, era una mujer pequeña, morena y con el cabello negro largo hasta los hombros. Pero sus ojos eran del mismo tono azul turquesa, idénticos a los de Matthew.

Quería evitarlo, los había visto a través de la ventana, escondida tras las cortinas gruesas. Corrí como una loca y fui dispuesta a esconderme en el baño, donde me encontré con mamá, duchándose.

No pude escapar de la situación.

Minutos más tardes apareció y se sentó a mi lado, mientras yo temblaba como una gelatina.

—Lamento no haber traído más galletas, es que mi hijo se comió gran parte de ellas —explicó la señora Grayson, fulminando con la mirada a su hijo, cuando descaradamente tomó una de las bandejas que acaba de traer. Pero él no le prestaba atención porque tenía la mirada clavada en mí. Tragué saliva ante los nervios, era raro sentir eso, cuando simplemente era un chico de dieciséis años (mi edad).

«¿No era que "no nos conocíamos"?».

—No es nada —aclaró mamá con una dulce sonrisa, mientras apartaba un mechón de su largo cabello castaño de sus ojos. Siempre había admirado su belleza y la elegancia que desprendía. Con unos *jeans* oscuros y una camisa rosada con flores, lucía digna para salir a una fiesta. Y yo, con un pantalón de yoga y la camisa gigante de papá (manchada de chocolate) parecía un león salvaje.

Tragué el nudo de mi garganta y miré a Matthew por un segundo sabiendo que él lo estaba haciendo. Mi mirada chocó con la suya, y sonrió. Todavía con la galleta a medio camino, dejó de realizar esa acción, para sonreírme.

«Bien».

Una vez más el aleteo en el estómago.

Desvié la vista con el mayor cuidado posible, para no parecer una desesperada. Él vestía unas zapatillas rojas, un pantalón negro, y un suave suéter azul, que pasaba desapercibido bajo el color de su cabello. A otra persona le quedaría de una manera ridícula, pero a él le sentaba demasiado bien, se veía demasiado...

«Bien».

—Es muy amable de su parte haberse tomado el tiempo de visitarnos —hizo una pausa, y nos miró de reojo al notar que su hija y el muchacho extravagante, no dejaban de mirarse—. ¿Hace mucho viven aquí...? —preguntó.

No, nunca fui buena con las visitas, solía esconderme en la habitación ante la llegada de familiares.

—Joder —murmuró Matt interrumpiendo en medio de la conversación.

—¿Qué ocurre? —le preguntaron las madres preocupadas.

—Me “modí da dengua” —dijo con la torpeza de un bebé, mientras sus ojos empezaron a verse llorosos—. ¿Puedo “padar” al baño? —balbuceó. Fruncí el ceño confundida, ya que en el instante en que se había “mordido”, ni siquiera tenía la galleta en su mano.

—Por supuesto, es arriba dos puertas a la izquierda...

—“Medor que du hija me acompañe, no quiedo pedeme” —interrumpió, y sin otra palabra, se levantó del sillón, caminó hacia mí y me tomó del antebrazo para acompañarlo. Por un momento me quedé estática, pero él me empujó, guiándome escalera arriba—. Vamos a tu habitación, ahí te explico. —Y sin que fuera su intención, su cálido aliento chocó contra la piel sensible de mi cuello, provocándome escalofríos. De esa manera, sin saber qué hacer, lo llevé donde pidió.

En cuanto la puerta se cerró, se quitó el suéter y después comenzó a quitarse la camiseta que llevaba debajo.

« Hora de actuar, Clarie».

—¡Qué haces! —dije horrorizada. Di varios pasos hacia atrás, manteniendo la mirada fija en él, tanteé entre las cosas más cercanas que tenía buscando algo con qué protegerme.

Sin prestar atención ante la desesperación que me provocaba, terminó de quitársela, rebelando dos paquetes de azúcar pegados con cinta adhesiva a los costados su estómago.

« ¿Azúcar?».

—Esa es la...

—Sí —asintió con la cabeza y con una mueca de dolor arrancó los paquetes lentamente.

«¿Por qué dos paquetes?».

—Uno es para devolvértelo, el otro para comerlo ahora. —Los elevó sobre su cabeza como si fuesen un trofeo.

—¿Piensas quedarte aquí? —pregunté, desviando rápidamente la mirada de su pecho desnudo.

«Dios, esto es difícil».

—Claro que...—se detuvo a media palabra, y sin previo aviso, en rápidas zancadas, se ubicó frente a

mí, sus rodillas se flexionaron, quedando a mi altura. El aire quedó atorado en mi garganta, al verlo tan cerca, sin cuidado alguno, dejó que su respiración se mezclase con la mía. Tan cerca...—. Deja de comerme con la mirada, me siento acosado y me pones nervioso. —Rompiendo el hechizo interno que había provocado, volvió a colocarse la camiseta y se sentó en la cama.

«Espera, ¿qué?».

—¿Qué bicho te picó? No te estoy comiendo con la mirada.

—¿Sabías que para que un drogadicto deje la droga, primero tiene que admitir su problema?

—¿Y eso que tiene que ver? —respondí enojada, mi manos cubriendo las mejillas sonrojadas, que el idiota provocó sin que pudiese evitarlo.

—Es obvio que tienes un problema grave con mi cuerpo. —Elevó una ceja—. Y a ese problema se le llama adicción, deberías preocuparte, es algo muy, muy serio.

—¿Cómo se supone que tengo un problema si apenas nos conocemos?

«Una broma más, y lo saco».

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Pero lo tienes.

«Es suficiente!».

—Vete. —Apunté con determinación la salida de mi habitación.

—No... —se rehusó rápidamente. Dio varios pasos y llegó a la cama, donde se acostó sin una pizca de vergüenza. Estaba comenzando a pensar que esa palabra no existía en su diccionario moral—. ¿Por qué estás sonrojada? Pareces un tomatito, una de mis frutas favoritas...

«¿Favorita?».

La palabra retumbó en mi mente, golpeándome mil veces. Y con las emociones a flor de piel, cualquier tontería que dijera, hacía que mi corazón se agitara como si hubiera corrido una maratón.

—No me sonrojo y he dicho que te marches...

—No quiero, conozco a mi mamá, va a hablar todo el día con la tuya —dicho esto, se recostó apoyando la cabeza sobre las almohadas y abrió el paquete de azúcar para comérsela como si nada.

—¿La comes así? —Hice una mueca de asco. Sabía que mis gustos eran raros, podía comer pizza con chocolate, pero de alguna manera esto me superaba. Lo miré un par de segundos, esperando una respuesta y aunque no dijo nada, me miró extrañado—. Pero...eso tan...asqueroso —alegué, sin quitar la mirada del paquete.

—¿Y bien? —preguntó con intriga.

«¿Qué me perdí?».

—¿Qué? —pregunté perdida.

—¿Qué de qué? —dijo sin sentido.

—Lo que quieras, solo responde bien por favor. —Le miré confusa.

—¿Pues unos besos o qué?

—¡No! —chillé como una histérica—. ¡Estás loco! —Inconscientemente, mis manos volaron a mi rostro, tapando mis labios. El solo hecho de pensar en...

Un escalofrío cubrió todo mi cuerpo.

—¿No serías mi amiga? —Su pregunta me tomó desprevenida, una vez más, y no respondí. Él sonrió sentándose en la esquina de la cabecera de la cama, dio unos golpecitos a su lado, invitándome. Lo pensé, pero terminé acomodándome donde indicó, comprendiendo que acababa de ser demasiado grosera.

—¿Si acepto prometes no molestarme tanto? —dije finalmente. Y no pude evitar reír al ver sus mejillas sonrosadas y sus labios cubiertos por los pequeños granitos de azúcar.

—Lo prometo. —Tomó mi mano, y la sacudió repetidas veces, al igual que dos desconocidos que se presentaban por primera vez—. Ya que somos amigos —sonrió con picardía—, ¿por qué te sonrojaste cuando te pedí unos besitos? ¿Nunca te han besado? ¿Nunca has tenido novio?—Lo negué, poniéndome tensa al instante, no iba a hablar de ese tema—. ¿En serio? Pero si eres hermosa —dijo estupefacto, comenzó por tocar mi mejilla con su dedo índice, como si estuviese comprobando que era real, y delineó mi rostro de una manera lenta.

Eso era demasiado íntimo, los amigos no se trataban así...

«Con Samuel...».

—Cállate —gruñí rápidamente—. Solo vete...

Suspiré cansada de todo lo que había dentro de mí. Me levanté de mi lugar, y puse mi mejor sonrisa, sin decir nada, di varios pasos hacia la salida, y la apunté, invitándole a salir.

—Se supone que somos amigos; los amigos pasan mucho tiempo juntos.

—Lo sé, pero ahora no te aguanto. Así que por favor márchate, y cuando esté preparada para

soportarte, hablamos —dije con voz más suave, cuando mi temperamento mejoró un poco. La escena de él, sobre mi cama, era algo que no podía soportar, me sentía avergonzada de lo que sentía. Matthew me miró con recelo, no muy seguro de mis palabras, por lo que usé la mejor estrategia posible—. Te regalaré un paquete de azúcar—propuse orgullosa, sabiendo que no iba a fallar.

—Que sean cinco —abrí más los ojos al ver su expresión seria. Al parecer, la comida era un tema importante.

—Dos.

—Tres —remató, negando con la cabeza, por la propuesta anterior que le dije.

—¡Bien, tres! —celebré.

Saltó de la cama en cuanto acepté, su mano tomó el paquete de azúcar que no me correspondía, y caminó hacia la salida.

—¡Genial! ¡Entonces te veo mañana! —Se marchó dándome la espalda, pero se giró cuando estaba cerrando la puerta y sus labios tocaron mi mejilla, antes de desaparecer.

Como una tonta, me quedé mirando la salida, pasando distraídamente con el pulgar, donde me besó.

«No deberías sentir eso».

—Basta, Clarie —caí sobre mi cama, los gritos fueron amortiguados por la almohada, también los insultos.

«No te dirijas allí, maldita seas».

Capítulo 3

—¡Eres una idiota! —pronunció mi hermano.

—¡Tú eres el idiota! —le grité furiosa.

Sabía que estaba siendo estúpida al discutir con un niño de diez años, pero se había entrometido cuando le estaba mintiendo a mi hermana sobre el paradero de sus auriculares. Tenía todo planeado para que nadie se diera cuenta de que fui yo quién los rompió. Sin embargo, el pequeño intervino y Kate descubrió la verdad, que enloqueció y quitó los míos.

—¡Mereces morir! Alex! —exageré, pero estaba dispuesta a arrojarme a darle algún puñetazo.

—¡No me llames Alex! —replicó.

—¡Te llamas Alex! —asentí.

—¡No! Lo prometiste! Dijiste que no volverías a llamarme así —dijo con las mejillas rojas. Hacía unas pocas semanas, él había descubierto que su nombre era unisex. Bueno, en realidad fui yo quien le dijo que tenía nombre de niña y empezó una guerra de golpes que fue parada por nuestra madre. Desde entonces, Alex exigió que lo llamáramos Sebastián—. ¡Eres una completa...! —En ese momento mamá apareció en escena y él se quedó callado.

—Sebastián, ¡ni siquiera pienses en terminar esa frase! —lo regañó, frunciendo el ceño—. Ahora quiero que subas y te vayas a dormir —le ordenó.

—Pero mamá ¡Son solo las once! —se quejó él, sabiendo muy bien que nadie ganaba a mamá en una discusión—. ¡Tú también, Clarie! —La miré confundida, y sí, me apuntaba de manera acusatoria.

«Eso no era parte del plan».

—Pero...—intenté excusar.

—¡Pero nada, no quiero escucharos discutir! Así que desaparezcan ahora!

Refunfuñando, ambos subimos a nuestras respectivas habitaciones.

—Buenas noches, Sebas —le saludé cuando estaba a punto de cerrar su puerta.

—Buenas noches, enana —soltó.

—Enana tu abuela. —Como era “muy madura”, le saqué la lengua. Entré en mi habitación y empecé a pensar en Matthew. Era tan extraño, me sentía pequeña cuando estaba frente a él y jamás había conocido a alguien con una sonrisa tan bella, tan contagiosa y dulce. Producía en mí cosas en las que todavía no estaba preparada.

Me dormí.

—Clarie —escuché a alguien susurrar mi nombre a lo lejos, pero lo ignoré, pensando que soñaba. Volvió a sonar mi nombre procedente de una voz masculina dulce y suave. Entonces sentí que alguien acariciaba mi cabello como a mí me gustaba.

Me erguí en el instante en que sentí algo húmedo en mi mejilla. Estaba sobresaltada y podía sentir mi corazón latir a mil por hora en la oscuridad. Con la respiración agitada abrí mis ojos y miré hacia la ventana. Suspiré aliviada al ver que estaba cerrada y reparé en la luz de la luna que iluminaba la habitación. Confundida, alejé las sábanas, dispuesta a refrescarme un poco, cuando lo sentí.

Fue tan rápido que no tuve tiempo de gritar, ya que su mano cubrió mis labios. Hubo una milésima de segundo en que pensé que iba a morir en ese mismo instante, a los dieciséis años. Entonces mis ojos chocaron con su mirada azul.

—¿Qué haces? —exclamé enojada. Se encontraba sentado a mi lado, con su brazo sobre mis hombros—. ¿Matthew? ¿Qué haces aquí? Espera...—Por un momento pensé en la manera en que me había despertado, y procesé la posibilidad de que él me...—. ¿Me lamiste la mejillas?

No respondió pero sabía la respuesta y como una maniática, limpié su saliva, mientras intentaba calmarme.

—¿Por qué hiciste eso, asqueroso!? —mascullé.

—Quería despertarte...—se excusó.

—Hay otras formas de despertar a las personas. —Miré la hora en el reloj—. ¡Son las tres de la mañana! —Me sorprendí.

Con el ceño fruncido, me moví para sentarme frente a frente. Me sorprendí un poco al verlo con ropa oscura, no podía distinguir bien, pero podía adivinar que su pijama era un conjunto deportivo.

—Es que tuve una pesadilla y no volví a conciliar el sueño —admitió. ¿Era una broma? Miré su rostro, buscando algún signo de que estuviera mintiendo, pero Matthew se mantenía con la cabeza gacha desde que me ubiqué frente a él. La manera en que se comportaba parecía la de un niño. Y me enterneció, se mostraba tan inocente e infantil que mi exaltación desapareció.

—¿Y viniste a despertarme a mí? —Necesitaba una explicación.

—Sí, ¿a qué otra persona puedo acudir? —dijo confuso.

Me quedé callada un momento para tratar de decidir entre arrojarlo por la ventana o meterlo bajo mis sábanas y abrazarlo.

«Uf, chica, detente otra vez».

—¿Por dónde entraste? —pregunté curiosa y levanté su barbilla para que me mirara y obtener respuesta.

—Por la entrada del perro —admitió.

«Solo responde algo normal».

—Creí que la habían cerrado porque ya no tenemos...—respondí.

—¿Por qué no tienen?— dijo extrañado esperando mi palabra. Chasqué la lengua y alejé mi mano sintiéndome incómoda.

—Porque murió.

—¿Cómo murió?

La imagen de ese día me entristeció. Recuerdo que había llovido varios días y las carreteras estaban resbaladizas. Él siempre se escapaba cuando no debía. Recuerdo a Alex llorando por la bola de pelos que tanto adorábamos y me prometí no tener mascota hasta superarlo.

—Un auto lo atropelló —respondí con simpleza, sin prepararme para su reacción.

—¡Oh Dios mío! —gritó. Me sobresalté alarmada y tapé rápidamente su boca.

—¡Cállate, tonto! —susurré desesperada acercándome demasiado a él.

—Lo lamento. Pero lo que acabas de contar es muy triste.

—Lo sé, pero así son las cosas —aclaré lentamente, para luego dejarnos caer en un tenso silencio interrumpido por mi estornudo—. ¿Matt, traes algún perfume o algo así? —le culpé.

—¡Claro que no! ¡Yo no uso perfume! Si hueles algo, es mi olor natural —dijo sutilmente con una sonrisa arrogante. Sin creerle me acerqué más, hasta que nuestros brazos se tocaron y lo olisqueé de forma disimulada. Una enorme sonrisa apareció en su rostro y como si yo pesara como una pluma me llevó a su regazo, abrazándome con fuerza y enterrando mi cara en su cuello.

Respiré entrecortada por el aturdimiento y una suave fragancia penetró en mis fosas nasales, tranquilizándome al instante.

—¿Ves? —susurró, dejando que su cálido aliento chocara en mi mejilla—. No llevo perfume — justificó. Tenía razón, su aroma era completamente natural y extrañamente calmante.

—¿Clarie?—me llamó, pero como no respondí, se alejó un poco, provocando que nuestras narices se rozaran—. ¿Estás bien? —se preocupó. Nuestros labios se encontraban a escasos centímetros y

deseé probarlos.

Tragué saliva con fuerza sin quitar la mirada de sus ojos.

—Yo... no... no lo sé—tartamudeé casi sin aliento.

—¿Vas a besarme? —preguntó confundido.

«¿Lo haré? ¡No! ¡No, claro que no! ¡Apártate de él, maldita sea!».

—Porque si lo vas a hacer, debo decirte que hoy no me cepillé los dientes, ni me bañé —añadió inoportunamente.

Capítulo 4

«Oh, Dios mío. Soy una completa estúpida».

Estúpida era la palabra ideal para describir a alguien que había estado a punto de besar a un desconocido. Traté de no culparme por lo ocurrido, pero no funcionó. ¿Por qué me parecía tan lindo? ¿Por qué parecía ser mi primer amigo luego de lo sucedido con Samuel?

Quizá solo buscaba cariño, como un cachorrito desatendido. ¿Dónde quedó la Clarie fuerte? ¿La que se volvió de piedra cuando fue traicionada?

Enojada ante mi falta de control, me alejé de Matthew...

—Por supuesto que no te iba a besar. —Mi voz sonó ronca, avergonzándome aún más.

Matthew, se quedó quieto observándome. No parecía capaz de algún mal.

—¿Entonces por qué no me contestabas? —preguntó mientras su mano buscaba la mía. La aparté.

—Porque estaba pensando que tal vez sea alérgica a ti —refunfuñé mientras tomaba uno de los almohadones para ponerlo sobre mi regazo y él dibujaba una expresión de horror.

—Tal vez... ¡Oh, no! —volvió a gritar, pero esta vez le golpeé para evitar tapar su boca—. ¿Y si es verdad? ¡Debes ser alérgica a mí! —exclamó cubriendo sus rostro para que dejara de golpearlo.

—Estaba bromeando...

—¿Segura? —asentí.

—Está bien... ¿Pero me pregunto cuál...? —murmuró pensativo, llevando una de sus manos a su barbilla. Definitivamente me preparé para un respuesta absurda—, ¿cuál sería la cura para la “Matthewtitis”?

—¿Por qué no lo averiguas en otro lugar que no sea mi habitación? —propuse.

—No quiero irme ¿Puedo dormir aquí? —Me quedé pasmada ante su petición. Eso no podía ser, no podía dormir con chicos, nunca antes lo hice y no podía ocurrir ahora. Tampoco sabía cómo tratar con los chicos, aun sabiendo que no eran animales, seguro que había un manual de cuidados e instrucciones. Por ejemplo, mi hermano Alex era como un conejo hiperactivo, siempre correteando por la casa, comiendo zanahorias y hacía muecas inflando sus mejillas cuando se enojaba.

—Clarie, te quedaste muda otra vez—dijo Matthew, sacándome de mis pensamientos.

—No quise... —empecé a decir. El sonido de pisadas me detuvo a media frase—. Debe ser Kate porque tiene un sueño muy ligero —murmuré dándome un manotazo en la frente. Era obvio que

alguien en la casa nos escucharía, el grito que había provocado Matthew no había sido detenido lo suficientemente rápido—. ¿Qué hago? ¿Qué hago? —Me elevé sobre mis piernas, mi cabeza giraba de lado a lado y me movía con pánico intentando buscar un escondite para Matthew.

Me quedé paralizada unos segundos y Matthew se acercó a mí tomándome por los hombros. Lo miré esperanzada de que hubiera ideado un plan, pero él me miraba como un bobo.

Él pensaba que la situación era divertida, pero a mí no me lo parecía lo más mínimo. Corría el riesgo de ser descubierta por mi hermana malhumorada. Como fuera no podría dejar que se diera cuenta de que estaba en mi habitación con un muchacho que no conocía.

Me quedé sin aire cuando sentí las manos de Matthew en mi cintura. Se había parado frente a mí, para obligarme a acostarme nuevamente sobre el colchón. No entendía nada, pero callé. Su cuerpo pasó por arriba del mío, y después se puso a un costado, se cubrió bajo las mantas y me hizo colocar las almohadas alrededor.

Lo entendí.

«Podría funcionar, si no se da cuenta del tumor gigante a mi lado».

—Matthew —susurré alarmada cuando todo su rostro desapareció bajo las sábanas. No obtuve respuesta más que un pellizco en la pierna. En ese instante, la puerta se abrió, y apareció Kate. ¡Gracias a Dios, se quedó en la entrada!

—¿Por qué haces tanto ruido? —No respondí—. Contesta, sé que estás despierta, te escuché hablar. Además puedo ver que sí lo estás.

«Maldita luna, y malditos románticos que la adoraban por ser inalcanzable. Te tomaría, y apagaría».

—Me caí de la cama—dije lentamente, no era buena improvisando, parecía que jugaba a separar en sílabas las palabras. Ella me miró y cruzó los brazos sobre el pecho.

Éramos tan diferentes, un perfecto cliché de telenovela. Ella era una *muñeca* delgada de diecinueve años, pálida, con grandes ojos color avellana, labios pequeños, y con un cabello castaño claro y lacio.

—Sí, claro...

—Vete, déjame dormir —la interrumpí, me negaba a ver su rostro por si me delataba. Como se quedaba en su lugar, utilicé la segunda opción: la amenaza —. ¿Por qué no te vas? Tal vez estoy sonámbula, y vaya a contarle a mamá sobre tu nuevo y secreto tatuaje, el cual no cubriste muy bien.

Sí, eso fue suficiente, se dio la vuelta y cerró la puerta. Suspiré exhausta y supe que su venganza sería devuelta en cualquier momento.

—¡Por favor para! Me estás volviendo loca —dije cansada mientras masajear mis sienas. Habían

pasado casi dos horas desde que Kate se marchó, desde que Matthew usó la amenaza contra mí diciendo que despertaría a mis padres si no lo dejaba quedarse. El mismo rato que llevaba canturreando canciones, como su favorita, Batman. De alguna manera, me estaba acostumbrando a tenerlo acostado a mi lado, rozando su hombro y pierna—. ¿No estás cansado? ¿No quieres dormir?

—Podría cantarte una canción de cuna ¡Déjame darte el gran honor de escuchar mi hermosísima voz! —propuso de una forma más suave, que captó mi atención. Por un momento, el tiempo se detuvo, observé con paciencia su cabello perfectamente lacio que caía sobre su frente y sus increíbles ojos. Bajé la mirada hacia sus mejillas y sus labios, finos y rosados.

«¿Qué demonios me está pasando?».

Nerviosa, me centré en el techo, esperando que no se hubiese dado cuenta de mi inspección.

—¿Y si dormimos? —mi voz tembló un poco, ya que temía darle a entender otra cosa....

—Te dije que no tenía sueño...

—No, dijiste que no podrías volver a dormir por la pesadilla —corregí, inspiré profundamente cuando tomó mi mano por debajo de las mantas—. Ahora estás conmigo.

—¿Si me duermo, me protegerás de los monstruos? —preguntó, situándose más cerca, casi besando mi mejilla.

—Claro que no. Si hubiese un monstruo o algo así, te entregaría primero —admití con tono de burla—. ¿Qué? Yo solo soy sincera —dije decidida, mientras intentaba actuar “normal” ignorando el efecto que tenía sobre mí—. Mira, la verdad es que, como amiga, te ayudaré, protegeré, apoyaré y hasta defenderé de hombres gorilas. Pero ni loca, escúchame bien, ni lo-ca te defenderé ante un monstruo, fantasma o alien —volví a hablar, ya que él aún estaba en silencio.

«¿Esa es una respuesta normal, no?».

—¿Y qué dices sobre los zombis?

—Bueno, supongo que es diferente...así que sí, con los zombis sí te ayudaría.

—¿Y si son duendes, brujas, hombres lobos o vampiros?

«Solo responde».

—Uhm, obvio que con vampiros y hombres lobos.

—¿Duendes y brujas no?

—No.

—Puedo vivir con eso.

—Genial. Entonces, ¡a dormir! —Me moví para que me dejara más espacio en la cama pequeña. Y cuando estaba a punto de acomodarme, Matthew se apretó a mi cuerpo.

—Necesito abrazar algo ¿No hay problema? —preguntó contra mi cabello.

Negué.

—Buenas noches, Clarie.

Minutos más tarde me las arreglé para caer en un inquieto y frágil sueño.

Esa noche soñé con él.

Nunca había descansado de la manera en que lo hice.

Capítulo 5

—Adiós, cariño —se despidió mamá y antes de irse hizo un parón en seco con aires de preocupación—. Si necesitas algo, nos llamas.

—Mamá, solamente estoy un poco enferma, no me voy a morir, no te preocupes, salid y pasadlo bien —dije al mismo tiempo que agarraba un pañuelo y sonaba mi nariz. Caminé hacia el sillón con mi taza de café, mientras esperaba una respuesta que no fue dada. Se marchó. No sabía si estaba molesta porque no quería ir al doctor o era porque me negué a acompañarlos al cine. ¿Pero qué podía decir? Era una persona hogareña.

Debía disfrutar al máximo porque sabía que en breve empezaría las clases y las vacaciones no eran eternas.

«Pero al menos tendrás a Matthew».

Algo se revolvió dentro de mí al pensar en compartir escuela con él. Era un año mayor que yo, os hacéispero aun así, seguro que me presentaría a sus amigos y no me dejaría sola en ningún momento.

Saqué del bolsillo mi celular y le mandé un mensaje. Nos juntábamos casi todos las tardes en un *picnic* secreto en el patio. Pero en los últimos días no pudimos vernos mucho porque nos mojamos bajo la lluvia y ambos nos refriamos.

Recibí una respuesta, un par de minutos después, y una tonta sonrisa se formó en mi rostro:

"Todavía con fiebre, no puedo escaparme, mi madre me ha amenazado con dejarme sin cena."

Me desilusionó.

En el instante en que el mensaje se mandó, el timbre comenzó a sonar. Confundida, dejé mi celular a un lado y fui a ver.

Mis ojos se abrieron más, al ver a Debby .

—Clarie...—dijo, aliviada. La invité a entrar, pero se negó. —Gracias, cariño, pero debo ir a trabajar.

«¿Un domingo?».

—Quería saber si querías ir a casa, Matthew no puede salir porque está enfermo y siempre olvida tomar su medicamento o se escapa —murmuró, negando con la cabeza ante la actitud de su hijo—. Pero veo que tú también estás en el mismo estado.

—¿Matt está bien?

—Se podría decir que sí. —Trató de sonreír, pero inmediatamente hizo una mueca de cansancio—. No te voy a mentir, está un poco más insoportable de lo normal, es que ha estado muy enojado por no poder verte.

—Oh.

«¿"Oh"? ¡Qué respuesta inteligente Clarie!».

—Por eso pensé que podías venir y así os hacéis compañía—explicó.

—¡Oh, gracias!

Cuando ella se alejó dando por terminada la conversación, la seguí. Me acompañó hasta la entrada y luego se despidió.

—¿Matthew!? —grité al entrar, mientras observaba detenidamente todas las habitaciones excesivamente ordenadas. Me sorprendí mucho, era la primera vez que pisaba su hogar y no me imaginaba nada como eso. Como no escuché ninguna respuesta ni lo vi, subí las escaleras hasta una puerta pintada de muchos colores.

Abrí la puerta de un tirón y una ola de calor me entumeció. Estaba pintada de un color verde intenso, tenía una cama matrimonial contra la pared, un armario negro con imágenes de... ¿comida? pegadas y dos repisas repletas de peluches de Pokémon, pandas, osos, perros y Mario Bros.

—¿Matthew? —dije divertida al verlo recostado en el suelo comiendo chocolate.

Matthew despegó sus ojos de la televisión colgada en la pared y me miró de arriba abajo

—Hola, Clarie —saludó risueño—. ¿Sabes? Nunca dejaré que me veas en este estado.

—¿Lo dices por qué estás en el suelo con el rostro cubierto de chocolate? ¿Por qué llevas una linda camiseta de "forever unicorn"? ¿O por qué estás viendo un programa sobre vestidos de novias? —Mientras describía la escena frente a mí, la sonrisa se le hacía más grande.

—Por ninguna de esas tontas razones.

—¿Entonces por qué?

—Pues porque olvidé cepillar mi cabello.

«¿Cabello?».

—Oh...pero, ¿por qué dijiste "nunca dejaré"?

—Porque sería horrible. —Hizo una pausa para comer otro chocolate—. Por suerte esto es un sueño, solo falta que me beses y que aparezcan esos insoportables duendes que siempre me joden.

«¿¡Besarlo!?».

Mis mejillas se colorearon de un rojo intenso, podía sentirlo en mi rostro acalorado.

—También falta el mini dragón mascota, pero no importa.

—Matthew, no estás soñando —murmuré con cierta timidez. Bufé internamente ante mi débil voz, mientras me acercaba a él.

—¿¡Qué!?! ¿¡En serio!?! —gritó sorprendido—. ¡Cierra los ojos!

—¿Qué? —Me vi interrumpida, ya que de la nada, algo golpeó mi rostro, haciéndome perder el equilibrio y caer al suelo sobre mi trasero.

—¡Que cierres los ojos! ¡No mires mí cabello! ¡No mires mí cabello!

—¡Vale, vale! —grité a la par de él, mientras trataba de esquivar los peluches que me tiraba.

—¡Tengo los ojos cerrados! ¡Deja de tirarme cosas!

Se detuvo dejando un silencio, para comprobar que decía la verdad, mientras yo tapaba mis ojos con las manos. Entonces unas manos tomaron mis muñecas y la alejaron de mi rostro. El aire se atoró en mi garganta al tener a Matthew tan cerca. Se había cepillado el cabello, pero aun así no podía cubrir su estado, tenía las mejillas y nariz roja.

—Dios, eres un tonto, pero te extrañaba mucho...—Lo miré a los ojos, al darme cuenta de las palabras que me había prometido no decir nunca.

Sus brazos me rodearon y me acercó a él, en un fuerte abrazo.

—Yo también, ¿qué te parece si vamos abajo y miramos una película? Es de vampiros. La pedí el otro día porque dijiste que me ayudarías a combatirlos.

«Bien, ¿es raro que crea que eso es dulce de su parte?».

—Claro, sería genial.

No fue tan genial.

—¿Sabías que eso es como el sexo entre vampiros? —le informé a Matt, apuntando hacia la tele cuando apareció una escena donde el vampiro le compartía su sangre a la adolescente enamorada, recién convertida. La película era interesante, sin embargo, no era muy fácil hacerlo cuando Matthew iba explicando por arriba de las voces de los personajes, lo que miraba junto a él ¿Ese tipo de personas que te explicaba lo obvio a medida que ocurría y nunca se callaba? Sí, era él.

—¿En serio? —preguntó confundido, mientras cruzaba sus piernas sobre el sillón negro donde nos encontrábamos sentados.

Asentí y desvié la mirada de la pantalla para presenciar su reacción. Sus ojos se agrandaron al instante en que lo dije y dibujó una sonrisa pícaro.

—¡Genial! ¡Entonces bebe! —Antes de que pudiese responder, la parte interna de su brazo, presionaba contra mis labios.

—¿¡Qué te pasal? —grité avergonzada y alejé su mano del tirón.

—¿Y si soy un vampiro y no lo sabía? ¡Esta es la mejor forma de probar! ¡Con sexo vampírico!

—¡Eres un perverso! —Sin evitarlo, una risa se me escapó. Sin previo aviso, Matthew se apoyó sobre sus rodillas y se acercó. La sonrisa en mi rostro se borró al instante.

Tragué saliva, cuando colocó ambas manos sobre mis hombros y llevó su rostro a centímetros del mío. No entendía cómo no parecía darse cuenta de que era excesivamente intrusivo.

«Debe ser así con todo el mundo».

—Claro que no —negó, haciendo puchero.

Coloqué las palmas de mis manos sobre su pecho y lo empujé. Cayó de trasero, con un ruido sordo.

—Deja de decir babosadas o me iré —dije luego de aclarar mi voz, volviendo mi mirada hacia el televisor.

—No puedes irte, es obvio que mamá te llamó para vigilarme, pero no estoy seguro de la razón exacta —me dijo pensativo—. Quizá sea por la vez en la que llené la bañera con helado o cuando metí mi ropa en chocolate derretido para que al endurecerse pudiera comerla...

—¿En serio hicist...?

—¡Oh, ya sé! Debe ser porque una vez vendí el perro del vecino cuando no encontraba el dinero para una pizza.

—¿Vendiste el perro de tu vecino?

—Tres veces.

—Matt...—comencé a decir, preparándome mentalmente, para darle un gran discurso contra el tráfico de animales.

—¿Sí, cariño?

—Cre...

«¿Soy yo o él acaba de llamarme cariño?».

Cuando escuché esa palabra, dejé de atender a la película y lo miré, sintiéndome acalorada, con la piel erizada.

—¿Me traes algo de comer?

—Puedes ir tú, es tu casa, no la mía.

—Se supone que tienes que ir. —Cruce mis brazos sobre el pecho, indignada por lo que acababa de decir, sabiendo que trataba de sacarme de mis casillas, y lo lograba fácilmente, parecía que era su diversión matutina.

—La cocina es donde las mujeres pertenecen. —Sabía que era una broma, pero le seguí el juego.

—¿Sabes por qué las mujeres viven más que los hombres?

—No, ¿por qué?

—Porque la cocina está llena de cuchillos filosos, capaces de cortar cualquier cosa.

Abrió los ojos aún más.

—¿Serías capaz de...?

—Sí, así que tenme miedo, tenme mucho miedo y no me hagas enojar —respondí con una sonrisa angelical.

—Eh...Ignoraré la amenaza indirecta que acabas de decir y me retiraré a la cocina en busca de algo delicioso —aclaró fingiendo miedo. Dicho esto, se levantó del suelo y caminó hacia la cocina.

Me quedé observando la puerta por donde había desaparecido y suspiré. Unas veces quería golpéalo, pero otras me hacía sentir como una niña y me convertía en gelatina cuando se acercaba. Mi corazón latía demasiado fuerte cuando nuestras pieles se rozaban, cuando reía a carcajadas, cuando me mandaba mensajes.

¿Me gustaba Matthew? No, no podía creerlo. Era tan dulce, infantil y único que no necesitaba esforzarse para ser querido. Por alguna razón que no sabía, confiaba en él, me sentía segura y creía que no podría herirme.

Aun así, una voz susurraba en mi cabeza y se encontraba asustada. No hacía mucho que lo conocía, pero parecía una eternidad. Había una atracción irresistible hacia él y lo aceptaba. Aceptaba su amistad, pero ¿hasta dónde sería capaz de avanzar? Sabía que corría el riesgo de depender de él, de que la historia con Samuel se volviera a repetir.

«Matthew es tú amigo».

Aclaré mi garganta, me encontraba algo aturdida ante los pensamientos. Cuando Matthew volvió, traía consigo una bolsa de fritura, junto a una mirada triunfante.

—Esto es malditamente delicioso —dijo maravillado, mientras se sentaba a mi lado, una vez más.

Traté de mirar la película, pero me parecía más interesante ver sus boberías.

—¿Qué haces ahora? —pregunté confundida cuando colocó una de las papas bajo su nariz y la olisqueó lentamente.

—Quiero que esta y cada una de las papas que coma se sientan de maravilla, así que les doy un tratamiento especial a cada una para que no se depriman —explicó mirando detenidamente su bocadillo. Movié la cabeza, apartando algunos cabellos de sus ojos y luego me miró.

«¿Deprimir?».

—¿La papas se... deprimen?

—¿No te sentirías mal si fueras exactamente igual a los demás con los que te rodeas? Imagínate estar encerrada junto a todas y ni siquiera querer mirarte al espejo porque sabes que te ves idéntica al que tienes en frente.

—¿Me sentiría mal? —dudé un poco. Quería intentar entender sus ocurrencias.

«¿Por qué la pregunta me suena tan familiar?».

—¡Más que mal!! —gritó alzando los brazos. Me exalté ante el cambio de tono, por lo que apoyé una mano en mi corazón acelerado—. ¡Sería jodidamente horrible, horroroso, asqueroso, mohoso...!

«Alex ! ¡Me recuerda al tonto de Alex!».

—Oh, ya entendí. Solo bájale a tanto sentimentalismo. —Intenté relajarlo, ya que frenéticamente arrojaba todo el contenido de la bolsa al suelo sin querer.

«¿Qué clase de supuesto humano "normal" conozco que se pone así de loco con la comida?».

«¿A qué clase de chica le puede gustar alguien tan parecido a su hermano?».

«A mí, no.».

«Seré estúpida, pero no para tanto ¿No?».

—Demonios, eres mi segundo conejito hiperactivo —le dije.

Capítulo 6

—Vamos, no te enojés, no es mi culpa —pidió, besándome la mejilla—. Parece que tu pequeña carita está a punto de explotar.

—Apenas termine esto —apunté el televisor que empezó a emitir distorsiones con imágenes para adultos...—, iré a denunciar al psicópata que puso una película porno en la sección de amor adolescente —protesté.

—No te irás. Enferma ¿Recuerdas? —Sonrió con malicia—. ¿De todas formas, por qué la quieres ver completa?

—¡No es lo que crees! —gruñí, avergonzada. Lo miré mal, cuando Matthew tapó sus labios, conteniendo una risa—. Quiero ver si hay más... eh, escenas, de... de eso, para tener pruebas.

—Solo hubo una escena. Además no entiendo por qué te enojas conmigo si no soy el culpable —murmuró golpeándome con suavidad la espalda en un intento fallido de tranquilizarme.

Me moví como un perro que se sacudía cuando terminaban de bañarlo, alejándome de él. Fruncí la expresión sin apartar la mirada de la pantalla. Cuando la cuarta escena comenzó, sentí unas manos cubrir mis hombros. Me quedé sin aliento en cuanto me empujó contra su cuerpo y antes de que pudiera decir algo, enterró mi rostro contra su pecho.

—Bien, es mi culpa, ¿sí? No me odies y dame un abrazo.

Por alguna razón me calmé. Me quedé quieta apoyada en él y cerré los ojos un segundo, mi respiración se tranquilizó en un momento y casi podía dejarme arrastrar por la calma.

Hasta que gritó.

Me exalté, asustada, abrí mis ojos, pero estaba todo oscuro. Se había ido la luz.

—¡No! ¡Estoy ciego!

—Idiota, no estás ciego, se cortó la luz —suspiré contra su camiseta, aun sabiendo que debía alejarme.

—Uff, ya me había asustado —soltó un suspiro de alivio—. Espera ¿Dónde estás?

«¿Lo dices en serio?».

—Al lado tuyo ¡Me estás abrazando, tonto!

—A ver... —Su voz se fue disolviendo poco a poco, hasta que sentí cómo quitaba uno de los brazos que me rodeaba, para luego restregar su palma contra mis mejillas—. Sí, aquí estás.

—Déjame —me quejé apartándome de él.

—Eres muy enojona ¿Lo sabías?

—Y tú muy tonto —me defendí como una cría y él rió. Recordando que tenía mi celular, lo saqué del bolsillo para iluminar el rostro de Matt. La luz lo golpeó tan de pronto que cerró los ojos. Fue mi turno de reír.

—Eres malvada—dijo tomándome de la muñeca, alejando la pantalla brillante.

Según mis padres, siempre había sido revoltosa y traviesa, fui hasta capaz de cortar mi largo cabello con una tijera de podar. Después de ese accidente dejé crecer mi cabello hasta por debajo de los hombros. Y como no estaba muy segura con ello, teñí las puntas de rojo. Hacía tan solo un mes que había decidido cambiar un poco mi estilo, para sentirme diferente. Bueno, también lo había hecho porque quería que Kate se pusiera furiosa al no tomar su consejo de hacerlo ver más "lindo" y "femenino". Considerando que femenino para ella era colocarse un moño gigante fucsia en la cabeza, me pareció lo más cuerdo hacerlo a mi manera.

Un escalofrío recorrió toda mi columna vertebral al notar unos dientes sobre mi cuello, haciendo que soltara un patético gritito.

—¿¡Qué te pasa!? —Al darme cuenta de cómo Matt intentaba mordirme, me moví rápidamente y acabé en el suelo.

—Complejo vampiro —soltó desinteresado—. Y antes de que lo digas, no, no es molesto.

Indignada, lo tomé del brazo con una de mis manos y mordí su muñeca.

—¡Ay!

—¿Ves? Sí es molesto.

Parpadeó varias veces, pareciendo completamente desconcertado.

— Increíble, al parecer si soy un vampiro.

« Agh, es como querer hacerle entender a un niño».

—No lo eres. Solo lo hice para demostrarte lo molesto, así que deja de decir tonterías.

—Aún no estoy completamente seguro pero, por el momento no pensaré en ello —murmuró insatisfecho—. ¿Quieres jugar a algo? No importa, de todas formas lo harás. Mira, el juego consiste

en que hago una pregunta y eliges una de las contestaciones —explicó ignorándome cuando dije que no—. ¿Prefieres comer una babosa o quedarte calva? —Hice una mueca de asco y rió.

—¿Qué? —Sabía que no servía de nada negarme ante su tozudez, así que me acomodé a su lado y encendí la linterna. Antes de responderle, la coloqué entre nosotros para al menos vernos mientras hablábamos.

Sabía que había anochecido, por lo que tendría que irme pronto.

—Calva —contesté.

—¿En serio? —escupió aquellas palabras como si hubiese dicho que era un zombi a punto de comer su cerebro.

«Ugh, metáfora equivocada».

—Por supuesto que sí —afirmé a continuación—, no soy como tú que ama su hermosa cabellera —bromeé. Matthew me miró pensativo y después empezó a mover la cabeza de un lado a otro en forma exagerada, haciendo que unos mechones de su cabello cayeran hacia adelante.

—Tienes razón, adoro mi cabello.

—¿Seguimos jugando?

—Sí, pero primero yo te hago tres preguntas —propuso risueño y yo solo asentí lentamente.

«Definitivamente está planeando algo».

—¿Prefieres estar en un cuarto lleno de cucarachas o besarme? —demandó.

«¿Cómo!?».

—No voy a contestar eso —dije al instante sintiendo cómo mis mejillas se sonrojaban en el momento en que, sin poder evitarlo, mis ojos bajaron hacia sus labios. Si no hubiera estado sentada, me hubiera caído porque mis piernas temblaban de una forma terrible. Debía saber que preguntaría algo como eso. ¿Por qué? ¿Acaso se había dado cuenta de que me gustaba? ¿O solo quería burlarse de mí? Sea lo que fuera, me hacía sentir como una completa tonta.

Mientras indagaba entre mis pensamientos atormentándome, sentí los dedos de Matthew, tomar mi barbilla, forzándome a verlo a los ojos.

—Responde.

—Sabes que odio a las cucarachas —susurré avergonzada.

—¿Prefieres...?

—Besarte.

—¡Genial! ¡Otra pregunta! ¿Prefieres vivir encerrada sin agua y comida o besarme?

—¿Estás bromeando, verdad?

—Vamos... —me alentó a contestar.

—Matthew... —advertí sin saber qué más agregar a mi amenaza. Un suspiro tembloroso se me escapó mientras trataba de buscar una manera de escapar.

— ¡Responde!—gritó de manera juguetona.

«¡Dios!».

—Besarte.

—¡Lo sabía!

—Este juego no me gusta. —Cruce los brazos sobre el pecho indignada. Sin embargo, Matthew se mantenía relajado mostrando el disfrute que esto le producía.

Quitó mi barbilla de su mano y me paré con las piernas temblorosas, dispuesta a marcharme...

—Espera —pidió tomando mi muñeca, empujándome nuevamente a mi asiento—. Solo falta una pregunta y prometiste responder a las tres. Una más ¿Sí? ¡Por favor! —Su labio inferior sobresalió, en un puchero.

«Me estoy volviendo una tonta por aceptar esto, solo por su expresión».

—¿Prefieres besarme o que yo te bese? Pero te lo advierto, esta pregunta tiene una trampa, así que elige con cuidado —dijo finalmente. Aunque tal vez las otras preguntas eran en broma, la extraña mirada que tenía, había cambiado, estaba serio.

—Besarte.

—Perfecto.

Antes de que pudiera darme cuenta, su rostro se acercó al mío con rapidez. Noté la adrenalina corriendo mi cuerpo en un instante y me aparté a tiempo haciendo que sus labios rozaran mi mejilla.

Mi boca se abrió ante su acción, estaba sorprendida, horrorizada ¿Qué le pasaba? No dije nada, mis manos se convirtieron en puños, mientras caminaba hacia la salida. En un instante, por mi cabeza

cruzó la imagen de Samuel, y eso empeoró todo. Parecía una maniática, no podía respirar.

¡Por poco me besó!

—¡Suéltame! —grité a todo pulmón. Matthew intentó impedir que me fuera, arrojándose al suelo, para aferrarse a mi pierna.

—No voy a soltarte —gruñó, apretando mi pierna—. No puedes dejarme aquí solo

Sin dirigir palabra traté de cojear hacia la puerta, pero no pude y solté otro grito de frustración.

—¿Estás bastante enojada, verdad? —Su obvia pregunta provocó un segundo grito de desesperación. No estaba enojada, pero casi me besó, iba a ser mi primer beso, no podía hacerlo.

Matthew me veía como amiga, yo no.

Y no podía permitir que las cosas cambiaran entre nosotros, no podría perdonarme.

Como había dejado de luchar contra el agarre de Matthew, él me soltó y se levantó, para luego terminar tomándome por los hombros.

—Deberías besar algo —aconsejó, en voz baja como si estuviese hablando con una loca.

—¿Qué? —solté confundida.

—Mejor dicho a alguien. —Sonrió—. Preferiblemente a mí... ahora. —Unos segundos después de que lograra comprender lo que quería decir, empujé la sólida pared de su pecho con ambas manos.

—Suéltame —le ordené con voz temblorosa.

Lejos de hacerme caso me rodeó con sus brazos.

—Era una broma —murmuró preocupado por mi exagerada reacción furiosa—. ¿Me perdonas? Era un broma, no quería, creí que...

Dios, era Matthew. ¿Cómo podía haber dejado que mis impulsos me controlasen? Estaba claro que era una broma, siempre hacía esas cosas. Él no tenía la culpa... Sujeté su camiseta con mis puños y apoyé la mejilla en su pecho, intentando calmarme con su aroma —¿Qué ocurre...?—preguntó, acariciando mi cabello.

Sentía que debía contarle lo de Samuel.

—Matthew, tengo un pequeño problemita...—comencé a decir algo avergonzada—. Yo... yo me prometí a mí misma que no besaría a nadie.

«Va a creer que estoy chiflada».

Agachó la cabeza tratando de mirarme, pero yo me ocultaba contra su pecho muerta de vergüenza.

—¿Qué tú qué? —silbó sin aliento—. ¿No quieres ser nunca besada? ¿Cómo vas a tener hijos? Espera, ¿cómo tendremos hijos?, ¿no te gustan? Porque yo quiero cinco.

«¿Besarlo? ¿Hijos? ¿Qué?».

—¡Matthew, cállate un segundo! —protesté humillada. Me alejé.

—Lo siento otra vez —dijo, inclinándose un poco para besar mi nariz, provocando extrañas mariposas en mi estómago.

Di unos pasos hacia atrás.

—No vuelvas a hacer eso —comenté, llevando una mano hacia donde me acababa de besar.

—Cierto, olvidé que soy demasiada mariposa para tu estómago.

«¿Acaso podía leer mi mente?».

—No debes hablarme así.

—¿Sí? ¿Por qué no? —Verdaderamente curioso, me miró con cuidado. Se mostraba tan inocente tratando de leer la respuesta en mi rostro.

Dejé escapar un gemido de frustración.

—¿Hace cuánto tiempo nos conocemos? —No le dejé contestar—: ¡Casi nada! ¡No puedes andar por ahí tratando de besar a las personas que apenas conoces!

—¡Pero si eres mi mejor amiga! —dijo, su ceño se frunció enojado, sus brazos se cruzaron sobre su pecho en uno de sus berrinches.

—Apenas nos conocemos.

«Pero eso no evita que sientas algo».

—Pero no sabremos si tenemos algo en común si no me das una oportunidad, ¿verdad?

Abrí la boca para negarme, pero él entrelazó nuestras manos en señal de súplica, haciendo que todos los argumentos murieran en mis labios.

—Yo... Bien, pero si piensas volver a intentar besarme, será mejor que vayas preparando tú funeral

—acepté, algo insegura.

Las comisuras de sus labios se elevaron formando una de sus preciosas sonrisas.

—¿Amigos? —Asentí con rapidez y su sonrisa se hizo aún más grande—. Perfecto... ¿Así que, me contarás sobre la promesa?

—Es que, yo, joder, bueno. —No sabía por dónde comenzar—. La hice hace unos años, creo que tenía doce o trece. En ese momento tenía un grupo de amigas bastante "maduras" —dije, haciendo comillas en las últimas palabras—. Ellas ya tenían novio y todo eso. Me molestaba que Sarah, mi mejor amiga, quería "enrollarme" con el mejor amigo de su "novio".

—¿Los chicos tenían la misma edad?

—Ellos tenían veintiuno y veintidós. —Las cejas de Matthew se alzaron, sorprendido ante la respuesta—. Para mí era obvio que los chicos jugaban con ellas, por lo que no tardé en decírselo a Sarah. Esperaba que me creyera, pero en vez de eso, se enojó y dejó de hablarme. No me importó en realidad, prefería estar sola a formar parte de su grupo. Pero cuando descubrió que tenía razón y que el idiota la engañaba, se enojó conmigo y se las ingenió para convencer a su hermano mayor de que me enamorara... sabiendo perfectamente que yo ya lo estaba de él.

—¿Caíste?

—Algo así —admití, con un nudo en la garganta—. Comenzamos a pasar mucho tiempo juntos... demasiado, me gustaba tanto —reconocí, intentando alejar los recuerdos junto a él, que llegaban uno tras otro—. Y como era obvio, él intentó repetidas veces acercarse a mí, con otras intenciones.

—¿Y...? —oí la angustia en la voz de Matt cuando paré de hablar.

—¿Podemos hablarlo otro día? —supliqué al sentir el combate interno de las lágrimas intentando salir.

No quería que me viera llorar y sabía que lo haría si terminaba de contar la historia.

Siempre lo hacía.

—Es algo difícil —concedí mientras lo observaba, notando que aún estábamos parados en medio de la sala con nuestras manos unidas.

—Por favor...

Levanté la vista hacia él.

«Dijiste que confiabas en él, ahora cuéntale toda la historia».

—Bien —proseguí con vacilación—: Cinco meses después de ser prácticamente mejores amigos, de pasar a ser mi único compañero, mi único "amor"... todo eso terminó cuando Sarah me humilló frente a todos, mintiéndoles que yo le quité a su novio, para luego ir detrás de su hermano. También les dijo que me acosté con él. Acabé convirtiéndome en objeto de burla para el instituto. Por eso hice la promesa de esperar hasta tener novio y dar mi primer beso, por lo menos hasta la universidad... yo... yo no quiero que nadie vuelva a lastimarme otra vez, ¿sabes? —Sentí una de las manos de Matthew en mi mejilla mojada. Agité mi rostro, lejos de su cálido toque, utilizando mi mano para sustituir la suya, cubriendo con mi cabello las lágrimas—. Está bien... ya lo superé —mentí, tragando el molesto nudo en la garganta.

—¿Por eso lloras? —preguntó con brusquedad.

—En serio, lo superé... solo me duele haberlo perdido.

—Pues, ahora estoy yo, así que no necesitas a nadie más —dijo.

—¿Tenías que llevar las cosas hacia ti, verdad? —bromeé, con voz ronca.

—¿Qué puedo decir? Soy tan genial que no necesitas a nadie más.

—Baja el ego, Matt.

—Solo lo decía porque no me gusta verte llorar —admitió, con una sonrisa triste. Sus brazos me rodearon una vez más y eso me calmó.

Matthew no era Samuel, y jamás me heriría.

Capítulo 7

—Dentro de dos semanas comienzan las clases —dijo mamá, mientras llevaba un trozo de pizza a su boca. Estábamos cenando, como papá tenía turno hasta tarde, nos habíamos unido a ella y a mis hermanos a mirar televisión. Aun así, no prestaba mucha atención a la serie, ya que Matthew me seguía mandando mensajes porque estaba aburrido. Al parecer, Debby, era demasiado tranquila para su revoltoso hijo, habían terminado de comer y ella se había marchado a ver un especial de películas de los 80 en el cine.

A pesar de que estaba entretenida con el teléfono, cuando escuché esas palabras de mamá, casi se me cae de las manos.

—¿Clases? —dije alterada. No quería empezar, sabía que me quería apuntar en el instituto más cercano, que era el mismo que el de Matthew, pero detestaba ir. No quería ser la nueva.

—Y sí, cariño, las vacaciones no son eternas...—murmuró sin quitar la vista de la pantalla.

—Aun así, tienes al friki azul, ¿no es tu novio? —dijo Alex, entrometiéndose en la conversación.

—¿Friki azul? ¿Es el vecino? Todavía no lo conozco...

Golpeé mi frente al escuchar a mis hermanos meter a Matthew en la conversación.

—No es mi novio, es mi amigo y es obvio que no lo conoces porque siempre estás durmiendo cuando viene.

Kate me miró con el ceño fruncido; se encontraba sentada en el sillón frente a mí, junto a mi hermano y me estaba preparando para un ataque de estos. Las sonrisitas se habían formado en sus rostros.

—Ja, graciosa, ¿y a qué hora se supone que viene? Además, ¿no pasas tú demasiado tiempo en su casa? ¿Qué hacen?

—¡No hacemos nada! Su mamá siempre...

—Es mentira, ella siempre trabaja —interrumpió Alex y luego rió—. Es muy raro.

—¡Callaos!

—Basta. No molestéis a vuestra hermana. Si quiere tener novio puede tenerlo y Matthew es un buen chico —los regañó mamá.

—¡Mamá!—grité con las mejillas sonrosadas.

Ella y Sebastián comenzaron a reír a carcajadas, mientras me hundía más en el sillón, deseando desaparecer.

—Pff, porque papá no se ha enterado todavía, pero después...—murmuró Kate por lo bajo, pero aun así había logrado escucharla. Decidí ignorar su comentario porque sabía que tenía razón. A

diferencia de mamá, él era demasiado sobreprotector y gracias a los cielos, aún no se había enterado de Matthew.

Pasaron un par de horas, aún nos manteníamos frente a la pantalla, cuando la luz volvió a cortarse. Hacía varios días que se iba en toda la manzana, algunos vecinos creían que era debido a mantenimiento, pero nadie estaba seguro.

—¿Otra vez? —dijo mamá indignada, mientras los demás encendíamos la linterna de nuestros móviles. Ella se levantó de mi lado y tomó su teléfono, habían hecho un grupo entre algunos vecinos para comunicarse más fácilmente—. Dicen que van a ir a preguntar en el centro eléctrico, algunos están muy enojados. Será mejor que vaya, quedaos aquí, pero no os peleéis, en nada vuelvo.

«22:30».

—Bueno, me retiro a la habitación —advirtió Kate al mismo tiempo que tomaba una bolsa de frituras.

Sin comentar nada, subió las escaleras.

Me quedé mirando a mi hermano que estaba sumido en un juego.

«Bien».

Estaba molesta, estaba siendo una noche perfecta y se acababa de estropear por algo externo y ahora la aburrida era yo. El pensamiento de ir a casa de Matthew cruzó por mi mente, sin embargo, no podía salir porque Sebastián se lo podría decir a Kate o a papá...

—Haz lo que quieras, no voy a decir nada —comentó sin apartar la mirada de la pantalla, interrumpiendo mis pensamientos. Abrí la boca, no muy segura en qué decir, pero me interrumpió—. Vete, prometo no decir nada.

Crear en Alex, era como decir que Kate era siempre agradable conmigo.

Exacto, puras mentiras. Aun así, realmente quería ir a ver a Matthew, me había enviado un mensaje que su madre se fue junto a la mía y que no les gustaba la oscuridad. Estaba preocupada por él y decidí marchar.

No le dije que iría, pero cuando abrí la puerta para salir, él se encontraba detrás.

Mis ojos se abrieron más ante la sorpresa. Sonreía de oreja a oreja, con una linterna en la mano y con la otra extendiéndola para que la tomara, parecía la escena perfecta de una película romántica.

Cada cosa que hacía, cada vez que lo veía, que lo escuchaba... solo afirmaba ese sentimiento que no quería aceptar, pero cuando estaba junto a él, me preguntaba si valía la pena arriesgarse. La mayoría del tiempo quería que el mundo se redujese en el momento en que él decía mi nombre. Pero él no podría sentir lo mismo que yo y debía aceptarlo. No luchar contra ello, pero no torturarme con aquello que no se podía controlar.

Mi madre siempre me había dicho que todo se puede solucionar con amor y quería creerlo, aunque

fuera algo que debía construirse con el tiempo. El amor podría cambiar el mundo, si se utilizaba para el bien.

—Sabía que irías, puedo leer tu mente —dijo risueño mientras caminábamos.

«Si supieras lo que pienso cuando estoy a tu lado».

—Claro...—Me quedé sin aliento cuando me empujó hacia su costado. Por un segundo, creí que quería que lo abrazara, pero sus manos fueron a mi cintura y me impulsó hacia arriba—. Juro que si no me sueltas ahora mismo olvidaré lo de "amigos" y te romperé la cara —chillé al estar sobre su hombro, mis manos se aferraron con miedo, al borde de su chaqueta, mientras mi cabeza se movía de un lado a otro—. ¡Matthew! ¡Quédate quieto! Me harás caer...

—Deja de quejarte, necesito un baño.

—¿Y se supone que te bañarás con agua helada!? —dije alterada, al notar que se tambaleaba para cerrar la puerta detrás nuestro.

—Son casi las once de la noche y te quedarás a dormir, se supone que debo oler bien. Aunque no entiendo cómo tu madre ha dejado que te quedes...

—¡Solo venía a visitarte!

Ante mis palabras se detuvo un momento en medio de la sala, como si estuviera meditando sobre mis palabras y rápidamente volvió a retomar el camino hacia su habitación. Yo trataba de soportar el mareo debido a que la sangre estaba yendo a mi cabeza. Podría haber sido divertido verlo, pero estar allí, significaba que posiblemente las cosas podrían terminar en una palabra. ¡Vómito!

—Bueno, supongo que no podemos aprendernos muy bien la mente, creí que tu mamá te había dejado venir, como la última vez...—soltó un quejido.

Yo estaba avergonzada ante el recuerdo de la llamada que mamá me hizo una vez que me quedé a comer con ellos. Una parte de mí agradeció que Debby no estaba presente en ese instante en la habitación, porque poner a mamá en altavoz no fue una buena idea.

—¿Aún estás con el muchachito azul? —dijo ella, en tono burlón.

—Tú fuiste la que me dejó ir...además, quería estar con él —susurré avergonzada, mientras veía a Matthew comiendo por mi periférica. Mi celular estaba sobre la mesa, ya que intentaba limpiarme las manos llenas de salsa, para no mancharlo.

—¿Así que te gusta el "azulcito"?

—¡Mamá! ¡No le digas "azulcito" a Matthew! —grité horrorizada. Las carcajadas de Matt no tardaron en aparecer, empeorando la situación, no podía verme, pero estaba segura de que mi rostro era del mismo color que el de mis manos.

—Pero sí...

—Mamá, para —interrumpí—. Te amo, pero cállate un segundo.

—Está bien, lo lamento. Supongo que me pasé un poquito —respondió dulcemente.

—Bien... yo... ¿podría quedarme un poco más?

—¿Tú? ¿En la casa de un chico?—chilló emocionada.

Bufé ante su respuesta. Mi madre era ese tipo de personas románticas y cursi, que quería que su hija tuviera la historia de amor perfecta.

«Bueno, pensándolo bien, eso no es tan malo, pero sí imposible».

—Un amigo, mamá. Un amigo —la corregí entre dientes.

—Por supuesto, no hay problema. Confío en ti.

—Gracias, mamá.

—No es nada, solo tengan cuidado con el corte de luz.

—Ajá... adiós.

«Si, esa fue nuestra genial charla, que por desgracia no podré olvidar jamás».

Salí de mis pensamientos volviendo a la realidad. Matthew seguía caminando mientras yo jugaba con lo que creía que era el borde de su camiseta.

—Prosigue...

—¿Oh? Ah, cierto, cierto...—masculló por lo bajo—. Decía que por lo general las madres no dejan que se junten conmigo después de conocerme, creo que se sienten atraídas por mi belleza natural.

—Artificial, diría yo —interrumpí, refiriéndome a su cabello. Traté de bromear aunque era unas de las cosas que más me gustaban de él. Decían que el color azul nos hacía sentirnos tranquilos y protegidos de todo alboroto, lo cual era gracioso ya que Matt provocaba todo lo contrario.

Matthew se detuvo un momento en las escaleras y murmuró algo indescifrable. Una parte de mí no dejaba de reír, ya que a ese paso jamás llegaríamos a la habitación.

—Soy noventa y nueve por ciento natural —aclaró satisfecho de su propia opinión—. Como decía antes de que una pequeña molesta me interrumpiera —me regañó, volviendo a subir las escaleras—, no dejan que se junten conmigo por miedo a que hagamos "algo".

«¿Qué quiere decir? ¡Oh!».

La idea era tan ridícula que comencé a reír fuerte.

—Estás loco, pero no te veo como un psicópata. Mi madre confía en mí lo suficiente y como nunca antes había tenido una amistad masculina, es como si fueras una chica más.

«O al menos es lo que intento».

—¿Me tratas como una chica? —preguntó pasmado mientras entrábamos a su habitación—. No sé si sentirme ofendido o genial —dijo al instante al mismo tiempo que dejaba la linterna sobre la cama.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, si me ves como una chica, nosotros podemos...ya sabes— murmuró, dejando las palabras en el aire. Sus manos cayeron a mi cadera, para bajarme. Me sostuve de sus hombros temiendo un poco. Sus palabras retumbaban en mi cabeza y mi corazón comenzó a latir con tanta rapidez que no conseguía calmarse al ver que el rostro quedaba a la misma altura.

No podía verlo muy bien por la falta de luz, pero quedé aturdida ante la cercanía, al sentir el aliento escapar de sus labios, para luego chocar sobre los míos.

«¿Él me besaría? No, sabía sobre mi promesa».

—No me asustes...

Mathew frunció el ceño ante mis palabras, al mismo tiempo que mis pies al fin tocaban el suelo.

—¿De qué hablas...? —preguntó viéndome directamente a los ojos—. ¡Oh, detente un momento! ¿Tú también le tienes miedo a la oscuridad? —Negué al instante—. ¿Entonces?

Respiré profundamente, como si el aire me ayudase a tener coraje para responder.

—Yo... yo... no me voy a... bañar c...contigo —tartamudeé, completamente sonrojada.

«Al parecer el aire no sirve de nada».

Matt me observó unos segundos y luego empezó a reír.

—¡Por supuesto que no quise decir eso! —dijo entre carcajadas—. Solo iba a preguntarte si podías teñirme el cabello.

—¿Y por qué demonios te ríes de mí, estúpido!? —me quejé golpeando su pecho.

—Porque eres una perversa —abrí la boca para negarlo, pero él colocó el dedo índice sobre mis labios flexionando las rodillas para estar a mi altura—. Si quieres, puedes acompañarme.

—¡No!

«¿Y después soy yo la perversa?».

—De todas formas dejaré la puerta abierta —advirtió quitando su dedo de mis labios para que pudiera responder—. Si alguien intenta matarme mientras estoy en la ducha, estarás para ayudarme.

«Dios, qué cínico. Un cínico que te gusta».

—Nadie lo hará.

—No me importa— se quejó—. Si escuchas un grito ven a buscarme.

—Bien —acepté sabiendo que no me dejaría negarme.

—Gracias —dijo aliviado y entrecerró los ojos—. Pero eso no quiere decir que puedas espiarme desnudo.

—Nunca lo haría y si quisiera no podría porque no hay luz.

«Oh, Dios ¿En serio acabo de decirlo en voz alta?».

—Seré el mejor amigo del mundo y me haré el loco.

—Te lo agradezco —me moví rápidamente hasta su cama cubriendo mi cara con las manos—. Vete a duchar ya por favor.

¿Llegaría el momento en que dejara de avergonzarme frente a él?

—Vale, no tardo...

—Clarie...—murmuré cuando se marchó. Sabía que no debía enloquecer tanto, que Matthew pasaba por alto los momentos en que me quedaba embobada ante él y eso era un detalle por su parte porque odiaba comportarme así, parecía una cría que jamás se había enamorado.

El pensamiento de que Matthew supiera la verdad, me hizo temblar.

¿Era tan obvio?

A veces creía que sí, pero me consolaba el hecho que su inocencia y transparencia seguramente me dejarían caer su forma de pensar y ver esa situación. No podía mentirme ni herirme...

—Ella no es la santita que todos creen.

El tono burlón de Sarah retumbaba en la cafetería, acompañado del sonido de sus pisadas mientras caminaba lentamente hacía mí al acabar su "discurso" frente a todos. Mi mirada estaba fijada en su hermano mayor. Samuel.

Samuel Johnson.

—Todo aclarado. Eres una zorra y todos ahora lo saben, así que mejor que te vayas, nadie creará tus lágrimas de cocodrilo. Nadie quiere verte —agregó en el instante en que la tuve enfrente.

No lloré. La ignoré con todas mis fuerzas y fui hacía él. Cada paso que daba era eterno, sus palabras, sus abrazos, todos los recuerdos habían sido una mentira y lo confirmé en el momento en que sus ojos reflejaron culpa.

—Yo, lo lamento... iba a... decírtelo, yo nunca...—comenzó a tartamudear, pero fue detenido por la palma de mi mano en su mejilla. Era la primera vez que golpeaba a alguien y no me arrepentí.

Segundos después salí de allí sin darle importancia a las burlas, las muecas de sorpresa y la mirada de Sam arrepentida y dolorida...

Tenía la cabeza en tensión y dolorida, por ello traté de relajar el cuerpo, aún sobre la cama. Me encontraba tensa, cada vez que recordaba ese momento, ocurría, sabía que debía superarlo, que había dejado las cosas atrás, pero había momentos en que, sin que pudiera controlarlos volvían y me atormentaban.

Sabía que muchas personas considerarían tonta mi promesa, pero eso, de alguna manera me había ayudado a no pensar en ello, no pensaba en los chicos de "esa" manera y listo.

Y luego llegó Matthew.

«Después de todo no pierdo nada con la promesa, ¿no? Nadie puede encontrar al amor de su vida a los 16 años, ¿verdad?».

«¿Y si fuese posible encontrarlo?».

Sonó mi teléfono haciendo que expulsara mis fantasmas.

—Necesito algo —escuché apenas había apretado el botón para contestar. La voz era relajada y demandante, sabía por qué. Aun así, me negué—. Necesito que me lleses a comprar helado. —Me senté en la cama, tomé la linterna y alumbré la puerta por donde él se había marchado hacía tan solo diez minutos—. ¡Por favor! Mamá no ha llegado y Kate está intentando buscar un "guardarropa" para el instituto ya que pasado mañana...

—Eh, detén el carro, pequeño ¿instituto? —interrumpí anonadada—. Mamá dijo...

—Pues mintió —interrumpió Alex detrás de la línea—. Mamá te compró algunos útiles y te

inscribió, para que después no buscaras ninguna excusa.

«Mamá, te has vuelto demasiado inteligente».

—Si no queda otra —susurré derrotada. Me aliviaba saber que estaría con Matthew.

—¿Y...? ¿Me acompañarás?

—Claro que no, son más de las diez de la noche, no molestes. Además ¿no sabes que estoy en casa del vecino?

—Sí, el friki azul que se coló el otro día en tu habitación, lo cual mamá y papá no saben.

«Mierda».

Eso no era bueno.

Inconscientemente, golpeé mi frente con fuerza.

—¡Uy, Demonios! —siseé, mientras dejaba el aparato a un lado y sobaba la zona herida—. ¿Cómo lo sabes?

—Esa noche me levanté a por pizza y al ir a la cocina lo vi entrar por la entrada del perro. Pero no importa, solo quiero helado, así que será mejor que me acompañes —advirtió, sabiendo muy bien que había ganado.

—Dentro de un rato voy.

—En quince minutos.

Mi boca se abrió de golpe ante su descaro y estuve a punto de insultarlo, pero solo salió un gruñido de confirmación.

—Genial, te quiero hermanita.

En un berrinche colgué antes de poder despedirme.

—Maldito... ¿Matthew? —callé al escuchar sus pisadas acercarse. Tomé la linterna y alumbré la entrada.

—¿Matt...?

No podría describir muy bien lo que ocurrió, acabé en el suelo tratando de esconderme desesperadamente. Con frenesí tomé las mantas la cama, tirándolas sobre mi cabeza.

—¡Oh, Dios mío! —grité sorprendida. La linterna había volado a algún lado desconocido y el celular también, lo único en que pensaba era en borrar la imagen de un Matthew desnudo.

—¿Por qué gritas? —dijo él, imitando mi tono de voz.

—¡Estás desnudo! ¿¡Por qué demonios estás desnudo!?! —volví a gritar desesperada.

—¿¡Qué parte de "Quiero pasar el menos tiempo posible solo en el baño porque tal vez haya un asesino" no entiendes!?! —

—¿¡Por qué al menos no te pusiste una toalla!?! —

—Es que escuché algo y creí que era el ruido que hace cuando afilan un cuchillo —murmuró avergonzado—. ¿Y además, de qué te enojas? Apenas has visto nada. ¿Sabes qué? Vete —volvió a gritar furioso.

«¿Furioso? ¿Y yo que creí que era incapaz de enojarse».

—¿Podrías vestirte así podremos hablar?

—Ya lo he hecho y no hay nada de qué hablar —me cortó enfadado. Sacando la cabeza de mi escondite vi que llevaba un short negro y una camisa clara. Estaba en medio de la habitación con la mirada girada y el ceño fruncido.

Jamás lo había visto así. ¿Qué podría haberlo hecho enojarse? Pensé en irme y me quedé mirándolo esperando que me suplicara no hacerlo.

¿Qué se supone que debía hacer?

«¿Qué hace él cuando yo estoy molesta?».

«¡Bromea!... Entonces...».

«¡Por favor, que funcione!».

—Besarte es mi sueño —solté lo primero que me vino a la cabeza.

—¿¡Qué!?! —

Reí, el asombro había expulsado su enfado, por lo que me tranquilicé.

—Que estudio diseño... —dije finalmente, con una pequeña sonrisa, pero él no lo hacía y me incomodé.

—¡No! ¡Ahora me besas!

«Oh, ¿qué? ¡No se suponía que él... diablos!».

—Era una broma —intenté explicar, su cuerpo se elevó y se acercó a mí. Traté de alejarme, pero terminé cayendo sobre el colchón—. Me importa una mierda, ahora quiero mi beso —indicó. Todo sucedió demasiado rápido, sus rodillas tocaron el suelo y sus manos se colocaron sobre mis muslos, su rostro se inclinó, apoyando su frente con la mía. Estaba descolocada, mi cabeza había quedado completamente en blanco, mientras mi cuerpo respondía temblando.

—Yo...

«Genial, debías elegir precisamente este momento para quedarte muda».

—¿Quieres que se me pase el enfado? Entonces bésame —susurró.

«¿Qué?».

Lo miré directamente a los ojos. Aquel color que tanto me gustaba se veía más oscuro y aun así seguían gustándome.

—Te escuché hablar con un tal Alex, no dejaré que lo beses a él...

«¿¡Cree que sales con otro!?».

«¿Pero? ¿¡Por qué demonios le dijiste que tú hermano se llama "Sebastián"!?».

—No deberías espiar a los demás cuando hablan y era mi hermano...

—No mientas —volvió a interrumpir acercándose más, dejando que nuestras respiraciones se mezclasen—. Eres mi Clarie, jamás te heriría. Eres mi pequeña gruñona Clarie, déjame hacer mi sueño realidad...—Mi mirada bajó hasta sus labios—. Bésame—pidió en voz baja.

—Matthew...

—Hazlo —volvió a susurrar.

Insegura, rocé nuestros labios una vez y luego lo besé.

Capítulo 8

Cuando miraba aquellas películas románticas o leía novelas de amor, el primer beso ocurría en un momento mágico. Cierta promesa se sellaba cuando un par de labios se tocaban y todo era perfecto. La manera en que ocurría hacía transportarte y sentir como si fueras la protagonista.

Sabía que junto con la promesa que hice después de lo sucedido con Samuel había algo más. Ya no quería confiar en nadie porque así no me exponía a volver a ser herida. Era extraño cómo funciona nuestra mente, ya que algunos veían aquellas traiciones como una forma de estar más cerca a lo que es la felicidad y otros nos escondemos porque no nos creemos lo suficientes fuertes.

Siempre había tenido a mi madre como referencia porque era una mujer fuerte que en todo momento se mantenía llena de esperanzas, creyendo que el sol nunca deja de brillar.

¿Y qué sucede con las personas que aman la lluvia?

Me había limitado a huir de las emociones fuertes porque no sabía cómo gestionarlas y había conocido el doble filo del amor.

No lamentaba besar a Matthew. Pero sabía que primero debía hablar con mis *demonios* y solucionarlos.

Cerré los ojos y desconecté los pensamientos para dejar que me derritiera por dentro ante aquella persona a quien había mostrado mis confesiones.

Profundizó su caricia presionándose más cerca, bajando una de sus manos hacia mi cuello, atrapándome. Matthew era especial, detrás de aquella dulzura y su comportamiento infantil, se encontraba alguien que me comprendía sabiendo lo que necesitaba. No me dejaba pensar haciendo que actuara de forma segura.

Lentamente se alzó sobre mi cuerpo, recostándonos con suavidad en el colchón y yo le acariciaba la cabellera.

Compartíamos ese momento escuchando el sonido de nuestros acelerados y sincronizados corazones, hasta que la falta de aire nos obligó a separarnos.

—Eso ha sido tan...grandioso, joder —murmuró con voz ronca, mientras apoyaba uno de sus brazos a mi lado, para que su peso no cayera sobre mi cuerpo—. El beso más espectacular y... ¿tu primer beso? —preguntó sin alejarse—. ¿Lo ha sido?—Sus ojos se entrecerraron ante la duda.

Logrando reunir el poco coraje que me quedaba, lo utilicé para negar lo que decía.

—¿No me estás mintiendo? ¿Y no anduviste practicando al menos con la almohada?

—Deja de decir tonterías —pedí avergonzada, no sabía si se estaba burlando o solo quería evitar que saliera corriendo por lo que acababa de pasar. Siendo Matthew, la segunda opción seguramente era la más acertada.

—Hablo en serio ¡Ha sido asombroso! ¿Repetimos?

—¡No! —grité enojada. Mis manos empujaron con fuerza su pecho tratando de empujarlo, pero fue más rápido que yo y sus piernas se colocaron a ambos lados de las mías y sus manos tomaron mis muñecas con suavidad para inmovilizarme.

—¿Estás bien?

«¿Era una broma?».

—No, yo nunca tendría que haberte besado —mentí cerrando los ojos al sentir su aliento contra mi mejilla.

«¿Por qué quiero volverlo a hacer?».

Sus labios presionaron contra la coronilla de mi cabeza antes de hablar.

—¿Por qué? Si yo estoy enamorado de ti.

Mis ojos se abrieron más ante sus palabras.

«¿Enamorado?»

—No, no, tú no puedes... yo... nosotros ni siquiera hace, no puedes...

—Pero te quiero —dijo inclinado la cabeza hacia un costado como un pequeño niño confundido—. Cuando te vi... fue como amor a primera vista ¿No lo sentiste tú también? Traté de controlarme porque siempre fuiste tímida, pero sé que también me quieres, no quería que te sintieras incómoda...

—¿Lo sentí? ¿Cómo supiste...? ¿Tal vez? —tartamudeé—. Esto es demasiado, Matthew. Necesito pensar —no podía formular ninguna palabra cuando lo tenía tan cerca.

«¿Matthew realmente había sentido lo mismo que yo? ¿Realmente se estaba controlando por mí?».

—¿Pero volverás, verdad? Al menos seguiremos siendo amigos. ¿No? —La manera en que bajó los ojos me hizo sentir mal, lo estaba hiriendo.

Matthew me soltó y yo me alejé.

Sin decir nada más caminé fuera de la habitación, sin poder quitar aquel cosquillo en mí, no paré de bajar las escaleras. Debía marcharme, si no caería otra vez y no sería yo la única lastimada.

Sentí sus pasos detrás de mí cuando estaba a punto de salir de su casa y me detuvo. Mi cuerpo se giró en su dirección y me quedé sin aliento. Observé detenidamente su rostro, ya que la luz de la luna me lo permitía, vi sus ojos cerrarse por un instante, como si estuviese decidiendo algo importante y después se acercó lo suficiente como para dejar un ligero beso en mi labio inferior.

—Vuelve —pidió.

Sin responderle, llevé una mano a mis labios y luego le di la espalda marchándome.

Capítulo 9

Esa noche no pude dormir porque cada vez que cerraba los ojos revivía aquel beso. Era como si estuviera viendo una de esas películas. ¿Cómo una persona podía quitarte el sueño de tal forma? ¿Y de nublarle la razón?

Me encontraba recostada en el sillón mientras cambiaba los canales sin prestarles atención. Mis ojos estaban enrojecidos debido a que no había descansado y la tormenta que se aproximó se encontraba en sintonía con mis emociones. Miré desde mi asiento la aparición de mamá y mis hermanos bajando las escaleras vestidos casi de gala para salir a la calle.

—¿Vais a salir con este clima?

Mamá, que no había reparado mi presencia, se detuvo a medio camino.

—Oh, cariño, vamos a comprar algo para comer que es sábado y no tengo ganas de cocinar —rió mientras tomaba la cartera del perchero—. ¿Quieres algo en especial? —Negué apretujándome más contra el sillón—. Está bien, no hagas mucho ruido que papá duerme.

Cuando se marcharon apagué la televisión, ya que había topado con un canal de cocina que me hizo recordar a Matthew. Frustrada, apoyé la cabeza en el reposabrazos y tomé mi celular para mirar Instagram, pero casi pegué un grito cuando al desbloquearlo me encontré con una foto de ambos que él había sacado y estaba de fondo de pantalla.

Parecíamos una pareja.

«¿Y si hicimos mal las cosas desde el comienzo?».

El timbre sonó en ese instante y me quedé mirando la puerta porque sabía quién se encontraba detrás de ella.

Dispuesta a pedir que se marchara fui a atenderle.

—¿Qué haces aquí, Matt?

La vista de él, empapado por la lluvia, casi hizo que lo invitara a pasar, pero debía mantener la compostura.

—Solo quería ver cómo estabas y pedirte perdón —aclaró, sorprendiéndome, dejándome sin palabras una vez más.

—Estoy bien... —lo miré de arriba abajo y vi que tan solo llevaba puesto unos shorts celestes, una fina sudadera negra, un gorro que cubría todo su cabello y paraguas debajo del brazo.

—¿Por qué no lo usas? —pregunté confundida, después de tragar el nudo en la garganta, incluso me había cruzado de brazos, para intentar ser fuerte, sabiendo que lo único que necesitaba era uno de sus abrazos.

—Porque así es más fácil y romántico.

—¿Cómo? —Alcé las cejas, haciéndome la desentendida, mientras los latidos de mi corazón se aceleraban por segundo. Que él hablara, cuando daba a entender que nuestros sentimientos por el otro eran los mismos, quería llorar. Me costaba creerlo ¿Matthew no era así con todo el mundo? ¿Solo se comportaba de esa forma conmigo?

—¿Nunca viste esa película en que el tipo se manda una y va a pedirle perdón a la chica bajo la lluvia, y ella lo perdona enseguida porque está todo mojado? —explicó, con una pequeña sonrisa de tristeza en sus labios. Una parte de mí rogaba para que no se hubiera arrepentido por el beso, quería que todas mis inseguridades desaparecieran y que ambos pudiéramos abrir nuestros corazones.

—¿Y si no funciona?

«Acaba de funcionar».

—Pues...siempre está el plan B —dijo pensativo.

—¿Y de qué trata ese plan? —dije desviando la mirada al ver que pretendía entrar.

—Bueno, prácticamente consiste en una soga y un cuchillo —respondió, dando un paso hacia adelante—. No te preocupes, el plan B solo lo utilizaré si no me perdonas.

Retrocedí y él lo tomó como una oportunidad.

—Entonces no tengo opción —aclaré asintiendo lentamente dejándonos caer en un incómodo silencio—. Yo... si quieres entra —murmuré algo indecisa y me aparté completamente de la puerta para dejarlo pasar. Entró y se quitó todos los adornos que llevaba puestos, incluso el gorro.

«Oh, Dios».

—Tú cabello está...

—Rojo —terminó la frase con un tono burlón—. Lo que te dije ayer sobre teñirlo no era broma y como también lo tienes así... —Se acercó rompiendo con mi espacio personal para tocar las puntas de mi cabello—, quise tenerlo como tú, ¿cómo me queda? —preguntó moviendo sugestivamente las cejas.

—Hermoso —pensé, reparando tarde que lo acababa de decir en voz alta.

—Eso es dulce, Clarie —murmuró con los ojos brillantes mientras acercaba su rostro al mío.

—Matthew, para —lo detuve—. No me hagas esto ahora, sabes que estoy muy confundida. Me alejé deprisa dándole la espalda. Sentí su mano atrapándome el brazo obligándome a mirar sus ojos —. ¿Qué? —exigí enojada—. ¿Qué quieres? —Me aparté con brusquedad.

—Has estado molestándome desde el primer día haciéndome sentir cosas que no debería, has suscitado en mi pensamientos sentimientos que ni siquiera sabía que tenía. ¿Por qué ahora?, ¿por qué no me dejas en paz? ¿¡Por qué!? —estaba elevando la voz.

—¡Vete! —le ordené.

—No pretendo irme —aclaró con simpleza, enojándose más.

—Bien, entonces vete cuando quieras, pero no me molestes.

Dicho esto corrí a mi habitación. Quería que las sábanas me protegieran como lo hicieron cuando era pequeña, cuando tenía miedo de los monstruos.

—Clarie, sabes que me gustas—dijo Samuel, mientras acariciaba suavemente mi mejilla.

—Samuel —susurré, negando con la cabeza.

—¿Por qué haces una montaña en un grano de arena? —se quejó. Estábamos en su cama uno al lado del otro, demasiado cerca, gracias a una pelea de cosquillas que terminó de la última forma que esperaba.

Respiraciones demasiado cerca.

—Es que...nunca creí que yo podría gus...

—Pero lo haces, y mucho —interrumpió risueño—. No negaré que al principio fue un enamoramiento, pero con el tiempo que pasamos juntos me di cuenta de que estoy enamorado de ti...yo te quiero.

Había ocurrido.

Esos hermosos ojos verdes, me miraban de la misma forma que yo lo hacía. Con amor. Un "amor", que en ese momento creí que era puro y verdadero.

—¿Lo dices en serio?—pregunté ilusionada, levantando una de mis manos para acariciar su barbilla.

Su mirada cayó en el segundo en que lo dije, mostrando una mueca de nerviosismo, pero la recompuso rápidamente por una sonrisa.

—Por supuesto que sí —aclaró en tono suave—. Yo...hum, cre... creo que deberías ir a casa.

Reincorporándose, Sam, se alejó y se sentó en el borde de la cama.

—¿Por qué?—*insegura me coloqué a su lado.*

—Yo debo hablar con Sarah de unas cosas —*murmuró por lo bajo, tirando un poco de su desordenado cabello castaño, confundido por algo.*

—¿Es por qué eres mayor que yo, verdad?

—¿Qué!? Claro que no.

Negó divertido.

—Solo debo hablar con mi hermana sobre unas cosas, nada importante...—*sonrió esperanzado*—. *Ve a casa, mañana estaremos juntos. ¿Sí? No nos separaremos solo porque eres dos años menor que yo.*

—¿Seguro?

—Sin ninguna duda —*susurró y después dejó un pequeño beso en la esquina de mis labios.*

Al día siguiente descubrí que él solo estaba jugando conmigo. Sus palabras, el tiempo que compartimos, su "amor" por mí...era todo mentira.

Todavía estaba demasiado herida y no podía olvidar la traición que sufrí.

—¿Qué debo hacer para no perderte ni lastimarme? —*me pregunté a mí misma en voz baja, presionando mi rostro contra la almohada.*

—Clarie, Clarie, Clarie...—*escuché cómo Matthew rogaba para que le abriera mientras golpeaba la puerta*—. *Clarie, por favor, he estado aquí media hora y me duele la cabeza* —*se quejó.*

Confundida me levanté y después de secar mis lágrimas, le abrí. Se me escapó una pequeña risa al verlo sentado en el suelo con la frente levemente rosada.

—Te dije que quería estar sola.

—Lo sé, es que yo, quería disculparme otra vez —*admitió levantándose*—. *Lamento haberte hecho llorar. Nunca he hecho llorar a alguien y la verdad es que es terrible* —*dijo y se acercó colocándose delante tomándome entre sus brazos y presionarme contra el pecho*—. *¿Puedes darme una pequeña oportunidad?*

—Necesito tiempo...

Soltando un pequeño suspiro de derrota, Matt me abrazó más fuerte y apoyó su barbilla en la cima de mi cabeza.

—Está bien.

—Te quiero

—Yo también, Clarie —respondió.

Capítulo 10

No volvimos a hablar sobre el tema y lo que en un momento pensé que era un fuerte enamoramiento, se convirtió en algo más. Pasábamos mucho tiempo juntos y nos comportábamos como una pareja. Pero ocurrió algo...

Los celos.

—No estoy mintiendo, solo tuve una —aclaró irritado—. Y también soy virgen. Estuve cerca de perderla, pero por suerte no lo hice.

—¿Y hum, ¿se puede saber qué ocurrió? —tartamudeé sonrojada, mientras observaba cómo buscaba algo de comer en el refrigerador.

—Por supuesto —respondió, desenvolviendo una barra de chocolate—. Hace un año, más o menos, tuve mi primera novia, y solo quería sexo...

—Ya entendí —interrumpí precipitadamente, levantando mi mano para que parara.

Una enorme sonrisa se formó en sus labios, cubiertos de dulce.

—Lo sé, pero es divertido ver cómo te sonrojas hasta tal punto de parecer un pequeño y adorable tomatito —aclaró, pellizcando una de mis mejillas—. En fin, una noche ella me atacó obsesiva queriendo hacer el amor.

—¿Qué ella qué!? —salté con la guardia baja, haciendo que se abogase dándome un susto de muerte, ya que comenzó a toser incontroladamente en busca de aire.

Asustada, golpeé su espalda hasta que finalmente, luego de eternos minutos, pudo parar.

—Estaba muy nervioso y tenía miedo de lastimarla, así que le preguntaba cada segundo si quería que parara —dijo como si nada hubiese ocurrido, después de tomar una bocanada de aire.

«¿Lastimarla, si no lo hicieron? ¿Miedo a besarla? ¿Oh, pero qué...?».

—¿Matthew, que ocurrió? —indagué, entrecerrando los ojos.

—Como ella no respondía empecé a gritarle en el oído ¿¡Estás bien!? ¿¡Te estoy lastimando, tonta!? ¡Dime que pare! —gritó agitando una de sus manos en el aire y con la otra limpiándose algunas lágrimas que habían quedado en el borde de sus ojos—. Abí fue cuando entendí que solo me quería por mi cuerpo, aunque la entiendo completamente... tengo un cuerpaço de muerte —agregó con una sonrisa socarrona.

—¿Y cómo, hum, ya sabes...?

—Hago ejercicio —aclaró, flexionando los brazos.

—No, bobo. —Puse los ojos en blanco, sin poder cubrir mi exasperación por sus tonterías—. ¿Qué pasó después?

—Ah, la aparte de encima de mí y me vestí rápidamente. La eché de casa entre gritos.

Aunque debía admitir que fue graciosa aquella charla fue la primera vez que lo sentí. Era como un pequeño diablillo que se incrustaba detrás de tu oído y cuando alguna chica le hablaba de una forma melosa, gritaba. Provocaba un torrente de emociones que me hacía poner las manos en puño, como si en cualquier momento pudiera atacar a esa persona.

Lo único que me ayudaba un poco a controlarme, además de esa promesa e inseguridad, eran sus amigos. Nunca fui buena con las nuevas personas, pero no fue así cuando Matthew me los presentó, desde el principio se convirtieron en seres muy importantes para mí. Era un grupo de chicos unidos desde muy jóvenes y se dieron cuenta de que algo pasaba entre Matthew y yo. Al tiempo que los conocí me comentaron que les pareció extraño que su amigo azul tuviera tanta confianza con una chica y les sorprendió la facilidad que tuve de adaptarme entre ellos.

No podía quejarme, no era muy sociable en mi curso, pero tenía a cuatro chicos de último año que no me dejaban nunca sola. Había mantenido en secreto a Matthew de mi padre hasta el día de hoy, gracias a mamá y a los sobornos a mis hermanos.

—¿Clarie? ¿Clarie, estás ahí? ¡Despierta de la nube, niña! —se quejó Owen, chasqueando los dedos frente a mí. Parpadeé repetitivamente, volviendo a la realidad, y guié la mirada al muchacho que estaba sentado frente a mí.

—Ah, qué dulce chico —murmuré con ironía mientras le sacaba la lengua y tomaba una papa para arrojársela. Era la hora del almuerzo, ambos estábamos con nuestra respectiva mesa esperando a los demás.

Owen llevaba unas rastas largas y tenía unos ojos verdes. Era de los populares y tenía buen físico, alto, moreno, con facciones marcadas. Le gustaba ir a fiestas, divertirse y le acompañaba una personalidad burlona, egocéntrica con una simpatía peculiar.

—Por supuesto, soy genial —dijo guiñándome un ojo, mientras me robaba frituras de mi bandeja—. Te estaba preguntando si ya tienes un compañero para el "proyecto paternal".

—¿También tienes que hacerlo?—pregunté al mismo tiempo que le daba un trago a su bebida como venganza.

El proyecto paternal consistía en pasar unas dos semanas cuidando a un muñeco en familia. Esto, al parecer, se hacía todos los años para que los jóvenes entendiéramos sobre la dificultad de tener una familia y para que tuviéramos conciencia con respecto a las relaciones.

—Por supuesto, también nos han dicho que los de último año podíamos mezclarnos con los de penúltimo —explicó desviando la mirada de mis ojos, por detrás de mis hombros—. Por eso creí que Matthew ya te había pedido que se "casaran", después de todo, dijo que lo haría.

«¿Eso significa algo o me estoy volviendo completamente loca?».

—Pues no lo ha hecho —mascullé por lo bajo y bajé el rostro, para que no viera mis mejillas sonrojadas.

—Clarie...

Iba a comenzar, pero gracias a los cielos, en ese momento llegaron Eric y Aiden, el primero se sentó en frente nuestro y el otro a mi lado. A duras penas, saludé a los chicos, con la vista de Owen pegada en la sien.

«Lo voy a matar».

—Hola, chicos —saludó con una sonrisa traviesa—. ¿Y Matt? Clarie lo está buscando.

«Maldito tonto».

—Iba detrás de mí —apuntó Aiden, e inconscientemente miré sus ojos, fascinada. Aiden era uno de los chicos más hermosos que había visto. Tenía una personalidad tierna y madura que destacaba, igual o más que sus ojos violetas. Era un chico extremadamente tímido, incluso en el primer momento estuve preocupada ya que no hablaba nunca cuando estaba presente, pero no se debía realmente a mí, sino a su dificultad de relacionarse con nuevas personas.

Aun así, descubrí que tras esa timidez, se encontraba un chico loco, divertido y que se preocupaba muchísimo por sus amigos.

Como no apartaba mis ojos de los suyos, su ceño se frunció y pude ver cómo el color se subía hacia sus mejillas con rapidez.

—No me mires así, me haces sentir más raro ¿Cuántas veces debo decírtelo? —recalcó. Su labio inferior sobresalió de manera inconsciente y yo solo reí.

—No es mi culpa que tus ojos sean de mi color favorito.

—Pues, lo lamento —dijo con ironía.

—¡Hey! No uses ese tono conmigo —lo regañé golpeando su frente con mi dedo índice haciendo que él soltara una especie de gruñido y que los demás en la mesa rieran.

—Déjame niña molesta —se removió del asiento como si estuviera por marcharse, pero nosotros no dejábamos de reír y terminó por unirse a nosotros.

Por un segundo mi mirada se desvió hacia el serio de Eric, que esta vez sonreía. Era el mayor porque había repetido un año y nadie conocía la causa. Lo que sí sabía era que años anteriores, se

había metido demasiado en problemas, peleas al parecer; era callado y tenía un hermanito de dos años. Su estética era llamativa, con el cabello teñido de blanco, los costados rapados, dejando una larga cresta y unos labios finos con una perforación. Sus ojos grises estaban cubiertos de cierta vejez, mostrando que vivió demasiadas cosas a una edad muy temprana, por ello prefería verlo feliz.

Pasamos más de la mitad de la hora del almuerzo, cuando ocurrió. Aquel grito, la interrupción a la cafetería de una figura que conocía perfectamente y que llamó la atención de todos, me descolocó.

—¡Clarie! ¡Necesito hablar contigo! —dijo Matt con un rostro neutro y la mirada fija. Por un momento me quedé estática, confundida al no saber qué le ocurría, mis ojos viajaron a su cuerpo, buscando alguna herida, o algo, pero no había nada.

—¡Vamos, es algo importante! —golpeó la mesa para espabilarme.

«¿Esto tendrá que ver con el “casarnos”? ¿Y si lo es? ¿Qué se supone que debo decir!?».

Negué rápidamente, mi corazón agitado ante lo que creía que diría.

—¡Necesito hablar! —gritó una vez más y las pocas personas que no nos prestaban atención, lo hicieron en ese momento— ¡Me dejaste embarazado y ahora debes hacerte cargo del bebé! ¿Qué demonios hago si son gemelos!? —Cruzando los brazos sobre el pecho paró cuando llegó a estar unos pasos de mí. Se arrodilló y acarició su estómago, con una mueca de fingido dolor.

«Ay, Dios mío, estoy enamorada de un loco».

Las carcajadas de nuestros amigos y desconocidos no tardaron en llegar y yo me moría de la vergüenza.

—Matthew...

—¡Oh! ¿¡Ahora soy Matthew!? ¿¡Qué ocurrió con el "cariño". —Su voz se hizo más fuerte superando las risas—. ¿¡Qué sigue!? ¿¡Que me digas que parezco una vaca cuando empiece a engordar!?

—¿Puedes calmarte? —susurré usando a Aiden de escudo para esconderme.

Este me rodeó con sus brazos y dejó que enterrara mi rostro en su pecho.

—¿Y ahora me engañas? ¿¡Y con mi mejor amigo!?

Odio llamar la atención desde muy pequeña...

Era el día de mi cumpleaños y estaba en un sucio vestidor, esperando que Kate saliera de su clase de gimnasia. Mis padres se encontraban en el hospital con Alex porque el muy tonto decidió probar el veneno de ratas, pensando que sería dulce.

—*Quédate aquí* —advirtió tomándome por los hombros para luego darme un leve empujón, sentándose sobre un pequeño banco cerca de las duchas—. *¿Quedó claro?* —Asentí cruzando los brazos sobre el pecho y mirando cómo ataba su lacio cabello castaño, en una cola de caballo—. *Más te vale.*

Con un tono seco y un continuo aire de superioridad se marchó dejándome sola y aburrida. Entonces decidí que había esperado demasiado después de unos minutos y comencé a recorrer el lugar.

Caminé de un lado a otro llegando a una enorme puerta, rodeada por algunas cajas amontonadas, que captó mi atención.

Curiosa, apoyé mi oído contra ella y escuché algunos murmullos.

—*¿Alguno de ustedes, jodidos idiotas, está coqueteando con Kate?* —preguntó alguien al que pude reconocer rápidamente. *Era la voz furiosa del novio de mi hermana, Seth.*

—*¡Nunca!* —gritaron varios chicos al unísono.

—*Será mejor que digan la verdad, sino les romperé la cara a cualquiera de ustedes* —amenazó y no pude evitar soltar una risita.

Amaba a Seth como si fuese mi propio hermano, él y Kate habían sido mejores amigos desde pequeños y novios hacía tan solo dos semanas. Se comportaba a menudo como un cavernícola, puesto que su novia, era una de las chicas más dulces del instituto. Nunca entendí que todos la vieran como una princesa adorable porque a mí me trataba mal y me parecía más bien una bruja.

—*¿Escucharon eso?* —dijo alguien, haciendo que todos se quedaran en silencio.

—*¿De qué hablas?* —era Seth quien respondió aún enojado—. *¿Abora crees en fantasmas, idiota?*

—*Claro que no* —refunfuñó la misma persona que me había escuchado reír.

La verdad, es que estaba muy entretenida con la situación porque creía que había asustado a alguien. Por esa misma razón decidí quitar la pequeña traba que se encontraba al borde de la puerta y luego la abrí.

Gran error.

¡Cuando abrí la puerta me encontré con doce chicos completamente desnudos!

—*¡Clarie, demonios, qué haces aquí!?* —gritó Seth, asustado—. *¡Demonios! ¡Cubre tus ojos!*

—*¡Mierda!* —maldecí horrorizada e hice velozmente lo que dije.

Segundos después, mientras escuchaba cómo algunos de los muchachos también maldecían, seguramente intentando vestirse, sentí unos brazos desnudos que me alzaban.

—¿Ves algo? —dijo Seth, atemorizado y yo negué. Siempre me trataba como una bebé, pero no me importaba—. Bien, joder...yo, yo ¿Qué demonios haces aquí, pequeña?

«¿Tratando de quitar esas horribles imágenes de mi cabeza?».

—Solo quería asustar al que le dijiste idiota —murmuré cubriendo mis ojos, ahora con el hueco de su cuello, sin importar que estuviese mojado.

—Cariño, si querías hacer eso tendrías que habérmelo pedido ¿Sí? —Asentí—. De todas formas, le digo "idiota" a todos, puesto que sería difícil asustarlos al mismo tiempo —comentó y varios se quejaron.

—¿Quién es ella, Seth? ¿Tú nueva novia? —bromeó el "idiota principal".

—¿Ya se cubrieron todos, imbéciles? — dijo Seth ignorando el bufido de su amigo.

Varios minutos después de que escucharan varios "sí", salí de mi escondite para luego encontrarme con los doce muchachos, cada uno con unos simples bóxers puestos.

—Ay, la niña se ha puesto nerviosa —murmuró alguien haciendo que lo demás se rieran y clavaran sus miradas en mi mejillas enrojecidas.

Sentí que pasó una eternidad, pero aun así seguían riendo. Matthew colocó una mano sobre mi muslo rogando que lo mirase. Y lo hice, sabía que negarme a sus boberías traería consecuencias y que una parte de mí, disfrutaba que él hiciera esas cosas conmigo.

« Eres masoquista ».

Mi rostro reapareció en escena, mis ojos cayendo sobre los turquesas de Matt.

—Eres la leche de mi chocolatada —dijo en tono poético, entrelazando nuestras manos.

«¿Pero qué...?».

—Eres el queso en mi pizza —siguió suavemente—. Eres la cereza de mi helado. Y eres la sal, en mis papas —sonrió—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

«¿Una muestra de amor eterno? Uf, sí claro, como si eso pudiera pasar alguna vez».

—¿Que me ves como tu comida? —dije en tono burlesco. Estaba segura de que volvía a estar sonrojada, pero trataba de centrarme en Matthew.

—Claro que no —respondió receloso—. También eres el brillo de mi cabello.

—¿Hiciste todo esto para avergonzarme, Matthew? —De forma inconsciente hice un puchero con

mis labios, algo desilusionada de que solo podría haber sido una broma que Owen planeó.

—No...—negó perplejo—. Solo era una preparación, para preguntarte si quieres casarte conmigo.

Capítulo 11

—¡Tú puedes, mi amor! ¡Puedes volar! ¡Solo confía en ti! ¡Sé que puedes hacerlo! —gritó Matthew, mientras arrojaba a nuestro "bebé" por los aires.

Hacía dos horas que nos habían entregado nuestro muñeco y Matt se había estado aferrando a él, como si realmente fuese nuestro hijo. Todavía no debían dárnoslo, pero él insistió en que nos lo entregaran, después de que yo aceptara ser su pareja (obvio). Como les pareció perfecto aquella emoción de uno de los alumnos de último año, se lo entregaron con confianza pensando que sería un gran ejemplo. Gracias al cielo, nadie se había dado cuenta de que se le había caído cinco veces, e incluso se le había quedado olvidado dentro del frigorífico.

Debido a que comenzamos el proyecto con anterioridad, y que éramos de cursos diferentes, nos permitieron salir antes. Una vez en su casa, nos centramos en leer los manuales y demás instrucciones.

—Deja de hacer eso o romperás el muñeco —le advertí.

—No es solo un muñeco —aclaró ofendido—. Por una semana entera será nuestro hijo —dijo mientras dejaba de lanzar el juguete, para después llevarlo contra su pecho y acunarlo.

—Es solo un muñeco...

Traté de mantenerme serio para demostrar que hablaba en serio, sin embargo, se me escapó una risa, cuando posó sus labios sobre la cabeza de plástico, dándole un pequeño beso.

—¡No vuelvas a decir eso! —me regañó—. Matthew junior tiene sentimientos.

—Bien, lo siento —me disculpé. Como todavía sostenía al bebé, caminé hacia su cama donde se encontraba la información que primero debíamos llenar (horarios, cuántas veces le dábamos el biberón...). Todo ello me parecía algo exagerado, en mi antiguo instituto nos hacían cuidar de un huevo y solo debíamos preocuparnos por no romperlo.

Una vez sentada, me puse a rellenar algunos formularios, mientras Matthew sostenía al bebé de costado, dándole su biberón. Antes de hacerlo reprodujo desde su celular un video de YouTube donde recopilaban melodías suaves, y yo solo disfrutaba de un Matthew tranquilo que apenas conocía. Pasé al menos quince minutos escribiendo lo necesario, cuando mis ojos se desviaron del papel a aquellos ojos azules.

Mi corazón aleteó ante lo visto. Las ventanas estaban abiertas dejando entrar el sol, que iluminaba la colorida habitación, su bello rostro y su hermosa sonrisa que apareció cuando se percató de que lo miraba.

No quería dejar de sentir esto jamás.

Reparé que estaba descalzo, pero había algo que no era nada bueno, no me encontraba segura si era

algún peluche pequeño, pero desde lejos se veía borroso, como una mancha negra.

—Matt, ¿qué eso que está bajo tus...? —señalé en la dirección donde se encontraba la cosa.

—Oh, tranquila solo es una cucaracha... —dijo, pero luego entrecerró los ojos un momento para mirar detenidamente—. ¡Mierda! ¡Tiene cola! ¡Demonios, es una rata! ¡Apártate un poco! —Antes de que pudiera moverme para darle espacio, se tiró sobre mí con el bebé incluido.

—¡Me aplastas! —me quejé sin aliento.

—Entonces, hazme sitio que no *cabó*...

—Se dice quepo, tonto.

—Da igual, si al fin y al *quepo* me entendiste.

—¡Sal de la cama! —me quejé, mientras me movía de manera frenética, tratando de liberarme. Pude sentir la manos de Matthew sobre mi cintura, en un intento de mantenerme quieta, cuando vi lo cerca que se encontraban sus labios.

«Intenta calmarte, intenta calmarte, intenta calmarte...».

—No —dijo rotundamente—. Ni loco bajaré sabiendo que hay un monstruo que puede comer a nuestro bebé...aunque, debo admitir que creo que es una rara bola de pelusa de la almohada que rompí para... ¡No! ¡No me moveré!

—Si no te apartas ahora, quitaré tus perforaciones con los dientes —amenacé patéticamente. Meneé la cabeza, doblando el cuello como si tuviera tortícolis, pero solo empeoró la situación, ya que nuestras barbillas se rozaban al hablar. A duras penas, guie una mis manos hasta su pecho, para darle un leve empujón que resultó en vano.

—Solo lo dices porque la mayoría están en mi boca —se burló, provocando que todo mi cuerpo se tensara. Miles de imágenes pasaron por mi mente en el momento menos indicado, todos nuestros abrazos, nuestras risas juntos, las miradas, los sonrojos...y el beso.

Matthew notó de inmediato mi cambio de humor, pude apreciar el instante en que la comprensión llegó a él, la manera en que sus ojos me miraron, fue de la misma manera en que lo hizo cuando me entregó el primer beso.

—Clarie...

Acercó su rostro más al mío, pero lo detuve.

—No puedo. Sabes que no puedo con esto, yo...

—Tienes miedo —interrumpió cansado—. ¿Algún día dejarás de ser tan cabezota y aceptarás que estás enamorada de mí?

—Te quiero, pero...

—No lo creo, si realmente me quisieras, dejarías esa basura de "no novio" y me dejarías volver a besarte —farfulló con el ceño fruncido y apoyó ambas manos a cada lado de mi cabeza.

—¿No te basta con que seamos amigos? —insinué, deseando que dijera no. No quería que pensara que jugaba con él, jamás pensaría en herirlo, pero no podía olvidar mi pasado.

—¿No te basta con mi amor?

—Claro que sí, pero...—las palabras salieron antes de que pudiera evitarlo de forma consciente.

—Al fin... —canturreó a milímetros de mis labios. Una pequeña sonrisa apareció en ellos y desapareció en el instante en que tocaron los míos.

Me besó con delicadeza, de forma lenta, pero no demasiado... ¡Fue perfecto!

Ante mis respuesta, Matthew, inmediatamente, atrapó mi labio inferior entre los suyos, profundizando el beso y solté un ligero suspiro. Un suspiro digno de una niña que acababa de recibir el mejor regalo del mundo y que mostraba mi felicidad al estar con la persona indicada.

¿Qué debía hacer?

«¿Qué se supone que hacen generalmente las personas enamoradas? ¿Yo puedo amar?».

¡Estaba aterrada!

Poco a poco, Matthew comenzó repartir pequeños besos por mi cuello, dejando en el camino, un sendero de piel de gallina.

—Por favor, acepta esto —pidió, provocándome. Jadeante, tomé su barbilla y la elevé. Su rostro se encontraba totalmente enrojecido, sus labios hinchados y el cabello despeinado, me encantó esa imagen—. ¿Por qué lloras? —murmuró, compartiendo su calidez con mis mejillas frías.

—Yo, no me di cuenta...

—Entiendo...espera, no, no entiendo nada —aclaró extrañado—. Creí que por fin aceptabas lo nuestro, tu tono de voz... y tú respondiste al beso...

—Lo sé, es que yo, tú...

—Oh, no, no me eches la culpa a mí de esto. Si realmente no sientes lo mismo, dilo —advirtió,

colocando un dedo en mi frente. Sin avisar se movió hacia el costado de la cama, para estar a mi lado y tomó al muñeco que había quedado olvidado—. ¿Esto tendrá cámara? —masculló para sí mismo, inspeccionado el bebé de forma brusca.

Se lo quité rápidamente, pero en ese momento el bebé comenzó a llorar. Sí, a llorar. Un ruido chillón salió de su boca de plástico, asustándonos a ambos.

—Lo lamento, Junior —dijo Matt en tono triste. Este se inclinó un poco para tomarlo, pero se lo impedí, estrujándolo contra mi pecho y balanceándolo un poco, para que parara de chillar. Si a esa cosa le quedaba marcas, estaríamos en serios problemas que obviamente quería evitar.

—Estás loco —susurré molestanda. Y Junior empezó a gimotear.

«¿Qué clase de muñeco hace eso? ¿Acaso está endemoniado?».

Moví la cabeza en su dirección y me quedé sin aliento al tenerlo una vez más tan cerca. Un ligero movimiento de su parte, aclaró que estaba de acuerdo con mis palabras anteriores y luego rozó otra vez nuestros labios, pero un golpe en la puerta nos detuvo de hacer algo más.

—Matthew, ya llegué del trabajo... ¿Por qué estás encerrado ahora, jovencito? —dijo Debby, preocupada—. ¿Estás con Clarie?

—Sí, mamá, estoy con mi hermosa Clarie. Acaba de aceptar que me ama, pero como todavía tiene miedo de que seamos novios le estoy haciendo el amor para hacerle entender de lo que se pierde. ¡Así que no nos interrumpas, mujer! —respondió con una mueca de diversión y con cierto tono de frustración (realmente nos había interrumpido).

Mi rostro enrojeció.

—¿¡Qué! —gritó horrorizada, creyéndole al convincente y bromista de su hijo.

—Sígueme la corriente —susurró en mi oído. Tomó las mantas de la cama y nos cubrió con ellas.

—¿Por qué...? —titubeé perdida girando la cabeza de un lado a otro, con la mirada desorbitada, como un ciervo cegado por la luz.

—Esto la enloquecerá —aseguró con una enorme sonrisa—. Solo mantente calladita un segundo, quiero ver qué hace... ¡Chist! —me calló al ver que intenté rehusarme.

—Pero...

—Dije ¡Chist! ¿Acaso...? ¿Acaso quieres que te calle con un beso? —formuló divertido. Ante la idea, tanto mis ojos como mis labios se sellaron y su risa no tardó en aparecer.

—¡Matthew Nicholas Grayson, abre la maldita puerta ahora mismo!

De repente, Debby dejó de hacer algún ruido y toda la habitación se quedó en silencio, a excepción de sus pisadas y el tintineo de... ¿unas llaves?

—Tú mamá está loca —dije desconcertada y enojada

Di un respingo cuando la puerta chocó contra la pared en un ruido sordo y un chillido interrumpió en el silencioso ambiente.

—¡Oh, Dios mío, es en serio! —volvió a decir con voz ahogada, haciéndome creer que perdería la voz por elevarla tanto. En un simple parpadeo, ella nos destapó con demasiada fuerza para una mujer tan pequeña, provocando que su hijo cayera al suelo con enredón y todo. Mientras que a mí, me tomó de las muñecas y me impulsó hacia su cuerpo. El aliento quedó atorado en mi garganta ante su acción, pero a Debby no le importó, solo me atrajo en un gran abrazo, como si quisiera protegerme.

«¿No era que estaba enojada?».

—¿Estás bien? ¿O te dará un ataque cardíaco? —Matthew seguía burlándose de su madre, aun cuando ella seguía inspeccionándome de arriba abajo.

—¡Oh, están vestidos.!—murmuró, confundida—. ¿Entonces esto era broma? —preguntó, mientras acariciaba mi cabeza como una niña.

—¿De verdad se lo ha creído? —comenté pasmada mientras me alejaba.

—No, bueno no. Es que él es muy caprichoso —comentó con nerviosismo, apuntando con la cabeza a su hijo que todavía estaba en el suelo. Comprendía lo que quería decir, pero de todas formas me enojé—. Y siempre obtiene lo que quiere. Sabía que no te iba a forzar, pero mi niño es muy convincente y ambos están enamorados, creí... —se excusó enloquecida— ¡Son muy jóvenes para tener relaciones!

La observé un segundo, sin creer que lo que acababa de decir. Era obvio que acababa de llegar del trabajo, todavía llevaba su traje azul y su bolso negro, semejante a un maletín. Su cabello se mantenía perfectamente prolijo en un rodete, completamente opuesto al mío después de tantos movimientos.

No sé por qué hice aquello, no recuerdo la razón por la que exploté con ella (tal vez fueron los sentimientos encontrados que me negaba a decir en voz alta), pero pasó. Me declaré al chico que me gustaba de forma indirecta, cuando discutía con su madre.

—¿¡Usted está completamente loca!? ¿¡Cómo cree que me voy a acostar con su hijo, sin ni siquiera ser novios, solo porque lo quiero!? No somos pequeños, sé muy bien lo que siento por él. Y si lo amo o no, no es su problema. —Demonios, no procesaba lo que decía, solo me encontraba cegada, y estaba dispuesta a seguir, si no hubiera sido porque escuché su voz y comprendí que había empeorado todo.

—¿Me amas!? —Cubriendo mi boca di varios pasos hacia atrás en dirección de la puerta, con la vista fija en él.

—¡No te vayas! —me retó mientras intentaba desenredarse de la manta, sin embargo, cuando estaba a medio camino de hacerlo, tropezó con ella otra vez y eso me permitió correr.

Capítulo 12

«¿Cómo había sido capaz de decirlo? ¡Soy una estúpida!».

Apenas entré a casa, cerré la puerta detrás de mí y descansé la cabeza sobre ella. Sentía un pequeño dolor en mi estómago, ya que nunca antes había corrido tan rápido.

—¿Qué haces?

—¿Qué? —respondí girándome. Kate estaba parada a unos metros de mí mirándome. Estaba tan cerca, que podía oler su asquerosa colonia de vainilla que me hacía estornudar. Aunque la sala se hallaba a unos pocos pasos y era ahí donde seguramente estaba, por alguna razón se encontraba pisándome los talones en cuanto entré.

«De todas las personas que podría haberme encontrado, tenía que ser ella quien me encontrara sin aliento».

—¿Qué te ocurre? —preguntó, dejando asomar una sonrisa maligna—. ¿El vecinito otra vez? ¿No era que solo eran amiguitos? ¿Acaso te escapaste? —comentó, haciendo comillas en sus últimas palabras. No sabía qué contestar, así que la miré de arriba abajo con un forzado desinterés para ganar tiempo.

No me gustaba ser su enemiga, pero no era fácil llevarse bien con ella. Al principio la respetaba, pero nos confrontamos cuando se metió con mis cosas y quiso obligarme a ser como ella.

—Estábamos haciendo un proyecto y nos dejaron salir antes. —No estaba mintiendo, pero con el nerviosismo bajé la mirada y me alarmé al ver los pies desnudos.

«Por favor, que no se dé cuenta».

—¿Y cómo va el proyecto? —volvió a preguntar, con fingido interés. La ignoré porque sabía que la razón de las preguntas era descubrir algún secreto con el que darme problemas.

—¿Qué hiciste ahora? —demandé cortante. Caminé con ella detrás, a la sala.

—Eres muy grosera, yo que intento preocuparme por mi hermanita...—su voz se elevó un poco ante mi respuesta. Me negaba a ser agradable con ella, no lo podía evitar.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó papá apareciendo desde la cocina.

—¿Qué haces aquí? ¿No tendrías que estar en el trabajo? — Mi corazón se detuvo en ese instante, temiendo que pudiera leerme la mente.

Papá y yo teníamos un carácter muy similar, que sumado al poco tiempo que pasábamos juntos por

su trabajo, hacía que no nos lleváramos demasiado bien. Sé que era un buen hombre y ciertamente lo admiraba tanto como a mamá. Sin embargo, era demasiado protector y tradicional con su pequeña.

—Salió antes porque unos de los jefes faltó —explicó mamá, apareciendo también de la cocina—. ¿Qué ocurre? —preguntó, mientras se posicionaba al lado de su marido y este pasaba un brazo sobre sus hombros.

Sonreí.

Más de veinte años casados y aún se podía ver el brillo de amor en sus ojos cuando se miraban. Mamá tenía la esperanza de que nosotros pudiéramos encontrar a alguien con quién congeniáramos tan bien.

—¡Clarie se andaba besuqueando con el vecinito! —gritó Kate.

«¡No!».

Quedé helada ante tal intervención y me fijé en papá para reparar en su reacción. Se mostraba confuso y luego dejó paso a la decepción y furia contra mí.

—¡Zorra! —sentenció sin pensarlo dos veces.

—¡Clarie! —jadeó mamá sorprendida ante tal insulto, llevando una mano a su pecho.

Parecíamos salir de una novela barata con nuestras exageradas reacciones. Tras el insulto, me dispuse a golpearla cegada por la furia.

Tan rápido como di un paso hacia ella, soltó un chillido tan agudo capaz de romper todas las ventanas de la casa, y corrió hasta esconderse detrás de mis padres.

—¡Sebastián! ¡Ayúdame! —acudió a nuestro hermanito para que la salvara. ¡Como si eso fuera posible!

Alex apareció bajando las escaleras con rapidez, llevando solo unos bóxers rojos y sosteniendo una de sus pantuflas de peluche en la mano derecha. Su cabello estaba despeinado y su rostro adormilado.

—¿Qué ocurre!? —preguntó alarmado, intentando luchar contra su somnolencia.

—¡Clarie me quiere matar!

Alex posó su mirada en mí con los ojos entrecerrados, estudiándome.

—¿Le dijiste a papá, verdad? —adivinó—. Creí que se lo diríamos juntos.

¡Tenían una alianza!

—¡Te voy a matar! —advertí, retomando nuevamente mi camino, pero esta vez en su dirección. No estaba realmente furiosa con él, solo dolida porque era mi secreto, el mío, que no estaba preparada para destapar.

—Oh, no ¡Kate, no dijiste que estaba tan furiosa! —se quejó asustado en el momento en que me abalancé. Sin embargo, rápidamente bajó las escaleras antes de que llegara y salió disparado. Sin esfuerzo, saltó sobre el gran sillón, para alejarse completamente de mí, aunque eso no me detendría, lo haría mi torpeza al tropezar con mis propios pies y caer al suelo.

Seguimos con la trifulca y nos detuvimos sin aliento. Para que no se fuera, me coloqué sobre él, mientras intentaba recuperar el oxígeno. Eché un vistazo a nuestro alrededor y me sorprendí al ver que habíamos terminado en el patio delantero—. Perdón...—susurró, poniendo cara de cachorrito.

—Eso no funciona conmigo...—respondí más tranquila, mientras lo despeinaba—. ¿Cómo es que lo tienes tan suave? —pregunté de repente, embobada por su lacio cabello negro. La mayoría de las veces me daba pena enfadarme con él porque su rostro aún parecía el de un bebé, con esa nariz respingada, ojos mieles y mejillas rosadas... que provocaban un sentimiento de ternura.

—Lo hice por Kate... ¿Me perdonas? —suplicó poniendo pucheros.

Asentí, resentida, sabía que no valía la pena guardarle rencor cuando era su hermana mayor quien lo manipulaba.

—Obviamente estáis castigados —escuchamos la voz enfurecida de papá.

Hice una mueca de enojo, pero no dije nada.

—¡Clarie! —susurró Sebastián alarmado, mientras comenzaba a retorcerse—. No quiero preocuparte, pero detrás de ti está...—No terminó de hablar, porque repentinamente sentí dos manos tomarme por la cintura y levantándome por los aires. Como no sabía quién demonios era, pataleé con todas mi fuerzas en un intento inservible por recuperar mi libertad.

Mi agresor aflojó un poco el agarre ante mis excesivas quejas y dejó que tocara con los pies el suelo, pero, lejos de soltarme, me impulsó hacia sí.

—¿¡Qué ocurre aquí!? —demandó asustado, esa voz de la que hacía solo unos minutos me había escapado—. ¿¡Por qué el amor de mi vida está peleando y vosotros...—apuntó con la cabeza hacia mi hermana, mi madre (que sonreía) y mi padre con el ceño fruncido—. ¿Por qué no paráis esto?

¿Estaba bien sentirse tan segura en sus brazos?

—¿Tú quién eres...? —demandó mi padre. Parecía que la vena en su cuello iba a explotar, la presencia de Matt, complicaba las cosas.

—El vecino —interrumpió cortante. ¡Oh, no! Eso no lo esperaba—. Matthew Nicholas Grayson, pretendiente, amante, novio, futuro marido y padre de los hijos de Clarie. ¿Y usted es mi suegrito, verdad? —preguntó en un tono más dulce en el segundo que respondí a su abrazo, en un intento para que se calmara.

—Sí, lo es —chilló mamá, ignorando a su marido que comenzaba a avanzar en nuestra dirección.

«Es el momento perfecto para hacer lo único que haces bien... ¡Escapar!».

Corrí.

Pero no de Matthew, sino de papá.

Capítulo 13

Me había perdido.

Y no estaba haciendo nada al respecto porque sabía que si encontraba el camino de regreso a casa, sería “asesinada” por papá o Kate. Me frustraba que Kate no me apoyara, ya que ella había amado con todas sus fuerzas, aunque lo había perdido y sufrido mucho por ello. ¿Por qué no podía entenderme?

Cansada, caminé hacia la pequeña plaza que había cruzado tres veces hasta el momento.

—Me doy por vencida —murmuré finalmente, mientras me sentaba en uno de los columpios.

"Si tú corazón alguna vez se encuentra lleno de tristeza y te abraza, ese dolor desaparece, eso es amor. Cariño, aquello solo ocurre con una persona..."; había dicho mamá el día en que me enteré sobre la mentira de Samuel.

Recuerdo que cuando dijo eso paré de llorar porque tenía razón. Samuel simplemente nunca me había podido tranquilizar de la manera en que ahora comprendía que hacía Matthew. Él era capaz de esfumar todo mal con una simple sonrisa. No quería temerle más al futuro, deseaba tener el coraje suficiente para luchar por lo que más anhelaba.

De eso se trataba la vida.

Mantenerse fuerte, pelear y amar.

Ya no era esa niña, no podía solo encerrarme en mi burbuja de miedos.

—¿¡Clarie! —Por un momento todo se detuvo, no había ruido alguno más que su voz, no existía oscuridad que no me dejara ir hacia él. Una vez más, estaba aquí. Sentí los latidos de mi corazón acelerarse mientras lo veía acercarse a mí con una expresión de completa preocupación. No llegué a hablar, porque antes de poder hacerlo corrió hasta posicionarse frente a mí. Me rodeó con sus brazos —. ¡Estaba tan asustado! ¡No me vuelvas a hacer esto! —murmuró contra mi cabello; yo solo podía aceptar sus palabras, mientras le devolvía el abrazo. Apoyé la cabeza sobre su pecho, necesitando su cercanía más que nunca—. Por favor, no escapes nunca más —pidió cuando levanté el rostro para mirarlo.

Sus ojos turquesas me atravesaron, me rogaron con fervor algo que necesitaba entregarle.

—Lo prometo, pero...

—No digas nada, no quiero que vuelvas a decir "No podemos estar juntos" porque escuché perfectamente el "Te amo" —susurró—. Clarie, quiero que estemos juntos lo antes posible, porque... me aterroriza pensar que cuando ya no tengas miedo de estar con alguien, te enamores de otro — admitió, algo en él se rompió cuando dijo aquellas palabras que tanto pesaban. —Mereces ser amada

y yo puedo hacerlo, te amaré como nadie podrá hacerlo alguna vez.

Todo el tiempo había intentado no herirlo y aun así lo hacía, yo solo estaba cuidando de mi corazón, cuando él me lo había entregado desde el primer día con una inocencia que no parecía de este mundo. Tal vez no merecía a Matthew, pero lucharía para hacerlo.

Pequeños sollozos se escaparon de mis labios, mientras me acurrucaba una vez más contra los cálidos brazos del muchacho que me sostenía.

«Debo tener coraje».

—¿Ma... Matthew? —tartamudeé, cohibida por lo que estaba a punto de decir.

—¿Sí?

—¿Qui... quieres ser mi no... novio? —las palabras salieron atropelladas y casi en un susurro, pero las entendió. Sentí su cuerpo ponerse rígido ante lo que había dicho, incluso un jadeo de sorpresa se le escapó.

—¿¡En serio!?! —gritó, haciendo que me sobresaltara.

—¡Ay! —me quejé arrugando la nariz y llevando una mano hacia mis oídos—. Creo que me rompiste el tímpano.

—¡Oh, perdón! ¡Lo lamento! ¡No quiero una novia sorda! ¡No tengo nada en contra de ellas, pero yo...! —se disculpó sin parar de gritar, sin embargo, en vez de reír fue interrumpido por un impulso mío.

Lo callé con un beso.

Solo fue un roce de labios, pero las mariposas aparecieron en mi estómago cuando sucedió y en lo único que podía pensar era en sus labios.

Si en ese instante me hubiesen preguntado qué era lo más bello del mundo, habría respondido que el beso entre dos personas que se quieren.

—Estoy bien, solo exageraba —murmuré al alejarme.

Matthew también sonrió.

—Tú me besaste —balbuceó asombrado sin quitar la mirada—. Para callarme, pero me besaste...

—Sí...—carraspeé, algo avergonzada—. ¿Estuvo mal?

—¿Estás loca? ¡Eres mi novia! ¡Se supone que debes besarme! —me regañó llevando su otra mano

a mi nuca, para darle un pequeño golpe y besarme él esta vez. Con gusto, pero algo avergonzada, respondí a su beso hasta que nos alejamos cuando empecé a temblar por la fría noche.

—¿Te estás congelando, verdad? —bromeó, atrayéndome hacia él. Mi mejilla se apoyó en la suave tela de su suéter de colores, ya que él era mi fuente de calor en ese momento.

—Estás caliente —murmuré, sin pensarlo, dándome cuenta al instante de lo que había dicho—. ¿Serías capaz de olvidar eso?

—Por supuesto, noviecita —aseguró con una enorme sonrisa—. Todo por ti.

«Sí, todo por ti».

Capítulo 14

El amor funcionaba de diferentes formas.

No me importó el castigo y el sermón que me dio papá cuando volví a casa aquella noche. Rogué a Matt que no me acompañara porque debía hacerle frente yo misma. Fue una conversación extraña, mi madre estuvo de mediadora calmándonos y consiguiendo que él aceptara mi relación, entendiendo que ya no era una niña y sabía atender mis responsabilidades.

Antes de irme a dormir tuve una visita, la de un Matthew ofendido por no haber estado para "defender nuestro amor", como él había dicho. Cuando le conté toda la charla que tuve con papá, agregando muy felizmente que aceptó lo nuestro, terminamos por hablar de las cosas más tontas y obvias que toda pareja debía saber sobre la otra. Aunque sabíamos la mayoría de todos nuestros gustos, algunos pasaron desapercibidos. Nos percatamos de que estuvimos despiertos toda la noche y que ya había amanecido, lo que significaba que debíamos ir al instituto, así que después de un gran esfuerzo y algunos besos, terminó por ir a prepararse para clases, haciéndome recordar que aún teníamos a Matthew Junior para cuidar.

En la hora de descanso había ido al patio, donde nos encontraríamos con Matt y los chicos. Como tardaban, decidí recostarme en el césped recibiendo los rayos del sol que calentaba mi rostro. Cuando mi respiración se estaba tranquilizando, lo sentí.

Matthew se arrojó sobre mí, dándome un susto de muerte.

Abrí los ojos sorprendida ante la repentina acción, cuando me encontré con su mirada azul.

Estaba dispuesta a gruñir ciertas palabrotas, pero solo le costó un beso en mi frente para detenerme de cualquier cosa que estaba a punto de hacer. Matthew colocó sus brazos a mis costados para dejar de aplastarme.

—Hola —susurró en mi oído—. Te extraño.

Un escalofrío me recorrió.

—Yo también —acaricé su rostro. Una sonrisa boba y ridícula apareció en mí, sin poder evitar sentirme entusiasmada al verlo. Era un enjambre de emociones que no podía controlar.

—Te voy a besar —advirtió, un segundo antes de que sus labios presionaran los míos—. Los chicos están por llegar... —murmuró en cuanto se alejó.

—¿Chicos? Oh, cierto, cierto, los chicos...

«¡Demonios, los besos también nublan pensamientos!».

—¿Sabes? Aceptar nuestro amor te ha convertido en alguien aún más perdida —se burló Matt, pero yo solo fruncí el ceño haciéndome la ofendida—. Ya sabes, cada vez que te beso pareces un pollito asustado en busca de su mamá.

—¿Mamá? ¡Espera, no parezco un pollito perdí...! —refunfuñé y en ese instante volvió a besarme. Mi mente quedó en blanco y eso lo hizo reír más.

—¿Ves? Es como si se te apagara el cerebro.

—Pues, entonces...no te besaré más y así mantendré el cerebro en funcionamiento —aclaré.

Un puchero involuntario se formó en mis labios, al mismo tiempo que trataba de inventar una buena respuesta, pero quedé embobada mirando la forma en que algunos mechones de su cabello caían sobre sus ojos, lo cuales se veían más claros de lo normal. Recorrí su perfil, deteniéndome unos segundos en sus labios rosados y en los pequeños lunares que podían verse en su cuello, que no llegaban a ser cubiertos por su suave suéter celeste.

—¿Puedo preguntarte algo muy importante?

—¿Qué pasa?

—¿Te gusta Aiden?

«¿¡Qué!? ».

—¿¡Qué!?

Miré a Matthew, esperando que estuviera bromeando, pero él solo me observó con los ojos entrecerrados

—¡No lo negaste! ¡Te gusta Aiden, admítelo! —manifestó cruzando los brazos sobre el pecho.

«¡Oh! ¡Está celoso! ¿Estaría mal si yo...?».

—Admito que tiene unos ojos preciosos —aclaré con serenidad reprimiendo una carcajada cuando su rostro se deformó en una mueca de horror.

—¡Yo también los tengo! —gruñó enrojeciéndose.

—Sí, pero los de él son únicos ¿Acaso conoces a otra persona que tenga los ojos violetas? —me burlé acariciando su mejilla.

—Exacto ¡Es un milagro de la naturaleza! ¡Los míos son hermosamente normales! ¡Como el cielo y el mar! ¡Y brillosos como las jodidas gotas de rocío! —gritó apuntando a sus ojos repetidas veces.

Estallé en una estridente risa y no pude parar hasta que mi estómago dolió.

—Matthew Nicholas Grayson, te ves muy lindo celoso —aclaré una vez que recuperé el aliento. Acerqué mi rostro al suyo, el cual hasta el momento tenía una expresión de un niño luego de una rabieta y besé su barbilla.

En el momento en que me alejé, llegó Owen, quien se sentó frente a nosotros.

—Les traje algo pequeño matrimonio —comentó mientras rebuscaba en su mochila.

—¡Junior! —grité horrorizada, abalanzándome hacia el bolso, para sacar al muñeco—. ¡Dijiste que lo cuidarías, idiota! —me quejé mientras verificaba que no tuviera lesiones.

—Sí, pero tampoco iba a llevarlo a caballito, además, le gusta mi mochila, no lloró —aclaró levantando las manos en señal de paz—. Los chicos están en la biblioteca, Aiden está ayudando a Eric para que al menos termine la secundaria... ¿No deberías hacerlo también? —comentó Matt, mientras acariciaba la cabeza calva del bebé.

—Exacto, así que me voy.

—Bueno, no vine solo por el muñeco. Hay rumores de que Sasha vuelve, al parecer sus padres le permitieron graduarse aquí. —Antes de que pudiera preguntar quién era, desapareció.

—¿Quién es Sasha? —pregunté confundida. Matthew no me miraba, se limitó a inspeccionar en silencio al bebé como yo antes había hecho.

—Creo que debemos bañarlo...

—Pero si está... —empecé a decir, pero paré abruptamente en el instante en que levantó el muñeco en mi dirección y levantó la pequeña camiseta que llevaba—. ¡Lo voy a matar!

¡Matthew Junior estaba cubierto de manchas por todo el cuerpo!

Capítulo 15

—¿Qué aprendieron con todo esto? —preguntó la profesora encargada del proyecto paternal. Habíamos cuidado a Matthew Junior dos semanas y como los demás estudiantes ni siquiera habían comenzado, a la directora le pareció perfecto reunirnos a todos para que nos escuchasen a Matthew y a mí sobre nuestras conclusiones y experiencias con el proyecto.

Le había incluso cogido algo de cariño al muñeco, porque gracias a él, Matthew y yo estábamos más unidos. Como si se tratara de un bebé real, lo atraje hacia mi pecho, mientras que con una mano, acomodaba la manta celeste que lo cubría. Debíamos esperar que todos se callaran, cosa que para los adolescentes (que obviamente no querían estar aquí) era un poco difícil.

—Te voy a extrañar, Junior —murmuró Matt, colocando su brazo sobre mis hombros para acercarme a él. Intenté ignorar a algunos de los chicos que se nos quedaban mirando como si fuéramos bichos raros.

—Que un bebé es muy difícil de cuidar —comentó Matthew, elevando la voz, haciendo que todas las miradas lo enfocaran.

—Explícate mejor, por favor.

—Aprendí que un bebé es capaz de soportar golpes contundentes —respondió él, y al instante se hizo el silencio. Solo podías oír los pájaros del exterior y mi tensión aumentó, pensando que quizás Matt sería demasiado sincero y sacaría a la luz ciertos “incidentes” sucedidos contra el muñeco. Y todo ello no sería agradable para nuestra nota final ni un buen ejemplo para nadie.

—¿Qué...?

Mordí mi labio inferior con nerviosismo, al ver cómo los ojos de la profesora se agrandaban, sorprendida por sus palabras.

—¡No! Ahora déjeme explicar —la interrumpió—. También aprendí que les da fiebre si lo olvidas en el congelador, que no pueden volar y que no les causa nada de gracia ser mordidos.

Dicho esto, una ola de carcajadas inundó el ambiente, provocando que ella se enfureciese.

—¡Suficiente! ¡Silencio todos!— inútilmente intentó parar con las risas, hasta que se cansó y decidió marcharse.

«¿Qué clase de profesora es?».

Aparté el brazo de Matt y me paré frente al él, ignorando a toda la gente que había a mi alrededor.

—¿Por qué se lo dijiste? ¿Y si nos suspende? —dije alterada, pero él solo frunció el ceño, bajando la mirada—. ¿Qué...? ¿Qué ocurre? —extrañada, llevé una mano hacia su pecho.

—¿Estás enojada? —preguntó preocupado, apoyando su mano sobre la mía.

—Sí.... Lo estaba hace un segundo, pero ahora... ¿por qué preguntas?

«Realmente estoy confundida y perdida. ¿Qué acaba de ocurrir?».

—Es la primera vez que te enojas desde que somos novios.

—Oh, tienes razón.

Estas últimas semanas que llevábamos como pareja jamás habíamos discutido. Era raro que él hiciera cosas que me frustraran tanto, pero sabía muy bien que quería nos fuese grandioso en el trabajo.

—¿Qué se supone que haga? ¡No sé qué debo hacer! —susurró—. No quiero que peleemos, Clarie. Lo lamento.

«Oh, bien, "babosa andante" estaba a punto de volver».

«Pero, ¿cómo no hacerlo con su carita triste?».

Con un nudo en la garganta, moví mi mano hacia su mejilla y me acerqué lo suficiente como para que nuestro pechos se tocasen, siendo más fácil mantener el contacto visual.

—No es para tanto, no importa —aclaré lentamente—. De todas formas, creo que deberíamos acostumbrarnos... es normal que tengamos “peleas”.

Asintió con la cabeza y me regaló una de sus tantas sonrisas.

—¡Hey! —nos gritaron, deteniendo el beso que le estaba a punto de dar. Ambos giramos y vimos a los chicos acercarse.

—¿En serio mordiste el muñeco? ¿Cuándo fue eso? —habló Owen en cuanto se acercó lo suficientemente como para no gritar.

—Sí, en realidad fue cuando Clarie y yo nos estaba...—En cuanto caí en lo que estaba por decir, cubrí su boca, evitando que dijera algo más.

—¿Cuándo qué, Clarie? —preguntó Eric, en tono burlón.

—Na... nada —tartamudeé nerviosa.

Aunque sabían sobre nuestro noviazgo, no iba a permitir que conocieran nada sobre nuestras intimidades.

—¿Y el sonrojo qué? —rió Aiden, acariciando mi mejilla suavemente.

—¡Chist! ¡No la toques! —se quejó Matt, dándole un manotazo a la mano de su mejor amigo.

Aiden levantó las manos al aire, en forma indefensa.

—Eres mi mejor amigo, jamás intentaría algo con ella —dijo indignado.

—Lo sé, pero de todas formas te vigilaré —advirtió.

—¿Clarie? —escuché nuevamente a alguien llamarme, pero lo extraño era que una chica era la dueña de la voz. Me acerqué a la desconocida, mientras dejaba a los chicos en su acalorada e inútil discusión.

—¿Eres Clarie, verdad? —preguntó la muchacha, soltando una risita.

«¿Se está burlando de mí?».

La miré de arriba abajo, intentando reconocer su identidad. Un poco más alta que yo, tez clara, un largo cabello castaño largo y grandes ojos celestes. No parecía estudiante, llevaba un vestido ajustado a sus pequeñas curvas, de una tela fina, poco “cómodo” para estar en el instituto.

—Sí, soy yo dije cortante.

«Me da mala espina».

Abrió los ojos, sorprendida por mi tono poco amistoso y se mantuvo sonriente.

—Me llamo Sasha, soy nueva y escuché hablar... —dijo rápidamente, haciendo una pequeña pausa para tomar aire—. ¿Eres novia de ese chico? —apuntó hacia Matt y yo solo asentí—. Oh, genial, hum, ¿y hace mucho que estáis juntos?

—No, ¿por qué?

—Nada, me habéis llamado la atención, seguramente por sus cabellos. —Otra risita forzada se escapó de sus labios rosados.

Fui a contestar, pero me interrumpió alguien que me empujó hacia sí y luego me levantó sobre su hombro.

«¿¡Pero qué está pasando!?».

—¿¡Matthew, qué demonios haces!?! —me sacudí mientras nos alejaba de todos. Entrando al instituto, él esquivó a los estudiantes que se cruzaban en su camino y nos llevó hasta el baño de hombres.

—No quiero que te juntes con ella, bueno te agradecería que no lo hicieras —murmuró enojado y me dejó en el suelo—, porque no quiero que sea una mala influencia.

—Espera —fruncí el ceño—. ¿Ella es tu ex, verdad?

—Desgraciadamente, sí.

—¿La que intentó forzarte para...? —Asintió—. Pero no parece como alguien con quien saldrías, además dijo que era nueva y nunca la he visto.

—Cuando terminamos se fue, pero al parecer ha vuelto —dijo preocupado.

—Matt, no te preocupes, me alejaré de ella. —Lo calmé, no me parecía muy agradable esa chica—. Será mejor que vayamos con los chicos.

Sin esperar su respuesta, me encaminé hacia la puerta para irnos, pero antes de que pudiera cruzar el umbral, me tomó del brazo y me empujó hasta su cuerpo. Sus manos se ubicaron por debajo de mis muslos y me elevó, colocándome de la misma manera que sostenía a Junior.

—¡Suéltame, sabes que no me gusta que me levanten —me quejé, pero recibí un guiño de su parte—. No te voy a soltar, las princesas no tocan el suelo.

—¡No soy una princesa!

—Cierto, eres una "reina"—comentó saliendo del baño.

Capítulo 16

¿Alguna vez has sentido que alguien solo aparece en tú vida para molestarte?

Cuando me conocí a la exnovia de Matthew, me preparé para alejarme de ella, no parecía una persona agradable y no quería averiguarlo. Pero llevarlo a cabo se estaba volviendo imposible, debido a que prácticamente caminaba tras nuestros talones como una garrapata, de alguna manera quería meterse en la vida de todos. Ella creía que no me daba cuenta, pero debía ser una estúpida para no notar que sus baratas excusas de encuentros sorpresas eran mentiras.

—¿¡Clarie! —gritó Eric alejándome de mis pensamientos—. ¿¡Qué haces ahí, niña! —Necesito apoyo moral, ven aquí! —se quejó enojado al ver que estaba sentada en las gradas, lejos de él, que ya se encontraba en las pistas de carreras. En tan solo unos minutos Eric seguiría mi consejo de aprovechar su altura de más de metro ochenta y sus largas piernas, para intentar formar parte del equipo de corredores del colegio. Como aún tenía su problema de transmitirle la misma calma que su hermanito, quería que estuviera presente como su "amuleto".

Soltando me levanté de mi lugar y corrí hasta llegar a su lado.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Correr a tú lado? —me burlé cruzando los brazos sobre el pecho.

—Muy graciosa —respondió sarcástico, mientras me tomaba por los hombros—. ¿Ves está línea blanca? Pues aléjate de ella porque si no te derribarán —explicó mirando el suelo, como si yo fuese un bebé.

—¿Entonces dónde se supone que debo ir?

—Aquí —guió y me empujó hasta que me encontré lejos del "peligro", es decir, tres pasos atrás—. Quédate aquí quieta y no me hables, sino me pondrás más nervioso —advirtió, mirando a los demás muchachos que se acercaban para competir.

«¿¡Qué me quede callada!?».

—¿¡Eso es todo!? ¿¡Para esto mi hiciste saltarme una clase!? —grité, exaltando tanto a él como a los demás personas presentes—. ¿¡No se suponía que era tú "amuleto!?

—¡Los amuletos no hablan!

—Agh, solo vete a correr —dije frustrada, pero inmediatamente una sonrisa bastante malévola se formó en mi rostro—. Lindas piernas —bromeé, apuntando con mi dedo índice, sus shorts blancos.

Con un gruñido, Eric se abalanzó sobre mí asfixiándome en un enorme abrazo de oso.

«Y después preguntas por qué me recuerdas a mi hermanito».

Así era Eric, siempre se mostraba serio, callado, pero era muy dulce en el fondo.

Divertida, respondí a su abrazo hasta que unos gritos rompieron nuestro momento.

—¡Una loca me persigue! ¡Ayúdenme!

Un Matthew desesperado cruzó frente a nosotros corriendo descalzo. Sin embargo, cuando movió su rostro en nuestra dirección se detuvo y sin chistar se acercó.

—¡Hey! ¿¡Qué hacéis? —De un tirón me tomó por el antebrazo y me empujó contra él.

—No empieces, solo la abracé —dijo Eric, pero ambos sabíamos que lo había hecho a propósito, para molestar a Matt.

—¡No puedes...! —comenzó decir, pero lo detuve al ver a alguien que no esperaba.

Era Sasha.

Y estaba corriendo hacia nuestra dirección.

Con unas zapatillas rojas en las manos.

Las zapatillas de Matthew.

—Matthew Nicholas Grayson, dime ahora mismo por qué demonios esa mujer trae tus zapatillas —demandé enojada, mientras ella corría, con tacones hasta donde estábamos.

—Oh. Hola, Clarie...—saludó con una mirada "inocente"—. No te había visto.

«Sí, claro. Soy invisible».

Sin hacerle caso, Matt, se colocó detrás de mí, como si yo fuera alguna clase de escudo.

—¡No, no es lo que crees! ¡Ella intentó atacarme otra vez! ¡Cuando salí del baño pasé por tú clase y como no te vi, comencé a buscarte por todos lados y por el camino me la encontré! ¡Intentó tener un lío conmigo! —gritó sin detenerse ni una sola vez para respirar—. ¡Por favor, aléjala de mí! —rogó, apuntándola acusadoramente.

—¡Yo no intenté nada idiota! —dijo ella ofendida.

No sabía qué era lo que más me molestaba, que ella fuese tan estúpida de mentirme en la cara, sabiendo muy bien que yo le creería a Matthew, o que hubiera intentado propasarse con mi novio. Para su mala suerte, no me podía calmar.

Y eso significaba una sola cosa.

Quería golpearla. O lo hubiera hecho, si no fuese porque fui levantada por unos grandes brazos, siendo alejada de aquella tonta.

—¿Qué demonios te ocurre!? ¡Suéltame así puedo golpear a esa estúpida en la cara! —grité, mientras Eric me llevaba dentro del instituto como si fuera un saco de papas.

—¿¡Hey!? ¿Por qué te llevas a mi novia? ¡Iba a pegar a la loca! —se quejó Matthew, mientras nos seguía por los pasillos.

—Por si no se han dado cuenta, par de tortolitos, si Clarie golpea a Sasha, la pueden suspender o expulsar ¿Entienden ahora? —aclaró enojado y paró frente a una puerta celeste.

«¿El baño de hombres?».

«¿Otra vez?».

—Yo no voy a entrar otra vez allí —comenté y cuando mis pies tocaron el suelo, nos empujó a Matt y a mí hacia dentro.

—Qué exagerado... ¡Hey! Aún estás sin zapatillas —comenté, mirando los pies descalzos de mi novio.

—Te mentí sobre lo de Sasha.

«Oh, no».

«¡No formules nada hasta que te termine de hablar! ¡No lo hagas!».

Intentando calmarme, respiré varias veces y después lo miré directamente a los ojos.

—¿¡De qué demonios estás hablando!?

«Bien, eso no ha salido tan calmado como esperaba».

Los celos eran un sentimiento tan pesado y molesto, trataba de controlarlos, pero apuñalaban a mi estómago.

Pero aquí estaba.

—¡No es lo que tú crees! —advirtió, levantando los brazos al aire como protección—. ¡Lo que quise decir es que fue por ella que salí de clases!

—¿¡Qué!?! ¡Eso no mejora nada, Matthew! —Un fuerte sonrojo cubrió sus pálidas mejillas cuando lo aclaré.

—¡Lo sé! Perdón, quise decir que ella me envió un mensaje y por eso fui a buscarte —tartamudeó con torpeza.

—¿Qué decía el mensaje?

—Que estabas con otro chico —susurró avergonzado.

«Esas palabras definitivamente lo empeoran todo».

—¿En serio eres capaz de creer a esa? Yo soy la que tendría que desconfiar de ti ¡Tú eres el que se anda mandando mensajitos con su ex!

—¡Confío en ti, no confío en el resto del mundo! —aclaró como si fuera lo más obvio.

Desviando la mirada de él, esquivé su cuerpo y caminé hacia la puerta.

—Pues tendrás que hacerlo, si no esto no funcionará.

Por supuesto que me arrepentía al decirlo, porque estaba segura de que ya era demasiado tarde para que en algún momento pudiésemos separarnos.

—¡No! ¡No puedes decir eso! ¡Nos amamos! —Desesperado, intentó darme uno de sus cálidos abrazos—. Lo lamento ¿Sí? No seré tan celoso —prometió estrujándome más fuerte, si era eso posible.

Yo tampoco quería serlo y no podía enojarme porque él sentía lo mismo que yo, no era justo echarle en cara algo que ambos debíamos resolver juntos.

—¿Tan celoso? —pregunté, apoyando la mejilla sobre su corazón.

—No prometeré algo imposible.

—Eres increíble. —Derrochando sarcasmo, llevé mis brazos hacia su cuello y me puse sobre las puntas de mis pies para besarlo—. ¿Entonces no habrá problemas con que salga con Aiden, verdad? —comenté—. Quiere que elija un regalo por mi cumpleaños, en vez de equivocarse.

—Supongo que no —gruñó a duras penas—. Pero estaré cerca...muy cerca.

—Ni te atrevas a seguirnos —advertí mirando sus ojos azules.

—Jamás lo haría, solo dije que estaría cerca. Debido a que iré también a comprarte algo. Después de todo no se cumplen los años todos los años...espera, sí lo hacen —frunció el ceño confundido—.

Olvida lo que acabo de decir.

Asentí y comencé a reír.

—Ya que estás de buen humor a costa mía, debo decirte algo más —me interrumpió, haciendo puchero—. Y es sobre unas reglas que tengo —me informó, mientras jugaba con mi cabello suelto.

—¿Reglas?

—Sí, se llama "Las reglas de Matt", digamos que en ellas se aclaran algunas cositas sobre nuestra relación. ¿Podrías aceptarlas?

—Depende...—sopesé—. ¿Cuáles son?

—Primero, soy el único con el que puedes soñar, babear, amar y/o besar —apuntó rápidamente—. Segundo, por nada en el mundo puedes aceptar casarte o tener hijos con otro que no sea yo.

—¿Ejem...?

—Tercero y último, jamás, pero jamás en la vida no te puedes quedar a solas con Aiden más de tres horas —Serio, me observó esperando una respuesta.

«¿Cómo que más de tres horas?».

—¿Tres horas? ¿Y eso por qué?

—¿Y tú qué crees, tontita? —soltó un bufido frustrado—. Él tiene demasiados encantos.

Iba a ser difícil hacer que los celos desaparecieran.

Capítulo 17

—Me estoy arrepintiendo de esta salida —admití.

Aiden me observó con una pequeña sonrisa, tratando de calmarme. Habíamos llegado al centro comercial hacía solo unos minutos. Nunca hubo una invitación por parte de Aiden, solo quería saber si él confiaba en mí, sin embargo, en el momento en que pasamos el umbral del centro comercial, el remordimiento llegó a mí. Tal vez era una exageración, pero no tenía por qué mentir, era absurdo, inmaduro.

—Hey, no te preocupes ¿Sí? Él te perdonará —intentó animarme, entrelazando nuestras manos, para luego darle un apretón—. Haremos una cosa. Compraremos tú regalo de cumpleaños, ya que eso de que lo elijas fue una idea genial y luego te acompañaré a la casa para que le digas la verdad —prometió y me empujó hacia una pequeña tienda de ropa—. Claro, ese regalo se elegirá rápido, no soporto este calor —se quejó, abanicándose un poco con la otra mano.

—¿En serio tienes calor con lo que traes puesto? —bromeé, ya que solo llevaba shorts negros deportivos y una camiseta blanca.

—¿Tú no tienes calor? —preguntó estupefacto, mirando mi camiseta negra y pantalones oscuros. Por suerte, no era una persona muy propensa a sufrir por el calor como la mayoría.

—No hace tanto calor.

—Hace como treinta y cinco grados, Clarie —aclaró levantando una ceja, como si estuviera loca.

—Tampoco es para tanto, no estoy loca, exagerado.

—Al parecer sí, rarita —bromeó cuando un grupo de chicas pasó frente a nosotros, todas llevando unos vestidos sueltos. Ignorándolo, solté su mano y entré en la tienda más cercana. No podría decir que tenía un fanatismo por ir de compras, ya que nunca encontraba ropa que realmente me gustara, odiaba los colores chillones o con inscripciones totalmente innecesarias, por lo que varias veces terminaba en la sección de hombres. Tomaba un par de prendas y los utilizaba con pantalones ajustados, así estaba conformado mi guardarropa.

Los tonos oscuros siempre chocaban con las coloridas ropas de Matthew, parecíamos el día y la noche.

—Por aquí no hay nada —comenté girándome. Busqué a mi amigo con la mirada, estaba a varios metros en la parte de vestidos. Me acerqué curiosa al ver que sostenía uno que no era mi estilo, y él lo sabía. Era de tirantes, rosa pálido con pequeñas flores, algo fresco y juvenil.

En cuanto me coloqué a su lado, dijo aquellas palabras que me permitieron entender qué ocurría.

—Me recuerda al vestido que Angie usaba.

En ese momento no supe qué decir, hasta ese momento nunca había hablado de su hermana conmigo. Owen fue quien me contó sobre ella, estaban muy unidos, ella tenía dos años menos y murió a los quince debido a un accidente de coche... No sabía más detalles del accidente ni de cómo era ella.

—¿Puedo elegirlo como regalo?

Los ojos de Aiden buscaron los míos, sorprendido por mi pregunta y sonrió.

—Me encantaría. Coloqué una mano sobre sus hombros en un gesto amistoso, pero él lo convirtió en un abrazo. Apoyó la barbilla sobre mi hombro, respirando profundamente.

Le permití aquello, lo necesitaba.

—La extraño mucho...—susurró—. Yo, realmente... ¿Clarie?

—¿Sí?

—Un punto rojo no está espiando —dijo divertido.

«No puede estar aquí».

—Genial, tengo un novio loco —murmuré impresionada. Ambos rompimos el abrazo, sin dejar de reír, el ambiente había mejorado gracias a Matthew y él no tenía idea—. ¿Sabes? Me estaba sintiendo mal por mentirle, pero él hizo lo mismo, dijo que no nos seguiría. ¿Es que no confía en mí?

—Entiéndelo, Clarie. Matthew, es Matthew y es obvio que lo amas sin importar lo que haga —respondió, al mismo tiempo que me tomaba por los hombros y me hacía girar. Matthew se encontraba a unos cinco estantes de distancia, observándonos fijamente sin ningún tipo de vergüenza.

En el momento en que nuestras miradas conectaron, se tiró al suelo y comenzó a gatear lejos de nosotros, encerrándose en uno de los cambiadores.

«Ese chico no cambia nunca».

Di unos pasos en su dirección, pero Aiden me detuvo un momento.

—No te enojas con él. Clarie, eres muy inteligente y sabes que lo mejor siempre será aprovechar el tiempo posible con esa persona que amas. —Dicho eso se alejó, para darnos privacidad.

«¿Qué pasaría si en algún momento pierdo a mi Matthew?».

«¿Cómo alguien puede vivir sin su otra parte?».

«Muchos creerían que éramos la típica pareja de secundaria, pero yo no puedo imaginarme estar lejos de Matt».

—Matthew, sal de ahí —dije en voz baja—. Perdón...te mentí, Aiden no me iba a llevar a ningún lado, solo quería ponerte a prueba, estuvo mal.

—Te perdono si tú me perdonas.

—Por supuesto...te amo —agregué despacio. Empujé la puerta del vestidor. Estaba sentado en el suelo, apoyando la espalda en la pared y me miraba desde abajo con una enorme sonrisa.

«¿Qué haría sin esa sonrisa?».

—Yo también te amo.

Capítulo 18

«Hoy es mi cumpleaños».

Era viernes 13 y no tenía un buen presentimiento. Además, el vestido que llevaba puesto, que hacía recordar a la hermana de Aiden, no ayudaba a que pudiera tener pensamientos positivos. Cuando vi sus ojos observando aquella tela no pude resistirme a pedirle que me lo comprara, sabiendo que eso lo haría feliz. Y debía usarlo a menudo, porque él se fijaba mucho en esos detalles y se entristecía si no le daba uso. Aquella situación parecía una película tonta... La chica del grupo de los chicos que siempre llamaba la atención, aquella que iba abrigada hasta en verano, usando un tierno y delicado vestido rosa.

Me sentía incomoda y parecía que todo el mundo me miraba mientras me dirigía hacia el aula por el pasillo. Decidí esperar a que terminara la primera clase, me metí en la biblioteca y me escondí en el rincón donde se encontraban los diccionarios en alemán y portugués. Creí que estaría tranquila, pero el mal presentimiento tomó una forma muy chillona.

—¿Te perdiste? —preguntó con burla. No aparté la mirada del libro de terror que había tomado unos minutos antes, pero sabía quién era. Desgraciadamente, lo sabía.

«¡Oh, demonios!».

—No —murmuré sin prestarle atención, hasta que vi sus sandalias posicionarse frente a mí. Levanté la cabeza hasta sus ojos—Al menos no soy la única que no está vestida como una cursi —susurré para mí misma al ver su extraño vestido demasiado corto.

—No, no, muy mal Clarie, no se debe mentir —me regañó negando con la cabeza lentamente.

¿Qué demonios le pasaba?

—¿Yo soy la que se supone que no debe mentir?

—¿Acaso me estás diciendo mentirosa? —dijo haciéndose la ofendida y llevando su mano izquierda hacia su pecho como si estuviese herida—. Si mal no recuerdo fue Matthew quien corrió hacia mí en cuanto pudo ¿Sabes? Creo que ya se aburrió de ti.

¿Cómo se suponía que debía evitar enfurecerme? Me daba asco toda ella, hasta odiaba la manera en que masticaba chicle con la boca abierta, la forma en que quería intimidarme por el único hecho de haberme enamorado de alguien que ella no podía ser correspondida.

—Realmente eres una bruja.

Un exagerado jadeo salió de sus labios.

—Eres una...

—Cállate —interrumpí cansada, sabiendo muy bien que querría empezar algo que yo podría terminar con violencia. Cerré el libro y lo guardé en mi mochila para irme de ahí.

Incrédula por lo que hice, su sonrisa se borró por completo. Antes de que pudiera decir algo, me empujó, tomándose desprevenida provocando que cayera al suelo sobre mi trasero.

—¡Te detesto! —gritó sorprendiéndome. Como si un demonio hubiese tomado su cuerpo, se agachó hasta estar a mi altura. Su dedo índice me apuntó de manera acusativa—. ¡Tú me quitaste a Matthew! ¡A mí Matthew, idiota!

«Realmente es una loca».

Ya cansada de sus tonterías, aparté secamente su mano y la empujé alejándola de mí.

—No sé qué mosca te picó, pero no me vuelvas a llamar idiota y no te vuelvas a acercar a mí.

Sasha se puso a gritar y se abalanzó sobre mí. El mayor golpe lo recibió mi espalda y luego mi cabeza.

Al principio quise poner distancia, apartarme de la demente, pero cuando recibí un golpe en mi mejilla tomé el control de la situación.

«Bien, basta de contenerme».

—Te voy a destrozar. —Furiosa, agarré con una de mis manos su melena y tiré de ella, con la otra, golpeé su estómago con mi puño logrando que se apartara. En el instante en que me coloqué a horcajadas sobre ella, alguien me apartó... Y ese alguien era Aiden.

—¿Acaso estás demente, Sasha? —dijo irritado, mientras me tomaba entre sus brazos, y me colocaba detrás de él manteniendo la distancia entre ambas. Estaba sin aliento, y apenas podía ver, debido a mi cabello, que estaba hecho un nido de pájaros, pero aún necesitaba darle otro golpe.

—¿Qué te importa, tipo raro?

—¡Ahora sí que te mato!

Volví a abalanzarme hacia ella al escuchar esas palabras llenas de odio, sabiendo lo tímido que se sentía Aiden por sus ojos. Sin embargo, él me lo impidió. La dejó marchar, amenazándola con que al próximo numerito llamaría al director para que la expulsaran. Nadie dijo nada más, mientras me arrastraba fuera de la biblioteca, pero dejé de hacer ruidos de frustración, propios de mí.

—¡Hey no...!

Horrorizada, me vi nuevamente llevada al baño de hombres.

—¿Por qué no me dejaste golpearla!? —me quejé, pegándole a su brazo. No me respondió, solo me dio la espalda, apoyó la mochila sobre el lavamanos y comenzó a buscar algo. Frustrada volví a golpearlo.

—¡Hey, no me pegues! —masculló por lo bajo—. No vale la pena...además tiene razón sobre lo de raro.

—No seas tonto, Aiden, sabes que solo dice estupideces.

—Como sea —respondió por lo bajo y estaba vez no dije nada—. Tienes manchas de maquillaje. —Aiden sacó un paquete de pañuelos y me lo entregó. Lo tomé y lo remoje con agua para luego pasarlo por mi rostro. Suspiré sonoramente, mientras terminaba de limpiarme, después traté de desenredar mi cabello con los dedos, pero hubo un pequeño problema.

—Aiden...

—¿Sí?

—Mi cabello.

Aiden miró mis manos sobre mi cabeza y frunció el ceño.

—¿Qué pasa...?

—Tengo chicle en el cabello ¡Jesús! —Me di la vuelta, mostrándole el caramelo pegado, no podía verlo.

—Respira —me pidió mi amigo, cuando comencé a maldecir a Sasha y a toda su familia.

—Córtalo.

—¿Qué?

—Solo córtalo —pedí, dándome la vuelta de manera repentina, quedando frente a frente.

Sorprendida ante su cercanía, lo miré a los ojos.

«Demasiado cerca».

—Oh, tienes una pequeña manchita en el ojo izquierdo —susurró con una sorpresa muy diferente a la mía. Su aliento mentolado chocó contra mi mejilla al hablar.

—¿Manchita? —retomé sus palabras en cuanto di dos pasos hacia atrás.

—Sí, tienes como una mancha pequeña en tu ojo.

«Bien, no ha notado mi retroceso».

—¿Clarie, por qué te apartaste?

«Olviden lo que dije».

Sin evitarlo un sonrojo cubrió mis mejillas.

—Es que estábamos muy cerca —admití algo avergonzada.

—¡Clarie, no va a pasar nada! —dijo soltando una carcajada, como si acabase de contar el mejor chiste del mundo. Divertido, volvió a cerrar el espacio entre nosotros y tomó mi rostro entre sus manos.

« ¿¡Qué le ocurre!?! ».

«¿¡Pero qué...!?!».

—¿¡Qué haces!?!

—Tranquilízate... — murmuró juguetón, dándole un apretón demasiado fuerte a mis mejillas—. Clarie, no te iba a besar ¡Dios, te veo como mi hermanita, tonta!

«¡Lo sabía!».

—Eso lo sé, es solo que... ¡Agh! ¡He tenido un presentimiento horrible en todo el día! Siento que algo malo va a pasar y no, no es por esto —apunté mi cabeza.

Aiden frunció el ceño un segundo y luego asintió lentamente, intentado comprenderme.

—¿Así que creíste que lo "malo"... —hizo comillas al soltar su agarre en mi rostro —... era un beso mío?

—¡Por supuesto que sí! Desde que estoy con Matthew te has convertido en mi mejor amigo, confío completamente en ti, pero en el segundo que evadiste mi precioso espacio personal me sentí algo nerviosa ¡No me culpes! —dije atropellando las palabras, intentando explicar todo al mismo tiempo.

—Entiendo, no te preocupes...—dijo finalmente—. De todas formas, no debes preocuparte. Ninguno de los dos queremos besarnos, ¿verdad? —bromeó.

«Por supuesto que no».

Aiden era un chico muy guapo y dulce, pero jamás podría compararlo con Matthew. Sabía que algún día conocería a su "chica perfecta", solo esperaba que eso ocurriese pronto, así Matthew dejaría de estar celoso.

—¿Clarie, por qué no respondiste? —preguntó él, interrumpiendo mis pensamientos—. Espera... ¿¡Querías que te bese!? ¡Querías besarme! ¡Demonios, Clarie, qué te ocurre! ¡Amas a Matt! ¿No? —preguntó el chico frente a mí, al notar que no decía nada, más que mirarlo con horror.

La desesperación cubrió su rostro y se veía muy gracioso por la manera en que se deforma entre una mueca de angustia y miedo.

—Aiden...—empecé a hablar, pero me interrumpió el sonido del timbre.

Las voces llenaron rápidamente el ambiente.

Estaba dispuesta a ignorarla, pero una alarma en mi cabeza me recordó algo: ¡Aún estaba en el baño de chicos! Asustada, salí tan rápido como pude, dejando a un Aiden aturdido.

«Sabía que no iba a ser un día tranquilo».

Capítulo 19

Algo pasó cuando estaba en ese baño que no pude evitar y que quedaría en mis recuerdos para siempre. La segunda vez en mi vida que cortaba mi cabello. Media hora después de encerrarme en el baño de mujeres, tomé las tijeras y actué sin pensar. Ahora tenía el cabello hasta los hombros, ya no más puntas rojas, parecía Dora la exploradora sin flequillo.

Pero eso no me importaba, el cabello crecía y había dos cosas que debía solucionar: Aiden y Sasha (en ese orden). Caminé por los pasillos con el delicado vestido rosa, un nuevo corte de cabello y un pañuelo con el que había cubierto mi cabeza, incluso llevaba puestas las gafas de sol, no quería que las pocas personas que caminaba por los pasillos fuera del horario de clases, me viesen con lo que ahora parecía una peluca barata.

Observé por la ventana de la puerta con frustración. Hacía diez minutos que estaba haciendo señas, intentando que alguno de los chicos me viese, pero Eric y Matt parecían dormir al fondo, mientras que Aiden no apartaba la mirada de la pizarra. La única esperanza era Owen y eso quería decir mucho. Así, diez minutos más tarde, Owen me vio.

—¿Clarie...? ¿Qué te pasó? ¿Tú cabello...? —me abarrotó de preguntas al salir del salón. Estupefacto, tocó mi corta melena—. Espera... ¡Primero quiero que me digas qué es eso de que te gusta Aiden!

«Dios, son más chismosos que las viejas».

—Solo ve a por Aiden, necesito aclararle las cosas.

Owen me miró un segundo con los ojos entrecerrados, pero luego asintió lentamente, y fue a buscarlo. Como era de esperar, la reacción de Aiden era igual que la de su amigo.

—¿¡Qué te ocurrió!? ¿Cómo fuiste capaz de cortarte...?

—Agh ¿Puedes prestarme atención? —farfullé, pasando la mano por mi rostro, cansada—. ¡Solo quería hablar del supuesto beso...! —dije en el momento en que la puerta de su salón se abrió una vez más... ¡Era Matthew!

«¡De maravilla!».

—Dijo el profesor que vuelvas —le dijo a Aiden y luego posó su mirada en mí—. ¿Quién eres? —preguntó, confundido, con una pequeña sonrisa.

—¿¡Qué!? —grité, haciendo que saltara sobre su lugar sorprendido.

—Dije... ¿Quién eres? —aclaró muy lentamente, como si fuese una niña pequeña. Cruzó los

brazos sobre su pecho receloso ante mi contestación.

—¡Soy tú novia, tonto!

Estaba segura de que esto solo me pasaba a mí... ¿A quién más le puede pasar que su novio no la reconozca? Matthew me miró de arriba abajo, deteniéndose un segundo en mis piernas.

—Ya... ¿Eres mí Clarie?

—¡Sí!

—Pruébalo —desafió con las mejillas sonrojadas. Molesta, me quité los lentes, pero él no mostró cambio en su expresión.

«¿¡Es una de sus bromas!?».

A punto de explotar, di varios pasos hasta casi tocar las puntas de sus zapatillas—. ¡Bien! ¡Bésame!

—¡No puedo, tengo novia! —me rechazó horrorizado y cubrió sus labios.

—¡Soy tu novia!

—Ejem... ¿Chicos? —murmuró Aiden nervioso.

—¿¡Qué!? —gritamos al unísono.

—Yo me iré al salón.

Sin esperar a que respondiésemos, se alejó de nosotros.

«Cobarde».

—Bien, como decía... —volví mi atención a Matthew—. ¡Quiero un be... so!

—¡No! ¡Sería engañar a Clarie!

Tomándolo desprevenido por el cuello, le obligué a chocar sus labios con los míos. Al principio intentó separarme, sin embargo, en el instante en que nuestras bocas se tocaron, se calmó.

—Sí, eres mí Clarie. —susurró sin aliento en cuanto nos apartamos.

Capítulo 20

—No creo que debas vengarte... —dijo Aiden en cuanto nos sentamos debajo de los árboles del patio del instituto. Matthew decidió que era hora de una "reunión grupal", para así hablar sobre qué habría que hacer con Sasha, ya que, a pesar de que le gustó mucho la idea de bañarla con pintura, dijo que se merecía algo peor. No podía creerlo ¡Mi novio podía ser malo! Hasta Eric y Owen lo apoyaron, pero Aiden no, por supuesto. Él dijo que era demasiado inmaduro y que no debía rebajarnos a su nivel. Y después de calmarme, comprendí que tenía razón.

—Tienes razón —murmuré desilusionada mientras apoyaba la cabeza sobre el brazo de Matt.

No quedamos en silencio un segundo, hasta que Owen lo rompió.

—Siempre la voz de la razón —bromeó golpeando amistosamente el brazo de Aiden—. De todas formas, Clarie —me apuntó—, tu cabello quedó genial.

—No digas mentiras —gruñí enojada, llevando una mano a mi corta melena—. ¡Esa idiota tiene suerte de que no lo haya arruinado toda mi cabeza, si no ya estaría muerta!

—Te ves... —comenzó a decir, mientras que poco a poco una sonrisa malvada creció en su rostro —... te ves hermosa. ¡Preciosa! ¡Eres la chica más linda que he...!

—¡Suficiente! —lo interrumpió Matthew con un grito y un segundo después desapareció de mi lado para arrojarse sobre su amigo.

—Intentaré separarlos —aclaró Aiden en un suspiro.

Todo esto sucedió después de que los chicos estuvieran corriendo por el patio. Esto, aunque pareciese raro, se había convertido en una rutina entre nosotros, el orden era el siguiente:

- Owen molestaba a Matthew.
- Matthew lo perseguía.
- Aiden perseguía a ambos.
- Y todo terminaba cuando alguno se cansaba.

—Así que... ¿te gusta Aiden? —preguntó Eric, quien había estado en silencio hasta el momento.

«¡Cómo demonios es que olvidé hablar sobre el beso!?».

—No, por supuesto que no —negué rápidamente, retirando la mirada de los demás muchachos.

—¿Entonces por qué...?

—Fue solo un malentendido —interrumpí—. Hablaré con él en cuanto pueda, de todas formas, ¿también se lo dijo a Matthew?

Eric, levantó una ceja algo confundido.

—¿Clarie...?

—¡Deja de suponer! —lo volví a cortar—. Es para evitar problemas, nada más. No quiero que Matt se enoje por algo que no tiene sentido.

—Entiendo —dijo al comprender—. Pero, díselo rápido, el pobre chico está asustado.

—¡Clarie! —me llamó Matthew en ese momento, dando por terminada la conversación. Él estaba sentado en el estómago de Owen, mientras Aiden lo tenía del brazo e intentaba apartarlo. Sin evitarlo, reí.

—¡Le ganaste! —felicité divertida ante la situación. Corrí hasta llegar a ellos.

Contento, Matt tomó mi mano y me inclinó para que lo besara.

—¡Ejem! —se quejó Owen—. Sé que soy un buen asiento, pero Matt, me estás aplastando —aclaró, fingiendo dolor.

Poniendo los ojos en blanco, se levantó y caminó nuevamente hacia Eric, para tomar nuestras mochilas—. Bien... supongo que esta reunión familiar ha finalizado —afirmó, con una pequeña sonrisa —Es hora de ir a casa ¿Venís con nosotros?

—No, debemos hacer un trabajo —dijeron al mismo tiempo.

«De una forma tan sincronizada que asusta».

—Cierto... nos vemos —dicho esto, Matthew se puso ambas mochilas sobre el hombro y entrelazó nuestras manos.

—No tienes que hacerlo, ¿sabes? —murmuré mientras caminábamos.

—¿Qué cosa?

—Llevar mi mochila.

—Pero es romántico —aclaró reajustando el agarre en ellas—. Además, así no te irás corriendo, no sin tus pertenencias.

—Eres un tonto —dije entre carcajadas.

Pasaron pocos segundos cuando volví a hablar.

—Aún no decidí si es bueno o no que vivamos a cinco calles del instituto.

—A mí me gusta porque es la única forma de estar solos —confesó mirando el cielo—. Y sí, sé que estás prácticamente todo el día en mi casa, pero... ¿te diste cuenta de que no te beso mucho cuando estamos en mi habitación? —preguntó dejando de caminar para mirarme directamente a los ojos—. Creo que mamá puso unas cámaras allí. Estoy casi seguro de que nos está investigando porque tiene miedo de convertirse en abuela.

«¿Debby no sería capaz de hacerlo, no?».

—No me siento muy cómoda sabiendo que puede haber vigilancia...—dije vacilante, comenzando a creer que en realidad su madre sí era capaz de espiarnos—. ¿Por qué no vamos a mi casa? Mamá y papá no llegan hasta la noche y creo que Kate iba a salir al centro comercial con Alex —ofrecí, mientras retomábamos nuestro corto viaje.

—¡Genial! Así podremos besarnos como se debe.

—Eres un perverso.

Minutos después llegamos a mi casa.

—¿Pero qué...?—jadeé sorprendida.

Había un muchacho arrodillado frente a nosotros, tendiendo en nuestra dirección un anillo.

«¿Un anillo de compromiso?».

—¿Clarie? —impresionado, el chico se paró y nos miró— ¡Pequeña! ¿Cómo es que has cambiado tanto!? —preguntó sin ocultar una enorme sonrisa, mientras me rodeaba con esos brazos que tanto extrañaba.

No dije nada. Solo correspondí su brazo.

Cuando me enteré que debíamos mudarnos, decidí aprovechar la oportunidad para empezar todo de nuevo y olvidar lo demás, ya que lo único que me importaba (mi familia) estaría a mi lado. Pero hubo una sola persona a la que nunca quería olvidar y esa persona era Seth. Seth se había convertido en el novio de Kate, cuando ella tenía catorce y él quince. Al principio, debía admitir, que creía que mi hermana no se lo merecía porque era demasiado bueno porque la amaba con una pureza y ternura que ella no sabía apreciar.

Meses después, ella abrió los ojos y comenzaron a surgir cambios. Se veía más feliz, radiante y

aunque nunca nos llevábamos bien, cuando estaba al lado de su chico, se convertía en una mejor persona. Pero, no todas las cosas buenas duran para siempre.

Dos años después, él se graduó y fue ahí cuando todo acabó, ya que había ganado una beca en Europa. Como era de esperar, Seth se rehusaba a dejarla, sin saber que Kate ya había tomado una decisión.

Renunciar a su amor. Decidieron no intentar seguir con una relación a distancia, ni a hablarse por teléfono, cortando así todo tipo de comunicación.

Y habían pasado ya cuatro años.

Cuatro años que pasaron muy lentamente mientras veía cómo mi hermana mayor se volvía poco a poco más fría.

—¿En serio creíste que no me volverías a ver? —murmuró Seth divertido porque yo no dejaba de repetir ... “No puedo creerlo”. Me había pegado a él como una garrapata.

—¡Clarie!

«Matthew».

Rápidamente acabé con el abrazo y me giré para mirar a mí molesto novio.

—Clarie, será mejor que él no sea quien yo creo, por favor, dime que... —el tono en que decía aquellas palabras me hizo saber que estaba asustado, como si pensara que quien estaba a mi lado era...

—¿Pequeña, quién es él? —dijo Seth antes de que pudiera decir algo.

Ignorándolo, me moví para estar frente a Matthew.

—No es él —dije colocando mis manos a cada lado de sus mejillas—. ¿En serio crees que lo recibiría así si fuese Samuel? —susurré con una sonrisa triste al ver que negaba, pero sus ojos reflejaban otra cosa.

«No confía en mí».

—Matthew, sube a mi habitación... —murmuré dolorida.

—Perdón por eso —me disculpé con Seth en cuanto Matt subió las escaleras sin decir nada.

—¿Todo está bien? ¿Es tú novio? —preguntó algo sorprendido, mientras se sentaba en el sillón.

—Ha pasado muy poco, pero...

—Lo quieres.

—Mucho, solo debo hablar sobre una cosa con él.

—Entonces ve, tonta. No te preocupes por mí. Lo único que tienes que saber es que esperaré a que venga Kate. Creo que es obvio por lo que viste, pero le pediré que se case conmigo. ¿Hice bien, no? ¿O ella acaso...? —su voz comenzó a disolverse mientras procesaba sus palabras—. ¿No te lo dijo? Hace unos meses comencé a mandarle mensajes otra vez y sentí que las cosas no habían cambiado, es que...

—Jamás se olvidó de ti, no te preocupes. —Ambos compartimos una sonrisa—. Espera... ¿Seth, cómo entraste?

«¿Él no habrá...? ¿Alguien fue capaz de pensar lo mismo que Matthew?».

Con una mueca, él miró el suelo

—Ejem, yo...como que... agh, solo vete, no lo diré en este momento. —Sin otra palabra me empujó hacia las escaleras.

Debía hablar con Matt.

—Así que ese era Seth...¿Estás enojada? —es lo primero que dijo en cuanto me vio entrar a mi habitación. Estaba sentado en mi cama con las manos entrelazadas sobre su regazo y con su cabeza gacha. Cerrando la puerta detrás de mí, caminé en su dirección y me senté a su lado.

—No estoy enojada. Es solo que no es muy divertido darte cuenta de que la persona que amas no confía en ti —respondí cubriendo sus manos con la mía—. Matthew, una cosa es que seas celoso y otra muy diferente es que creas que te engañaría con Samuel. ¡Por Dios, ese idiota me mintió! ¿No lo entiendes?

—Lo hago, pero de todas formas tengo miedo —respondió avergonzado mientras se levantaba de la cama, solo para después arrodillarse frente a mí, de la misma forma en que lo hizo cuando tuvimos nuestro primer beso—. Es por eso que quiero pedirte algo.

Lo miré con los ojos entrecerrados mientras veía cómo rebusca en el bolsillo trasero de sus jeans, hasta que lo encontró y con una pequeña sonrisa me lo tendió—. ¿Serías capaz de casarte conmigo? —preguntó.

Capítulo 21

No podía respirar. Miré la alianza plateada con asombro sin saber qué decir. El silencio nos abordó de una manera casi terrorífica, hasta que mis ojos cayeron en los suyos y supe la verdad.

—¡Tonto! ¡Tonto! —grité sorprendiéndolo.

Tomando una de las almohadas lo golpeé con fuerza, provocando que cayera al suelo. Su risa se hizo presente, una risa estridente que parecía que nunca terminaría. El imbécil estaba bromeando conmigo.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —se disculpó sin parar de reír y llevó las manos a su estómago—. ¡Debiste ver tú cara!

«Suficiente».

En un ataque de ira, me arrojé sobre él, colocándome a horcajadas, seguí golpeándolo con la almohada.

—¡No puedes bromear con esas cosas! —dije—. ¡Es cosa seria! ¿¡O acaso me ves andando por la calle pidiéndole a la gente que se case conmigo!?

—No... eso sería raro —murmuró arrepentido, pero rápidamente se recuperó—. ¡Pero debes admitir que fue muy gracioso!

Algo sí lo fue, pero no se lo iba a decir.

Al ver que no pretendía dejar de golpearlo, cambió nuestras posiciones. Mirando desde arriba mi ceño fruncido, me quitó la almohada y luego besó mis mejillas.

—Sin embargo, debo aclarar que un día nos vamos a casar —dijo tranquilo.

—¿Y cómo estás tan seguro de eso?

—Pues, porque estamos destinados a estar juntos y vivir felices para siempre...como Romeo y Julieta.

—Ellos murieron.

—¿En serio? —preguntó estupefacto y yo asentí rápidamente—. Pues...entonces... ¡Demonios! ¡Esa es la única frase romántica que encontré en internet! —bufó enojado de sí mismo—. Déjame pensar, en algo, así perdemos el tiempo.

—¿Perder el tiempo?

—¿Perder el tiempo? ¿Por qué dices eso? ¿Quién habló sobre perder el tiempo? —balbuceó, esquivando mi mirada.

«Está mintiendo».

—¿Qué ocultas? —indagué, entrelazando mis manos detrás de su cuello para acercarlo. Matthew selló sus labios y desvió la mirada, sin embargo, sabía cómo hacerle hablar.

Moví una de mis manos a su cabello y comencé a acariciarlo, sin apartar la mirada de su rostro sonrojado.

—¡No me mires, te lo ruego! —pidió, moviendo la cabeza de un lado a otro—. ¡Si me miras diré que los demás te están haciendo una fiesta sorpresa en mi casa!

—Lo acabas de decir —aclaré con una mueca de victoria.

—¿Decir qué? ¡Hey! ¡Jugamos a que yo digo una palabra y tú dices lo primero que piensas? Me gustan los juegos —propuso sin ninguna sutileza—. Será mejor que digas que sí, si no... bueno, no tengo nada con qué amenazarte, pero... ¡Tú solo juega! Empecemos..."Mí".

—¿Yo?— dije lentamente, tratando de averiguar la manera en que quería “confundirme”.

—Querer...

—¿Azul?

—Besarte...

—Amar... espera —me interrumpí al unir las palabras que acababa de decir—. ¿Qué acabas de decir?

—Nada —respondió con inocencia. Se acostó a mi lado apoyándose sobre uno de sus brazos. Aquella extraña conversación, estaba ocurriendo en el suelo, como si fuese lo más normal del mundo. Solo con Matthew ocurrían esas cosas.

—Claro que sí.

—¿En serio? ¿Qué dije?

—Mí querer besarte.

—¡Estupendo! —contento ante mi respuesta, me dio un corto beso sobre los labios —. ¡Yo también quiero hacerlo! —dicho aquello, volvió a hacerlo. Me besó. Y como siempre que lo hacía, se sentía como la primera vez.

Capítulo 22

Resaca.

Aquella palabra profundizó Matthew la noche de mi cumpleaños y demostró dos cosas: que era un peso ligero y que incluso la borrachera no le quitaba lo Infantil.

—Creo que me estoy muriendo lentamente... —susurró con la voz gastada de tanto vomitar. Lo observé desde el marco de la puerta, mientras negaba con la cabeza. Desde que había despertado, él y el inodoro se habían hecho amigos íntimos. Limpió su boca con el dorso de la mano luego de que otra arcada lo abordó, para luego levantar la vista hacia mí— ¿Vas a darme eso, verdad? —preguntó apuntando el vaso de agua que sostenía entre las manos. Me acerqué hasta él y le tendí la bebida, la cual tomó con gusto. Mientras tomaba, me senté a su lado en el suelo y acaricié su mejilla. El brillo que faltaba en su mirada, volvió en cuanto realice tal acción—. ¿Qué ocurrió anoche?

—¿No recuerdas nada?

No quería ser portadora de malas noticias, pero debíamos hablar sobre lo ocurrido.

—Creo que...no. Nada luego de que llegara tu hermana y Seth a casa para contarnos sobre que se iban a casar —murmuró refregando sus ojos.

—Podría comenzar por decirte que golpeaste a Aiden —murmuré—. Y que sé que te irás dentro de unos meses con tu mamá a algún lado y que no pensabas decírmelo.

—¿iQué!? —gritó indignado, pero rápidamente se arrepintió porque eso solo aumentó el dolor en su cabeza

—Bueno...

—¡Traje algo de alcohol para festejar! —fue lo que gritaba Seth, al mismo tiempo que irrumpía por la entrada principal, horas después de que había comenzado la pequeña fiesta que los chicos me habían organizado.

—¿Kate?—dije sorprendida de ver a mi hermana entrar detrás de él, saltando y chillando como una loca, mientras levantaba su mano izquierda como si estuviese en llamas. Corriendo, se acercó a mí, para mostrarme la alianza de oro puesta en su dedo anular—. ¡Aún no puedo creerlo! ¡Me casaré con Seth! —dijo entusiasmada y con una mirada llena de vida y felicidad.

Sin esperar, ella me tomó de la muñeca y nos alejó un poco de los muchachos, los cuales, sin prestarnos atención, se sentaban en los sillones a mirar la televisión y comer pizza.

—Quiero un consejo tuyo —susurró en mi oído para que nadie nos escuchase—. ¿Yo...? ¿Está bien que le dijera "sí", verdad? Después de todo, hace mucho tiempo que no nos vemos...tal vez actué sin pensarlo...

—No —interrumpí y tragué la cadena de malas palabras que quería dejar salir y le di una pequeña palmadita a su mejilla, en un intento por alejarla de su inseguridad—. ¿Crees que Matthew me quiere?

—Por supuesto que sí, él te ama, idiota! Puedo verlo. Todos pueden verlo —me respondió exasperada.

—Seth te ama. Puedo verlo. Todos pueden verlo —dije repitiendo sus palabras.

—Gracias —balbuceó avergonzada, mientras posaba la mirada en su ojiazul, castaño y sonriente prometido.

—De nada —respondí con una sonrisa y la empujé en dirección de los chicos—. Ahora deja de hablar conmigo y vete con tú prometido. Y hazme el favor de llamarme a Aiden —le pedí.

Unos minutos después, ambos estábamos en la cocina aclarando todo.

—Oh... —soltó solamente, en cuanto acabé de hablar.

—¿Quedó todo entendido, bobo? —dije cruzando los brazos sobre el pecho.

—Sí, entendí...pero tú también tuviste la culpa.

—Claro que no, el que se me acercó hasta aquí... —comencé a decir indignada, mientras llevaba la palma de mi mano frente a mi rostro, para darle énfasis a mis palabras—... fuiste tú.

Un pestañeo.

Solo pestañeó después de esas palabras y luego Aiden se encontraba en el suelo.

—¿¡Qué te pasa!?! —grité horrorizada al ver que era Matthew quien lo había golpeado.

—¡Oh, Dios mío!; Acabo de golpear a alguien! ¡No puede ser! ¡Soy demasiado joven para ir a la cárcel! —gritó alarmado, ignorando el hecho de que su amigo se volvía a reincorporar.

Tomándolo por los hombros, hice que me mirara directamente a los ojos.

—¡Cálmate, Matthew! —intenté tranquilizarlo, pero hice una pausa al notar que olía a alcohol—. ¿Estuviste bebiendo?

«Hasta donde yo sabía, él no bebe».

—¿¡Qué hago si quedó ADN en su barbilla!? ¿Y si el aire que estoy respirando quedó en sus pulmones y después de analizarlos, me encuentran!?

—¡Eso ni siquiera es posible, tonto! ¡Solo cálmate, y dime cómo te emborrachaste en media hora!

—Fue por esto —dijo Eric, entrando a la cocina con un enorme pote de helado—. Apostamos a que no podía

beberse las seis latas de cerveza en diez minutos, y como él nunca ha bebido...nos pareció divertido —terminó murmurando las últimas palabras, soltando el recipiente cuando Matt se lo tomó de la manos.

Furiosa, aparté el helado de mi novio, y lo tomé por la muñeca para arrastrarlo fuera de la cocina.

—¡Son unos idiotas! —aclaré lo obvio, en el momento en que pasé por la sala, donde los demás aún se encontraban tranquilos.

Sin dejar que respondiesen, subí junto a Matthew las escaleras, hasta su habitación.

—Clarie, me quitaste el helado —farfulló, contra la almohada en cuanto lo recosté lentamente.

—Mañana. —Con cuidado quité el suéter negro que se había puesto, esperando que tuviese algo debajo... pero no lo tenía—. ¿Por qué no llevas camiseta?

—No sé... pero tengo calor, y estoy mareado —se quejó, y sin esperar una respuesta por mi parte se levantó un momento para quitarse los jeans.

—Al menos recordé usar bóxers —bromeó, cuando aparté la mirada sin saber qué esperar—. En fin...ahora tengo sueño —habló está vez con la voz un poco más adormecida, mientras se volvía a acostar. —Caminé hacia el final de la habitación para apagar las luces y luego volví a donde estaba. Cuando me acerqué, tomó mi mano y me obligó a recostarme a su lado Te amo muchísimo... —besó con cuidado mi cabello—. ¿Sabes? Te extrañaré como un loco cuando me vaya.

—¿Irte? ¿De qué hablas? —hablé contra su pecho, ya que me había abrazado con fuerza, como si yo fuese un peluche.

—Ups... —rió despacito—. Olvidalo, vamos a dormir. No le digas a Clarie...

—¡Qué loco! —murmuró Matthew cuando en rápidas palabras le narré lo ocurrido —¿Estás enojada?

—No sé si enojada, solo me gustaría saber cuándo te irás y por qué no querías decírmelo.

—Es un viaje que haré con mamá, pero no podía decirte porque ella casi nunca tiene vacaciones y en el momento en que tenga un huequecito, nos iremos —susurró con sus labios moviéndose contra mi sien mientras hablaba. Había algo que no me gustaba y ese algo era su tono, un tono que jamás había salido de él, como si estuviera profundamente triste, pero por alguna razón no dije nada al respecto.

—Entiendo —dije finalmente—. Y, Matt...

—¿Sí?

—Tu celular murió.

—¿Qué? Oh, mamá me matará ¿Qué le ocurrió...? Oh, eso sí lo recuerdo —se lamentó—. ¿Por qué lo arrojé por la ventana?

—Querías ver si funcionaba el modo avión —le hice saber y la risa burbujeó desde mi interior sin poder pararla.

Se formó un puchero en sus labios.

—Nunca beberé más. ¡Jamás! Y... ¿Clarie?

—¿Sí?

—¿Me das un beso y el helado? —preguntó.

Capítulo 23

—¡No seas mala! ¡Por favor, déjame ir! —rogó Matthew, mientras intentaba cruzar el umbral, sin embargo, le impedía el paso—. Por favor —volvió a pedir entrelazando sus manos, colocándolas bajo su barbilla. Era el día de su graduación, había sido una semana agitada, donde casi no nos habíamos visto, tampoco podíamos mandarnos mensajes porque aún no tenía un teléfono nuevo, pero era nuestro último recurso para cuando ocurrían cosas así.

Por fortuna encontré un rincón de su tiempo para desearle suerte, cuando descubrí que tenía 39° de fiebre y se hallaba mareado. A pesar de querer ocultarlo, no pudo esconderme su mirada de agotamiento. Las cosas eran complicadas para los que terminaban su último año, pero para él fue un poco más, debido a aquella repentina fiebre, ya que no pudo asistir con los chicos a la ceremonia.

Ambos estábamos algo decepcionados, pero era obvio que en esas condiciones no podía asistir. De esa forma, nos quedamos en su casa mientras yo lo cuidaba. Su madre fue quien se encargó de ir a por sus diplomas, además de firmar los respectivos papeles y acompañar a nuestros amigos.

—Lo siento. —Realmente era así, sabía lo importante que era para él, pero me importaba más sus salud y estar más de tres horas parado no le haría nada bien a su estado.

Matthew me miró con tristeza al mismo tiempo que iba dando varios pasos hacia atrás, hasta caer sobre su cama. Suspiré sin saber qué decirle, sentía que me faltaba alguna cosa cuando no estaba de buen humor. Pero debía hacer algo, él siempre me hacía sonreír, él era mi todo.

—Pero es mi graduación ¡Por el amor que me tienes, Clarie, déjame ir! —susurró. Caminé hasta la cama. Me senté en el borde y coloqué una de mis manos sobre su muslo esperando que esa simple caricia lo hiciera sentir mejor. Alzó el torso, poniéndose frente a mí. Sus ojos turquesas me atraparon al instante e inconscientemente bajé la mirada a sus labios, los cuales rápidamente se separaron para mostrar los dientes, en una brillante y dulce sonrisa—. ¡Te daré lo que tú quieras, mi amor! ¿Quieres dinero? ¿Comida? ¿¡Sexo!?! ¡Sea lo que sea, te lo doy! ¡Pero déjame ir! —Tomándome de los hombros, me sacudió de manera exagera, haciéndome reír.

—Dije que no, para, bebé. —En el instante en que dije aquellas palabras, selló sus labios. Tenía un problema cuando lo llamaba así porque le encantaba y aunque no lo usaba mucho, ya que amaba su nombre, debía hacerlo cuando quería salirme con la mía. Siempre funcionaba.

—Eso no vale...—murmuró, intentando ocultar su sonrisa—. No me digas "bebé" cuando estoy enojado...

—¿Estás enojado conmigo? —lo reté a responder mientras apartaba sus manos, para ser yo quien lo rodeara con mis brazos. Entrelazando los dedos detrás de su nuca, besé suavemente sus labios y luego lo miré. Cualquier signo de frustración que pudiésemos tener, desapareció y sí, solo se necesitó un beso.

—¿Sí? No, mejor no —aclaró, acariciando mi mejilla con cuidado—. Mejor bésame y después me enojo.

—Estuve pensando en algo que me dijiste hace bastante tiempo... —empecé a comentar, sin parar de besarlo, para entretenerlo de la pregunta que quería hacerle—... y es sobre cuándo te íbas a ir —dije finalmente y todo su cuerpo se tensó.

—Clarie... sabes que no puedo decírtelo. Por favor, deja de preguntar —pidió, refiriéndose a las incontables veces en que había intentado abordar el tema.

Estaba preocupada y a pesar de que intenté darle el espacio que necesitaba, me dolía que no me dijera las cosas porque cada vez que trataba de sacarle información, su humor cambiaba. No quería alejarme de él, me necesitaba a su lado

—Pero debes entenderme. Me preocupas...

—Lo sé, lo siento.

Solté un suave suspiro y asentí insegura.

—Está bien. —Sin volver a insistir, sonreí una vez más y dejé un beso en su frente, la cual aún estaba demasiado caliente—. Iré por un paño fresco y te traeré algo para que comas ¿Quieres algo en especial?

—Quiero helado, chocolate, frutillas y sopa —enumeró—. ¿Sabes qué? Mejor no traigas la sopa, tal vez me haga mal —agregó haciendo una mueca de asco—. ¿Qué? —preguntó con inocencia, cuando no aparté la mirada de él.

—Es que no estoy muy segura de que deba traerte todo eso.

—¿Por qué?

—Porque comiste cuatro paquetes de galletas hace cuatro horas, porque devoraste dos bolsas de frituras hace dos, porque tragaste dos rebanadas de pizza hace 30 minutos...—dije nombrando todo lo había comido en lo que iba la mañana.

—¿A dónde quieres llegar? —entrecerró los ojos, como si estuviese a punto de negociar algo— ¿Quieres algo a cambio? ¿Te quedaste pensando en el sexo, verdad?

«¿Por qué es tan bobo?».

«Aunque, pensándolo bien».

—No lo negaré —dije, haciendo un puchero de supuesta "desilusión"—. Sí, quería sexo. —Los ojos de Matthew se abrieron aún más de la sorpresa que le provocaron mis palabras. Como estaba a

punto de explotar en carcajadas, me paré para salir de la habitación.

—¡Espera un momento! —protestó, tomándome de la muñeca.

Guié la mirada a él, una vez más.

—¿Qué pasa, bebé?

—¿Hablas en serio? —volvió a preguntar, llevando una mano a mi mejilla. Por un momento, pensé que me seguía la corriente, sin embargo, en el momento en que inclinó su cabeza para buscar alguna respuesta en mi rostro, supe que hablaba en serio.

—Solo bromeaba.

—¿Por qué siempre bromeas con este tipo de cosas?

—Creí que sería divertido —me salió más como una pregunta que una aclaración.

—¿Divertido? —asentí, insegura—. Entiendo, pero, hablando en serio ¿Tú...? —indagó, mordiéndose en labio inferior.

«Oh, Dios mío ¿Por qué soy tan estúpida?».

«¿Qué se supone que debo decirle?».

Nerviosa, intenté alejarme un poco, para recuperar el aire, que sin darme cuenta no estaba respirando, pero Matt me detuvo, me empujó hasta que estuve sentada sobre sus piernas.

Tomando mi barbilla entre sus manos, me obligó a que lo mirase.

—Es obvio que sexo no tendremos nunca —dijo al ver que no respondía—. No me malentiendas. Yo, en realidad...la pregunta es... ¿Tú quieres que hagamos el amor en algún momento?

—Claro que sí —respondí en voz baja—. Cuando estemos preparados...eso no se planea, digo. Pero me encantaría estar contigo por mucho tiempo.

«Toda la vida, en realidad».

—Clarie —me regañó, besando mí frente—. ¿Aún no te ha quedado claro que nos casaremos y tendremos nuestros cinco hijos?

¿Podría realmente pasar que estemos juntos para siempre? ¿Qué nadie se interponga en nuestro camino? ¿Qué seremos felices?

Aunque parte de mi subconsciente confiaba en nuestro amor, una pequeña parte, la que quería

atormentarme, me decía que había cosas que no podían ser eternas.

Pero ya estaba cansada de tener miedo.

Matthew sí era el amor de mi vida.

—Sí, lo haremos.

Capítulo 24

Clarie:

Lo normal es que quieras matarme al ver que no estoy y más porque seguramente acabas de levantarte y encontrarte esta carta pegada en tú lindo rostro. (No te enojés, quería que la vieras con rapidez)

Pero lo hice porque a mí no me gustan las despedidas.

Es por eso que quería decirte por qué no estaré contigo por un tiempo.

Mamá está enferma desde hace mucho, tal vez nunca lo hayas notado, y por favor, no te sientas culpable de no haberlo hecho, ya que yo tampoco lo hice.

(Tampoco culpes a nuestro amor de habernos cegado un poquito, debido a que "ella" miente muy bien).

Hace unas pocas semanas me habló, a duras penas, sobre su enfermedad. Justo la mañana en que cumplí los 18, recibió el resultado de las pruebas que se había hecho. Sin embargo, como ya se había ido a trabajar, decidí leerlo y fue cuando supe que estaba enferma.

(Es por esa razón que estaba triste todo el tiempo que pasamos juntos).

Al principio creí que tenía cáncer, pero cuando le pregunté, dijo que ni siquiera los doctores sabían. Pero por desgracia, lo que sí sabían, era que ella iba a morir dentro de poco y que no había ningún tratamiento para combatirlo.

Aunque no se veía por fuera, mi mamá estaba muriendo por dentro, ¿puedes creerlo?

Intenté mantener la calma, pero no voy a negarte, que por las noches lloraba.

Lloraba lo suficiente, para que delante de ella, y de ti, no se notara que estaba sufriendo.

Y estoy seguro de que ahora mismo te estoy haciendo llorar y por eso lo lamento.

Lo lamento.

Perdóname.

Antes de acabar con esta pequeña carta, quiero pedirte una pequeña cosita.

Quédate. Quédate a mi lado, por favor.

Ámame, y cuídame como yo lo haré contigo para siempre.

Porque cuando vuelva, lo haré solo.

Y te necesitaré más que a nada en el mundo.

Te amo.

Matthew

¿Alguna vez has sentido cómo tú corazón se rompe de la nada?

¿Alguna vez has sentido culpa, vergüenza, dolor?

Todo esto cubriendo por completo tú mente y lo que quedaba de tú corazón.

—Clarie, por favor, no llores —rogó Aiden, mientras inútilmente intentaba secar las lágrimas que caían por mis mejillas. Después de que me despertara y encontrara la carta que Matthew dejó, simplemente me sentí perdida, incapaz de saber qué hacer, llamé a Aiden para que viniese a mi casa.

Necesitaba una explicación.

Sin embargo, lo único que pudo explicarme era por qué en la carta Matt, en la carta, me rogaba que me quedase a su lado... y era porque había decidido no ir a la misma universidad junto a sus amigos, la cual quedaba al otro lado del país.

¿Por qué lo hizo?

Pues, por mí...

—Dijo que por nada en el mundo se alejaría de su "pequeña Clarie..." —fueron exactamente esas, las palabras que usó Aiden.

—No lo entiendes.. —susurré contra su pecho, cobibida por lo que estaba a punto de decirle y lo que me estaba matando porque Matthew no era el único que estaba ocultando algo—... yo ya no estaré cuando Matthew vuelva.

—¿De qué hablas?

—Mi papá renunció a su trabajo porque quiere que volvamos donde vivíamos antes. Él quiere que mi hermana se case en la casa donde nos criamos —expliqué con un nudo en la garganta que poco a poco se hacía más grande—. Te juro que haré todo lo posible por volver— prometí, sin dejar de mirarlo—. Les rogaré quedarme, me escaparé si es

necesario, pero tarde o temprano, volveré a por Matthew.

Sin poder evitarlo, un sollozo salió desde el fondo de mi garganta. Temblé contra su cuerpo mientras Aiden apretaba su agarre en mí.

Aquella conversación que tuve con mis padres hacía un semana, se repetía una y mil veces en mi cabeza.

—¿Nos iremos solo el tiempo que duren las vacaciones, verdad? —insistí asustada, en el momento que me dijo que debíamos irnos.

Recién había vuelto de la casa de Matthew y en ese momento me encontraba en mi habitación, junto con Kate, quien de una forma exageradamente alegre, me dijo que en unos días nos volvíamos a nuestra anterior casa, que sin que yo lo supiese, no había sido vendida, sino que estaba siendo cuidada por los hijos de unos amigos de mis padres... Sarah y Samuel.

—Clarie, una boda tarda meses en organizarse —respondió en tono obvio—. Además, si es por el colegio, irás donde antes. Así no perderás el año —aclaró pasando una mano por su cabello suelto.

—¿¡Qué!? ¡Estás loca! Yo no me iré de aquí y mucho menos volveré a ese lugar —grité alterada.

—¡Pues, me importa una mierda! ¡Por fin tengo la oportunidad de casarme y tú... —Me apuntó con su dedo índice, mientras su rostro se iba convirtiendo, poco a poco en una mueca de enojo que la hacía ver casi irreconocible —... no lo arruinarás!

Antes de decir otra palabra ella se paró lo más cerca de mí, como si quisiera intimidarme, pero por desgracia no hizo eso, sino que una amenaza salió de su boca.

—Y si intentas hacer algo tan estúpido como escaparte, o hacerte la sufrida frente a mamá y papá, o cualquier cosa que se interponga con mi felicidad, te juro que olvidaré que eres mi hermana, y haré que nuestros padres te encierren en algún internado.

«¿Desde cuándo mi hermana se convirtió en un monstruo?».

Aquella fue la última vez que cruzamos palabras, hasta dos semanas después. Tras el viaje, luego de entrar nuevamente a la que fue mi antigua habitación, y después de dar un par de pasos por el umbral, comprendí que no estaba junto a él y que no podría ponerme en contacto, no sabría cuándo volvería... Fue ese momento en que comencé a llorar por todo, cuando Kate apareció. Ella no entendía, las cosas habían sucedido tan rápido, como si un huracán hubiera dado la vuelta a nuestras vidas, con el fin de separarnos. No sabía qué hacer, me sentía tan vacía, tan inútil por no haber dicho nada más.

—¡Puedes esperar! ¡Por Dios, Clarie! ¿¡Por qué no eres una buena hermana y dejas de pensar un segundo en ti!? —comentó enojada en el instante en que vio mis ojos llenos de lágrimas— *¡Yo estuve*

esperando cuatro años por Seth! ¡Cuatro malditos años! —volvió a chillar al notar que no tenía intención de responderle.

¿Acaso me lo estaba reprochando?

¿Existía alguna posibilidad de que estuviera disfrutando de esto?

—¿Por qué no respondes!? ¿Por qué demonios no dices nada!? —vociferó en un intento por hacerme enojar.

Y lo logró.

—¿Qué quieres que te diga!? —comencé a decir, elevando la voz cada vez más—. ¿Que no te escuchaba llorar? ¿Que no notaba tus risas falsas!? ¡Sí, lo hacía! ¡Y sí, princesa, estoy contenta porque Seth volvió! ¡Lo único que no entiendo es por qué demonios aceptaste que viniésemos aquí, cuando sabías muy bien que debía dejar a la persona que amo! —grité, sin dejar de mirarla a los ojos, pero notando que nuestros padres se encontraban en la entrada de la puerta, observándonos—. Entiende de una vez, no soy tan fuerte como tú! ¡Yo ya me estoy muriendo por dentro! —sollocé, tocando mi pecho—. Y tal vez Matthew tampoco sea tan fuerte como Seth —susurrando las últimas palabras, saqué la carta de Matt de mi bolsillo trasero y se la arrojé, solo para después alejarme de ella y de los demás.

Capítulo 25

Cuando me enojaba con mis padres o Kate, siempre me escondía en el viejo cobertizo hasta que me pudiese calmar, ya que como siempre estuvo repleto de cajas, me era fácil pasar entre ellas y "acomodarme" en una de las esquinas, así nadie me podía encontrar. Podía pasar horas pensando en los errores que había cometido en ese momento e incluso a veces, cuando sabía que nadie me buscaría, me dormía. Nadie sabía que hacía aquello a excepción de una sola persona... Samuel.

Es por eso que, en el instante en que escuché que alguien se aproximaba, sabía que era él.

El día en que me enteré de su estúpida mentira, fue el último día en que crucé palabras con mi "amigo" y desde entonces, mejor dicho, desde antes de que conociese a Matthew, me preguntaba a mí misma cómo iba a reaccionar. Algunas veces creía que le gritaría o golpearía, pero definitivamente no esperaba decir ninguna palabra, como estaba pasando en ese instante en que lo tenía frente a mí. Me sentía tan llena de dolor, que no me importaba nada más que mi Matt.

Aunque intenté ignorarlo, lo miré cuando se sentó cuidadosamente a mi lado y susurró un "Hey". Rápidamente noté que no había ningún cambio drástico en su apariencia; sus ojos se veían igual de verdes y brillosos que siempre, su cabello castaño estaba un poco más corto y se veía una pequeña sombra de una barba que quería crecer en su rostro juvenil y fresco

Pero seguía siendo un idiota.

Lástima que yo también era una idiota que se sentía demasiado rota y aceptó su abrazo, cuando lentamente decidió rodearme con sus brazos al ver mi rostro.

Quería apartarme.

Pero necesitaba que alguien me sostuviera un minuto.

Necesitaba a Matthew.

—Kate me ha contado sobre lo que ha pasado...—murmuró contra mi cabello—. Lo lamento mucho, Clarie. No quiero ser el portador de malas noticias, pero escuché a tus padres discutir —aclaró con tristeza y me alejó para poder mirarlo—. Tú mamá, como muy soñadora y fanática del amor, dijo que podrías, tal vez, volver unos días para ver... a tu... chico, pero tú papá no está de acuerdo.

—¿Por qué? —dije para mí misma, cubriendo mis ojos con ambas manos—. Sabe que lo amo...y nos necesitamos.

«¿Cómo demonios es que en un segundo todo lo que te hace feliz, se transforma en una horrible pesadilla?».

—Tal vez crea que es algo pasajero...

—No —respondí cortante—. No, no es algo pasajero y nunca lo será.

—¿Entonces qué harás?

«Definitivamente haré lo posible por volver, pero eso significa una sola cosa».

—Esperar —respondí finalmente—. Necesito irme —murmuré sin decir nada más, me aparté de su lado, y salí de allí.

—¿Clarie? —escuché que Alex me llamaba al verme entrar en casa, pero no respondí y subí las escaleras—. Papá y mamá tuvieron que irse, pero me mandaron que te dijera que luego querían hablar contigo...—dijo siguiéndome—. Kate ha estado llorando y Seth está con ella en su habitación —aclaró preocupado. Cansada y con un fuerte dolor de cabeza, me recosté sobre el colchón blanco, con la mirada fija en la ventana—. ¿Clarie? —susurró él, mientras lo sentía detrás de mí. Alex se acostó a mi lado y me abrazó protectoramente, como si fuese él, el hermano mayor.

—¿Sí, Sebastián? —murmuré mientras me daba la vuelta, para luego enterrar el rostro contra su pequeño pecho.

—Te ayudaré a volver con Matthew —prometió con seguridad—. Y puedes llamarme Alex —aclaró y me sujetó más fuerte cuando comencé a llorar una vez más.

Capítulo 26

Pasaron cinco meses.

Le había mandado cartas a Matthew, pero sabía que no le habían llegado.

Me mantenía en contacto con los muchachos, los cuales a pesar de que estaban ocupados en su primer año de universidad, se escapaban de clase para volver allí. Incluso una noche, hacía ya tres meses, me habían llevado sin que mis padres lo supiesen. Sin embargo, jamás esperamos que la casa hubiera sido vendida.

Así, lo comprendí. Matthew había desaparecido.

Luego de aquella noticia, dejé intentar escapar, algo en mí, se había roto aún más, al saber que estaba solo y que nadie sabía dónde encontrarlo. También lo hice por mi familia, hería demasiado a mi mamá con mis acciones y entristecía a mi pequeño hermanito, quienes no lo merecían. Trataba de actuar normal frente a ellos, pero me estaba destrozando, pasaba las noches llorando, buscando en las redes, llamando a los vecinos de aquella casa, pero nada de lo que hacía parecía ser necesario como para encontrar una pequeña pista.

Lo primero que hice al levantarme, fue marcar con una cruz en el pequeño almanaque que dejaba al lado de la cama, contando lo que me faltaba. Y ese día faltaban exactamente dos meses para que cumpliera los dieciocho, el tiempo que me prometí esperar. A partir de mi cumpleaños, me iría de mi casa y no regresaría hasta encontrarlo.

Lentamente cambié mi pijama por unos jeans oscuros, una camiseta gris y tomando mis zapatillas de debajo de la cama, bajé las escaleras a desayunar sola. Eso se había vuelto un hábito, ya que mis padres se iban a trabajar mucho antes y Alex pasaba demasiado tiempo de Kate, en su nueva casa. Cogí una manzana y salí fuera, esperé unos minutos, el muy conocido SUV blanco paró frente a mí.

—¿Todo bien? —preguntó Samuel en cuanto estuve a su lado.

Mirándolo de reojo, observé cómo quitaba un mechón de su alborotado cabello, mientras arrancaba el auto.

—Sí, lo sé...pero además de eso ¿te sientes bien? —volvió a retomar la charla después de que no respondí.

—Sí...

No lo estaba, era tan extraño cómo pasaba el tiempo tan rápido, me sentía tan culpable, mi vida seguía fluyendo sin problemas, pero yo no quería avanzar, no quería caminar sola. Porque era así cómo me sentía, sola, nada me llenaba, no estaba completa sin aquella sonrisa, sin su risa, su voz...

Lo extrañaba tanto.

—Haré ver que te creo y seguiré hablando —comentó dando pequeños golpecitos sobre el volante—. Necesito un pequeño favor. Esta noche debo ir a buscar a Sarah a una fiesta, ya que se

emborrachará...

—¿Y que se supone que debo hacer? —murmuré mirando por la ventanilla. Las hojas de otoño caían con lentitud hasta el asfalto, cubierto de la lluvia que había parado hacía solo unos minutos.

—¿Qué haces aquí, Matt?

La vista de él, empapado por la lluvia, casi hizo que lo invitara a pasar, pero debía mantener la compostura.

—Solo quería ver cómo estabas y pedirte perdón —aclaró, sorprendiéndome, dejándome sin palabras una vez más.

—Estoy bien... —lo miré de arriba abajo y vi que tan solo llevaba puesto unos shorts celestes, una fina sudadera negra, un gorro que cubría todo su cabello y paraguas debajo del brazo.

—¿Por qué no lo usas? —pregunté confundida, después de tragar el nudo en la garganta, incluso me había cruzado de brazos, para intentar ser fuerte, sabiendo que lo único que necesitaba era uno de sus abrazos.

—Porque así es más fácil y romántico.

—¿Cómo? —Alcé las cejas, haciéndome la desentendida, mientras los latidos de mi corazón se aceleraban por segundo. Que él hablara, cuando daba a entender que nuestros sentimientos por el otro eran los mismos, quería llorar. Me costaba creerlo ¿Matthew no era así con todo el mundo? ¿Solo se comportaba de esa forma conmigo?

—¿Nunca viste esa película en que el tipo se manda una y va a pedirle perdón a la chica bajo la lluvia, y ella lo perdona enseguida porque está todo mojado? —explicó, con una pequeña sonrisa de tristeza en sus labios. Una parte de mí rogaba para que no se hubiera arrepentido por el beso, quería que todas mis inseguridades desaparecieran y que ambos pudiéramos abrir nuestros corazones.

—¿Y si no funciona?

«Acaba de funcionar».

—Bueno...es que mi compañero de departamento también se irá y no tiene llave para cuando vuelva. No se la puedo dejar a otro porque no confío en los idiotas de los otros pisos. Además, la tengo que usar y él no tiene, sé que nunca has ido, pero... —explicó rápidamente haciendo que yo no entendiera nada.

—Para —interrumpí algo divertida—. ¿Solo quieres que me quede en tú departamento? —Asintió con una mirada suplicante—. Bien, no hay problema.

—¡Eres la mejor!

—Solo cuando te conviene —murmuré—. ¿Y Sam? Será mejor que tú compañero no esté loco —advertí cuando ese pensamiento se cruzó por mi cabeza.

—No te preocupes —dijo quitándole importancia—. Parece malo, pero es un cachorrito... espera, mejor no le digas eso —pidió con pánico, agrandando los ojos en cuanto se dio cuenta de lo que acababa de decir.

—No prometo nada —dije riendo despacio, por primera vez en bastante tiempo—. De todas formas, ¿cómo se llama?

Frunció el ceño un segundo, pero de todas formas respondió.

—Nicholas.

«¿Nicholas ? No puede ser, no».

—¿Clarie?

Tomándome por los hombros, intentó que lo mirase, pero simplemente no podía, tanto mis ojos como mi mente se les hacía imposible enfocarse en él.

¿Era acaso una broma que cruelmente me estaba haciendo a mí misma, al creer que tal vez Nicholas era mi Matthew?

«Debe ser solo una coincidencia, una horrible coincidencia»

—¿Samuel? —susurré, aún sin mirarlo. Un extraño escalofrío recorrió toda mi espalda, por lo que me abracé a mí misma—. ¿Ese chico...? ¿Cuándo lo conociste?

—Clarie, estás muy pálida...

—Responde, por favor —interrumpí, negando con la cabeza.

—Bueno, él tocó a mi puerta hace unos pocos meses, ya sabes, por el anuncio en el periódico —explicó, buscando mi mirada—. Es raro, callado y está lleno de tatuajes, intimida un poco.

«Eso realmente sí es imposible».

—Entiendo —murmuré, descartando casi por completo, la idea de que fuera él —. Pero, ¿por qué lo aceptaste como compañero?

—Porque no podía pagar el alquiler yo solo... —dijo rápidamente, un poco avergonzado—. Cambiando de tema, ¿a qué casa debo llevarte hoy? —preguntó refiriéndose a mi trabajo de fin de semana.

Había buscado un trabajo de niñera, debía juntar dinero para irme.

—La de los Stevenson —respondí algo ida—. Es cerca de tu departamento, no hay problema, así que no hace falta que vayas a buscarme, solo déjame la llave cuando te marches y listo. —Al notar que estaba cerrando las manos en puños, dejé de hacerlo y apoyé la cabeza sobre la ventana.

—¿Estás cansada? —Samuel rió despacio—. No puedo creer que la chica con menos paciencia en el mundo trabaje de niñera los sábados y domingos y además, a las siete de la mañana.

—Pues yo no puedo creer que el amigo de esa chica la lleve al trabajo, sin que ella se lo pida.

—*Touché*, me saco el sombrero ante ti —respondió llevando una mano a su cabeza, para quitar su sombrero invisible y luego entregármelo.

Sin dejar de reír, lo tomé y lo tiré por la ventanilla del auto.

—Eso fue muy grosero de tu parte —me acusó Samuel, llevando ahora la mano a su pecho—. Pero al menos te ha hecho reír. ¿Tenemos tiempo de comer algo en el camino?

—Hum, no tengo idea. —Saqué mi celular para ver la hora, pero nuevamente me detuve, el aliento se atoró en mi garganta y las lágrimas se acumularon al instante.

La foto.

La foto que elegí como pantalla, era una de Matthew y yo abrazándonos.

—Demonios —maldije en voz baja, limpiando las lágrimas con rapidez.

—¿Clarie? ¿Qué ocurre?

—Na... nada —tartamudeé mientras cambiaba el fondo por una de Alex y mía. Si dejaba aquella foto no podría soportarlo.

Me quejé cuando Samuel frenó en seco. Como no me sostenía, me incliné hacia delante, casi cayéndome.

—¿Qué ocurre? —pregunté confundida mirando a mi amigo una vez más. Mis ojos cayeron en sus manos sobre el volante, lo apretaba con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.

—No me hagas decírtelo, Clarie, debes olvidarlo, él no te merece —dijo furioso—. Ni si quiera sé cómo lo encontré, pero ese idiota...

Me congelé ante sus palabras, intentando procesar lo que decía. Podría escuchar el fuerte latido de mi corazón martillando contra mi caja torácica.

¿Acababa de decir que lo había encontrado?

¿A Matthew?

¿Había encontrado a mi Matthew?

—¿De qué hablas?

Mi respiración comenzó a acelerarse, no podía detenerme, estaba a punto de enloquecer.

—Clarie, cálmate —pidió preocupado, pero lo aparté histérica.

—Habla, habla... ¡Habla, maldita sea! —grité desesperada, mis sollozos apenas me dejaban formular palabras—. ¡Dime de qué demonios hablas!

No podía ver, las lágrimas empañaban mi vista.

No podía respirar, pasé de hiperventilarme a sentir que el aire no llegaba a mis pulmones.

«Mi Matthew».

—No mientas —volvió a interrumpir, acercándose más, dejando que nuestras respiraciones se mezclasen—. Eres mi Clarie, jamás te heriría.

—No te puedo gustar...

—Eres mi pequeña, gruñona e indecisa, Clarie, déjame hacer mi sueño realidad... —Mi mirada bajó hasta sus labios—. Bésame —pidió en voz baja.

—Matthew...

—Hazlo —volvió a susurrar, esta vez con un tono de necesidad.

Insegura, rocé nuestros labios una vez y luego lo besé.

Abrí la puerta del automóvil, en busca de aire.

Apenas lo hice, caí de rodillas sobre el cemento, mientras sentía cómo poco a poco enloquecía.

Samuel sabía dónde se encontraba, él estaba bien, mi Matthew debía estar bien.

Escuché a Samuel gritar, pero no podía controlar mi cuerpo.

—Clarie, por Dios. Clarie —dijo asustado. Sentí que sus brazos me rodeaban con fuerza, intentando sostenerme, pero eso solo lo empeoró, me sentía sofocada. No era la primera vez que me pasaba, pero siempre estaba sola cuando ocurría, nadie sabía, ni siquiera mis amigos ni siquiera Aiden, quien aún en la distancia me ayudaba a mantenerme en pie.

—Por favor, dime dónde está...—susurré entre sollozos, tomé en un puño la tela de su camisa con fuerza.

—Clarie, necesito llevarte a un médico.

—¡Dimel!

—¡Bien! Volvió a esa ciudad, vive en un departamento, un edificio de mala muerte.

—¿Lo fuiste a ver? Oh, Dios mío. Llévame, Samuel, llévame.

Matthew.

Mi corazón se retorció contra mi pecho y sentí ganas de vomitar. El torrente de emociones me

estaba consumiendo.

«Mi Matthew».

—Estás loca, no puedo llevarte, Clarie, ¿entiendes? —Mi otra mano agarró su brazo con desesperación, mis uñas se incrustaron fuertemente sobre su piel. Él era el único que sabía dónde estaba, lo necesitaba—. Cálmate, demonios, Clarie. —Se soltó de mi agarre y me tomó de los hombros, me sacudió con violencia y fue cuando el aire llegó a mis pulmones—. Necesitas un médico, no es normal lo que está pasando.

—Necesito ir por él, solo estaré bien si estoy con Matthew —rogué—. Prometo hacer todo lo que quieras, prometo ir al médico, pero llévame con él.

Capítulo 27

Todo ocurrió demasiado rápido.

Viajamos durante horas, pero no me importó.

Samuel sabía que haría lo que fuera por estar a su lado y nada me importaba más que cumplirlo.

Bajé del auto olvidando a mi acompañante, mis ojos cayeron en el edificio deteriorado que parecía a punto de derrumbarse. Corrí lo más rápido que podían mis piernas, mi respiración se agitó, pero no me detuve. El lugar estaba desértico, pero sabía hacia dónde dirigirme. Mis pasos resonaban a medida que avanzaba por el pasillo, bajo mis pies, podía incluso sentir la tierra y mugre, las paredes, antes blancas, eran amarillentas con manchas oscuras de humedad y el olor, casi me provocaba arcadas.

Una vez que estuve frente a la puerta, no esperé un segundo y la golpeé con fuerza, pero como nadie respondía, comencé a pegarle patadas con desesperación.

Se abrió.

Caí al suelo de rodillas.

—¿Qué demonios...? —murmuró una voz, segundos después me tomó de los brazos, obligándome a pararme y con rudeza, me empujó contra la pared. Una persona encapuchada, me detuvo y mi vista se nubló ante tan abrupto movimiento, pero sabía que era él.

La voz de Matthew.

—¿Matthew? —susurré asustada, sus manos apretaron fuertemente mis hombros, como si no me reconociera. El chico se acercó más a mí, la capucha que lo cubría cayó hacia atrás. Sus ojos se encontraron con los míos por un segundo y ese azul intenso que tanto extrañaba me llenó por completo.

Sin esperar más, terminé con el espacio que nos separaba y lo abracé.

Pasó una eternidad hasta que sentí cómo, lentamente, Matthew me rodeaba con sus brazos.

—Oh, Dios mío, creí que no volvería a verte nunca —dije contra su pecho, al mismo tiempo que las lágrimas volvían a rodar por mis mejillas—. ¿En serio eres tú? —murmuré. Me aparté un poco para volver a ver sus ojos, necesitando con todas mis fuerzas ver la razón por la que me mantenía viva. Su cabello ya no era de un brillante rojo, era natural, tampoco llevaba las perforaciones, pero lo que más de dolió fue cuando llegué a aquella mirada. El dolor que transmitían sus ojos llenos de lágrimas me mató.

Se alejó.

¿Qué debía decir? Lo había abandonado cuando más me necesitaba, desaparecí en el momento en que su mundo se derrumbó.

Sus sollozos se hicieron más fuertes mientras me observaba desde lejos, sin permitir que tocara su piel, sin permitirme que lo estrechara contra mi cuerpo, que se aferrara con todas sus fuerzas, porque no podía ser tarde.

Me negaba rotundamente.

—Clarie, mi pequeña... yo, Dios, lloré tanto. ¿Sabes? Tal vez, incluso más de lo que hice por mamá. Al menos pude despedirme de ella, pero de ti... Y después de pasar toda la noche en la entrada de tu casa, fui a mi habitación y lo hice. —Alzó los brazos, mostrándome las cicatrices aún rojas—. Dolió un momento, pero nada comparado a lo que sentí al perderte y al entender que estaba solo en este mundo, que en algún momento, como un estúpido, creí que era perfecto.

—No, no, no —negué, una y mil veces. Debía tener una pesadilla. Quería despertar, quería abrir los ojos y estar acostada al lado de mi Matthew lleno de bondad y felicidad—. Matthew, perdóname...perdón. —Cayendo sobre mis rodillas cubrí mi rostro con ambas manos y lloré más fuerte—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te lastimaste?

—Solo lo hice una vez —susurró, podía sentirlo alejarse de mí—. Me sentí mal después de hacerlo porque sabía que tú nunca querías verme así, por eso lo lamento... pero tendría que haberme dado cuenta, tendría que haber sabido que tenías tu vida y que no tenía que arrastrarte conmigo... aunque... una parte de mí sentía que me esperarías, pero ya es tarde.

—¿Qué quieres decir?

Aparté las manos de mi rostro en el instante en que pronunció aquellas palabras y lo vi.

Lo vi desaparecer tras aquella puerta y cerrarla tras de él.

—¿Matthew, qué haces? —grité con pánico, mientras me levantaba del suelo. Intenté abrirla, golpeé frenéticamente la madera, pero era inútil—. Me estás asustando, Matt, por favor, abre —rogué.

—No es nada, solo debo tomar algo para poder dormir —aunque lo decía en un tono tranquilo, poco a poco su voz se iba disolviendo—. Necesito dormirme más rápido esta vez, no quiero verte llorar.

"Solo necesito descansar".

Es lo último que escuché, porque luego era yo la única que hacía algún sonido, el sonido de mis lamentos e intentos para entrar a donde se encontraba.

Epílogo.

Estaba cansada, me sentía demasiado exhausta, pero debía seguir, debía hacerlo por él.

Era la primera vez que detestaba el color negro en mi vestimenta, que odiaba la lluvia y a todas las personas que me hablaban, porque solo lo hacían por lástima.

Y yo no necesitaba lástima, necesitaba amor... su amor.

Pero ya no estaba más, su corazón dejó de latir mucho antes de que la ambulancia llegase y es por eso que ahora estaba aquí, recorriendo un camino demasiado solitario para estar a su lado una vez más.

Nunca había perdido a nadie, pero haberlo perdido a él, me derrumbó por completo...

Si hubiese podido abrir esa puerta...

Si tan solo él hubiese escuchado mis súplicas y mis gritos mientras le explicaba por qué no estuve a su lado en el momento en que más me necesitaba...

Sin tan solo nunca nos hubiésemos separado, ahora no estaría yendo por un sendero de tierra.

Si él no hubiera tomado más pastillas, incluso antes de que nos encontráramos, estaríamos juntos.

Las lágrimas son algo de todos los días, el dolor en el pecho, era una tortura que no acababa, el nudo en la garganta se hacía más grande por minuto y cada paso que se daba lo sentía como bloques sobre mi espalda.

Me enamoré de Matthew Nicholas Grayson, un chico fuera de ser alguien normal.

Azucaradicto, maniático y alegre.

Azucaradicto, porque su obsesión con el azúcar era exageradamente antinatural.

Maniático, obviamente, porque debió ir a una psiquiatra, por amarme hasta el último momento.

Y alegre porque me alegró el día, el mes, el año, la vida...

Por eso, jamás en tu vida, llegues a enamorarte de una persona como Matthew porque pueden volverse uno en poco tiempo y cuando uno pierde parte de sí mismo, sufre o muere.

Será demasiado difícil evitarlo porque no negaré que en el instante en que nuestras miradas se cruzaron, decidieron no apartarse nunca.

Y si sucede y aunque duela demasiado, mira hacia atrás, recuerda las razones por las que fuiste feliz y aprecia lo que eras cuando estabas a su lado, porque te hizo la mejor persona del mundo.

Una persona que ama.

FIN



Me llamo Lourdes Benitez y nací en Argentina el 26 de Julio de 1997.

A pesar de mi juventud, tengo un gran catálogo de lecturas y empecé a escribir temprano, empezando mi trayectoria como escritora atraída por la poesía.

A los 15 años escribí mi primera novela, que unos años después, pasó a ser publicada en papel y en más de 150 plataformas digitales por Ediciones Coral.